NUSZ KORCZAK

SI YO VOLVIERA A SER NIÑO

Editorial CAUCE

Traducción directa del original polaco por
ESTHRER GOLDWAG

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

NOTA A LA TERCERA EDICION

SI YO VOLVIERA A SER NIÑO. Habrá quienes encontrarán poco afortunado el título para estos tiempos azarosos. Mas, lo cierto es que si en el torbellino de maldades que han hecho presa del mundo se mantiene viva la esperanza humana, es porque todavía muchos prefieren, para lectura, obras como ésta de Janusz Korczak. Nuestra primera edición se agotó en pocos meses. Hecho singular, por cierto, en un autor casi desconocido, perteneciente a una literatura muy poco traducida al castellano. Es, sin duda, que el título tiene fuerza subyugante: oleada de aire fresco en la pesada atmósfera de postguerra. Y si del título pasamos adelante, y nos adentramos en el libro, y, acompañados de la mano maestra de Korczak, con su magia y sutileza "nos volvemos niños otra vez", las risas y las lágrimas infantiles, el clamor alborozado que todos llevamos adentro, oculto, pero no apagado, toca las fibras más sensibles de nuestra alma, y en un viaje de exploración nos sentimos transportados a los más caros recuerdos, al grávido y milagroso mundo de las sorpresas infantiles. SI YO VOLVIERA A SER NIÑO es el libro de un hombre bueno y sabio. En él nos vemos todos retratados. De él bien puede decirse que es de los que a un editor le gusta haber publicado.

EL PATRONO DE LOS NIÑOS

JANUSZ KORCZAK - SANTO Y MARTIR

Decían los sabios hebreos de la antigüedad que el mundo se mantiene merced a la piedad de 36 santos varones que existen en cada generación.

Nadie los conoce, en nada se distinguen de los demás, viven con los pobres y desheredados sin gozar de los deleites de la existencia terrenal.

Sencillos y humildes, comparten sin quejas las mayores penurias de los miserables. Sin pedir nada a la vida están siempre dispuestos a sacrificar la suya por sus semejantes y sólo después de su muerte se les reconoce la aureola de santidad.

Si esta arcaica leyenda es cierta, no cabe la menor duda de que Janusz Korczak ha pertenecido a este núcleo de elegidos y predestinados, pues vivió como un santo y murió en la gloria del martirio. Vivió y murió por un ideal, por el más sublime de todos los valores humanos: por el niño.

En la heroica Varsovia nació hace unos 65 años Janusz Korczak, cuyo verdadero nombre era Henryk Goldschmidt.

Pertenecían sus padres a la acomodada clase media, lo que les aseguraba una vida sin mayores sobresaltos, permitiéndoles al mismo tiempo dar a sus hijos

una educación esmerada. Pero los tiempos ya no eran tan tranquilos ni la situación económica tan segura.

Polonia gemía entonces bajo el terror zarista y las masas polacas, al igual que el proletariado ruso, se preparaban para una cruenta lucha contra este régimen de opresión. Los intelectuales, progresistas y liberales, participaban activamente en la acción revolucionaria.

El alma sensible y el espíritu rebelde del joven Goldschmidt, no pudo abstraerse de toda esta efervescencia sin dejarse arrastrar por la corriente revolucionaria de aquellos tiempos.

Ingresó en el Partido Socialista Polaco, pero su manera de concebir los problemas de la redención nacional de Polonia y de la liberación social de sus masas, lo diferenciaba esencialmente de los demás revolucionarios que procedían de su mismo ambiente. El futuro pedagogo, poeta infantil y reformador de la educación, interrumpe sus estudios universitarios para trabajar como simple obrero en una fábrica, porque quiere que su idea revolucionaria no se base en teorizaciones más o menos atinadas, sino en un conocimiento inmediato de la vida del obrero y de sus aspiraciones, sentidas en carne propia, conociendo la explotación del proletariado no sólo por referencias sino también por propia experiencia.

Vivir con el obrero en su cotidiano sufrir, compenetrarse personalmente de sus sufrimientos y miserias, así entendió Janusz Korczak su misión de dirigente revolucionario en aquellos años turbulentos de Polonia bajo el yugo del zarismo.

A todo esto, el estallido de la primera guerra mundial sorprende a Janusz Korczak con su diploma de médico, há poco obtenido, y al comenzar el conflicto es movilizado para el ejército zarista y se le encarga de la dirección de un Hospital de Sangre.

Pacifista por excelencia, las circunstancias le obli-

gan a acudir a la primera línea de fuego; socialista polaco y acérrimo enemigo del zarismo, es obligado a llevar el uniforme del odiado régimen. De todo ello sufre no sólo por sus ideas sino también por solidaridad con los millones que como él están obligados a batirse por fines que repudian, defender un régimen que odian, apoyar el imperialismo zarista que ellos mismos trataban de derribar para liberar a su propio pueblo y a su propio país.

Janusz Korczak se consuela considerando que como médico no está llamado a matar sino a curar y a salvar a los heridos en el campo de batalla. Eleva su misión de médico a la altura de un sublime apostolado. Hace propaganda pacifista entre los heridos. Con los medios a su alcance, impide que los restablecidos vuelvan al campo de masacre y, cuando no puede darles de baja, trata de conseguir para ellos licencias prolongadas que los devuelven, aunque temporariamente, al seno de sus familias. Esta actitud le pone en conflicto con las autoridades sanitarias del ejército, que se asustan del volumen proselitista de su propaganda entre las cansadas y hambrientas huestes del régimen zarista.

De sus impresiones y observaciones en los años de actividad revolucionaria y de la Gran Guerra, Korczak publica una serie de cuentos de profundo análisis psicológico, en los que pone en la picota todas las injusticias que los fuertes y poderosos cometen contra los humildes y desheredados.

Su obra literaria introduce un tono nuevo en las letras polacas, un estilo originalísimo, incomprensible en sus comienzos para muchos, pero que no tarda en hallar adeptos y partidarios. Su obra literaria llega al apogeo cuando Korczak se transmuta en revolucionario de la pedagogía y en defensor de la infancia.

Como médico de niños se compenetra de los pro-

blemas especiales de la vida infantil. La profunda vocación que siente por su humanitaria profesión le hace elevarla hacia un ideal y considerarla como destino de su vida. Buscaba a los niños enfermos de las familias pobres para aportarles alivio y devolverles la salud. No se trataba de honorarios; en la mayoría de los casos proporcionaba de su propio y exiguo peculio las medicinas y los alimentos para sus pobres enfermitos a quienes dedicaba todo sus afanes, atendiendo a su clientela acomocaba todos sus afanes, atendiendo a su clientela acomoobra caritativa entre los pobres, ya que para su propio sustento necesitaba muy poca cosa.

No sólo visitaba a sus enfermos como médico sino que pasaba con ellos horas enteras distrayéndolos y estudiando al mismo tiempo su estado espiritual, escudriñando sus almas.

Llegó a la conclusión de que los mayores, tanto padres como educadores, no entienden al niño ni pueden influir en el alma infantil. Declaró la guerra a los principios de la arcaica pedagogía, combatiendo el pernicioso sistema educativo instaurado por ellos.

Los círculos acomodados y conservadores se asustaron de estas ideas atrevidas y comenzó el aislamiento de Janusz Korczak; pero en la misma medida que sus ideas lo iban alejando de la "buena voluntad" de los privilegiados, iba identificándose cada vez más con la población judía y polaca de los altillos y subsuelos, adonde llevaba amor y consuelo para su triste vida llena de sufrimientos. Visitaba estas humildes moradas no sólo a llamado, cuando el paciente ya estaba seriamente enfermo, sino que acudía inesperadamente en horas de bonanza, cuando los pequeñuelos estaban entretenidos en sus estudios o juegos. Vagaba de calle en calle, de conventillo en conventillo, para observar el juego de los niños en sus horas libres, entablando conversaciones con ellos, que ya lo reconocían como compañero y amigo.

La pedagogía rutinaria miraba con desdén sus primeros trabajos literarios dedicados a los niños. Sus primeros cuentos infantiles eran de difícil comprensión hasta para los adultos. Largo tiempo pasó hasta que la verdad que Korczak predicaba fué reconocida como tal.

Seguía insistiendo en que los mayores no pueden educar convenientemente a los niños, porque no comprenden y no quieren profundizar en el análisis psicológico del alma infantil, que es un mundo aparte, muy distinto pero también más profundo, más sincero y más interesante que el mundo de los adultos.

Pasaron años hasta que los postulados preconizados por Korczak se impusieron y las verdades que predicaba fueron reconocidas tanto en Polonia como en el extranjero. Fué una dura prueba, de la que salió triunfante. Sus libros fueron traducidos a varios idiomas y se les estudiaba con interés y dedicación. Así resultó Korczak el señalero de la orientación moderna de la ciencia pedagógica.

Korczak no sólo teorizaba sino que también ponía en práctica sus ideas. Al finalizar la primera Guerra Mundial vuelve Korczak a Varsovia, capital de la renacida Polonia, por cuya libertad combatió en las filas revolucionarias polacas; se hace cargo de un Instituto para niños de obreros, donde tiene posibilidades de aplicar prácticamente sus principios pedagógicos. Al mismo tiempo se le encarga de la dirección del Asilo de Huérfanos Israelitas, sito en Varsovia en la calle Krojmalna 92, que se convirtió en su hogar durante los últimos veinte años de su vida.

Organizó el orfanato como una república infantil independiente, con su Constitución, Cámaras legislativas, Cortes de Justicia, Dirección de Trabajo, etc. Su dormitorio es separado por un leve tabique de los dormitorios de los varones, cuya respiración percibe hasta en sueños. La sección niñas del mismo orfanato está bajo la super-

vigilancia de su alumna y compañera de ideas Stefania Wilczynska.

Korczak y su compañera de lucha comen en la misma mesa con los asilados, participan en sus labores y juegos y les ayudan a resolver sus problemas y conflictos. Su aseveración de que para entender el alma infantil hay que identificarse con su vida, halló amplia aplicación en su labor educativa.

Cuanto más convivía Korczak con los niños tanto más los defendía de la incomprensión de sus mayores, más activa, más decidida se hizo su lucha por el derecho del niño y su abnegación en aras de su felicidad.

"Si yo volviera a ser niño", que Ediciones del Tridente *entrega a los lectores en castellano, es una de sus obras más profundas; en ella, las ideas filosóficas de Korczack hallan la más feliz expresión literaria. Aquí vemos al pensador, al escritor y gran luchador por una nueva concepción de los problemas pedagógicos, por una mejor comprensión y conocimiento del alma infantil.*

Janusz Korczak vivió como un santo. Renunció a todos los goces de este mundo dedicando íntegramente su vida al mundo infantil. Murió como un santo, en la gloria del martirio.

Cuando los nazis ocuparon Varsovia, Korczak y su orfanato fueron encerrados tras las murallas del ghetto, donde proseguía su ardua tarea y luchaba desesperadamente para salvar a esta inocente república infantil. Pero los nazis proseguían su plan de exterminio anteriormente trazado.

Cuando llegó la hora para los asilados del orfanato de ser trasladados a las cámaras de muerte de los campos de Treblinka y Maidanek, Korczak renuncia al ofrecimiento de quedar excluído de esta caravana de la muerte, continuando en el ghetto, y exige a las autoridades

nazis que le permitan acompañar a "sus niños" por el último sendero al que la barbarie nazi los condenó.

El permiso le fué acordado. Y los habitantes del ghetto vieron esta procesión de los niños condenados, con Janusz Korczak a su cabeza. Llevando en brazos a dos de los más pequeños, cruzó las calles del ghetto y entró en el vagón del ferrocarril, transformado en cámara letal, donde morirán los niños una muerte de mártires.

Fiel a su fe, a sus ideas y a sus niños, murió Janusz Korczak, cuyo cuerpo fué incinerado y las cenizas llevadas por los fieros vientos a todos los ámbitos del mundo conjuntamente con las cenizas de millones de otras víctimas.

Así vivió y así murió uno de los propulsores del progreso humano, el que revolucionó la moderna pedagogía: Janusz Korczak.

¡Sólo los santos mueren así!

MARK TURKOW.

AL LECTOR ADULTO

Decís: Nos molesta la charla de los niños.
Tenéis razón.
Decís: Tenemos que descender hacia sus ideas. Descender, inclinarnos, doblarnos, empequeñecernos.
Estáis equivocados. No es eso lo que nos cansa, sino el que tengamos que elevarnos hacia sus sentimientos. Elevarnos, estirarnos, ponernos de puntillas para no agraviarlos.

AL LECTOR JOVEN

No hay en esta novela ninguna aventura interesante. Es un ensayo de novela psicológica. No psicológica porque trate de perros[1] *sino de uno solo: Manchita. Y como en griego* Psyche *significa alma, aquí se relata lo que sucede en el alma del hombre, lo que piensa, lo que siente.*

[1] Juego de palabras de difícil traducción. En polaco, *psy* significa perros.

QUIERO VOLVER A SER NIÑO

SUCEDÍA así: estoy tumbado en la cama y no duermo. Pero recuerdo que cuando era chico, solía muchas veces pensar lo que haría cuando creciera. Planeaba cosas muy diversas. Cuando sea grande —me decía— construiré una casita para mis padres. Y tendré un jardincito para plantar arbolitos: perales, manzanos y ciruelos. Sembraré muchas flores. Para que cuando unas se marchiten, otras florezcan.

Compraré libros con ilustraciones, o sin ellas, con tal que me interesen.

Compraré pinturas, lápices de color; dibujaré y pintaré.

Cuidaré de mi jardín. Construiré una glorieta. Y en ella pondré una silla y un sillón. La glorieta estará cubierta de vid silvestre. Y cuando mi padre vuelva del trabajo, podrá sentarse cómodamente a su sombra. Se pondrá los anteojos y leerá el diario.

Mamá, en cambio, tendrá gallinas. Y un palomar en lo alto de un palo, para que ningún gato u otro malhechor pueda acercársele.

Y conejos. Tendré un loro; le enseñaré a hablar. Tendré un *poney* y tres perros.

A veces quiero tener tres perros, y otras cuatro. Incluso sé cómo los voy a llamar. Bueno, lo que importa es que sean tres: uno para cada uno de nosotros. El mío se llamará Bekas, y mamá y papá que los llamen como gusten.

Para mamá un pequeño perrito faldero. Y si prefiere un gato, que sea un gato. O un gato y un perro. Se van a acostumbrar a vivir juntos y comerán del mismo plato. El perrito llevará una cinta roja y el gato una celeste.

Una vez llegué a preguntar:

—Mamá: ¿la cintita roja le queda mejor al perro o al gato?

Y mamá dijo:

—Has vuelto a romperte los pantalones.

A papá le pregunté:

—¿Todo anciano necesita un banquito bajo los pies cuando está sentado?

Y papá respondió:

—Todo alumno debe tener buenas notas y no hacerse castigar.

Después dejé de preguntar; me respondía yo mismo.

A lo mejor serán perros de caza. Iré a cazar, traeré lo cazado. Se lo entregaré a mi madre. Tal vez cace un jabalí, pero no solo, sino con mis amigos. Mis amigos serán grandes también.

Iremos a nadar. Construiremos un bote y, si mis padres quieren, los llevaré.

Y también tendré muchas palomas, escribiré cartas y haré que las lleven. Serán palomas mensajeras.

Con las vacas sucedía lo mismo. Una vez pensé que hacía falta una y otra vez dos. Porque si tenemos vacas, habrá leche, manteca, queso. Y las gallinas pondrán huevos. Luego habrá colmenas, abejas, miel.

Mamá hará confituras y dulces de ciruelas.

Habrá un bosque. Iré al bosque a pasar todo el día. Llevaré de todo para todo el día. Recogeré fresas y hongos. Salaremos los hongos y se guardarán.

Aserraré madera —m-u-c-h-a— para todo el invierno. Para que nos dé calor. Habrá que hacer también un pozo hondo, hasta encontrar agua limpia, cristalina.

Pero habrá que comprar muchas cosas: zapatos, ropa. Papá será viejo y no podrá ganar mucho. Y yo tendré que hacerlo todo. Engancharé un caballo y llevaré fruta y verdura al mercado; todo lo que nos sobre. Y traeré lo que nos haga falta. Regatearé el precio y compraré barato. O, si no, pondré manzanas en grandes canastas y las llevaré a países lejanos en un barco. En los países cálidos hay trigo, dátiles, naranjas. Y yo les compraré otras frutas. Traeré un papagayo, un mono y un canario.

Ahora, ya no sé si creía en todo eso. Pero era agradable imaginarme todas esas cosas.

A veces sabía incluso el color del caballo: zaino o tordillo. Porque veía, por ejemplo, un caballo y pensaba: Tendré uno así cuando sea grande. Y luego veía otro y pensaba: Este será mejor. O los dos, éste y aquél. O de pronto pensaba: Voy a ser maestro. Reuniré a la gente y les diré: —Hay que edificar una buena escuela, donde los chicos no se apretujen, se pisoteen y se estorben. Los niños vendrán a la escuela y yo les preguntaré:

—Adivinen, ¿qué haremos hoy?

Uno dirá:

—Iremos de excursión.

Otro:

—Habrá cine.

Y esto, y aquello. Y yo:

—No, no. Haremos todo eso, pero también algo más importante.

Y cuando dejen de alborotar, diré:

—Les construiré una escuela.

Imaginaba varios contratiempos: que la escuela, casi lista, se derrumbaba de repente o se incendiaba, y había que empezar de nuevo; pero hacíamos una más linda aún.

Todo lo imaginaba siempre con dificultades. Si iba en barco, una tormenta. Si era guerrero, al principio

perdía, y hasta el final no triunfaba. Porque resulta aburrido cuando todo sale bien desde un principio.

Tendremos, pues, al lado de la escuela, una pista de patinaje. Distintos cuadros, mapas, instrumentos de gimnasia, animales disecados.

Llegarán las fiestas y delante de la escuela se reunirán niños y niñas y todos gritarán:

—Déjennos entrar. no queremos fiestas, queremos ir a la escuela.

El bedel rezongará, pero no le harán caso. Y yo, que estaré en la secretaría, no me enteraré de nada, porque estaré escribiendo unos informes. En esto llegará el bedel. Llamará y yo diré: —Entre.

Y él me contará:

—Señor, los chicos se amotinaron, no quieren tener fiesta.

Y yo:

—No importa. En seguida los voy a tranquilizar.

Saldré. Me reiré. No me enojaré. Explicaré:

—Las fiestas son fiestas. Los maestros tienen que descansar. Porque cuando están cansados se enojan y les gritan a los niños.

Después de mucho discutir, resolveremos que vendrán a jugar al patio, aunque ellos mismos tendrán que cuidar el orden.

Meditaba en las muchas y distintas cosas que haría cuando fuera grande.

Unas veces pensaba quedarme solo con mamá y papá; otras casarme, para tener mi propia casa.

Me dará pena separarme de mis padres, de modo que viviremos juntos, separados por un patio. A un lado los padres, a otro yo con mi mujer. O si no, en dos casitas, una al lado de la otra. Porque a la gente vieja le gusta la tranquilidad. Que los niños no molesten cuando duermen la siesta. Porque los niños corren, patalean, golpean, gritan y alborotan. Me resulta un problema los

niños, porque no sé si desear varones o también una niña. Si es preferible que el varón sea el mayor o lo sea la nena.

Mi mujer podrá ser como mamá; los niños, no sé. ¿Los quiero revoltosos o tranquilos? ¿Y qué debo permitirles hacer? Claro es que no deberán tocar las cosas ajenas, fumar, decir palabrotas, ni tampoco pelearse o reñir mucho con los demás.

¿Y qué haré si se pelean? ¿Me harán caso, o me colmarán de disgustos? ¿Cómo han de ser?

Pienso muchas cosas.

A veces quiero ser alto como Miguel, otras como tío Kostia y otras como papá.

A veces quiero ser grande para siempre y otras tan sólo para probar. Porque a lo mejor al principio me gustará y luego querré volver a ser pequeño.

Y pensaba, pensaba mientras crecía de verdad. Ya tengo un reloj, bigotes y un escritorio con cajones; lo tengo todo, como los grandes. Y soy maestro de verdad. Y no me siento contento. No soy feliz.

Los niños no prestan atención en clase; tengo que enfadarme siempre. Tengo muchos disgustos. Ya no tengo padre ni madre.

Bien, pues. Ahora empezaré a pensar al revés.

—¿Qué haría si alguna vez volviera a ser niño? No demasiado pequeño, sino como para ir a la escuela y volver a jugar con los muchachos.

Si pudiera despertarme de repente y ver:

—¿Qué sucedió? ¿Estoy soñando o es verdad?

Miro mis manos y me asombro. Me miro el traje y me asombro. Salto de la cama, corro al espejo.

—¿Qué sucedió?

Y en eso, mamá pregunta:

—¿Ya te levantaste? Vístete a prisa o llegarás tarde a la escuela.

Si volviera a ser niño quisiera recordar, saber, co-

nocer todo lo que ahora sé y conozco. Y que nadie pudiera sospechar que ya he sido grande. Y yo, como si tal cosa, fingir que soy un muchacho como los demás; que tengo padre y madre y voy a la escuela. Esto sería lo más interesante, lo mejor. Observarlo todo sería muy divertido si nadie pudiera reconocerme.

Estoy, pues, acostado en la cama. No duermo, medito. Si lo hubiera sabido entonces, nunca hubiera deseado crecer. Es cien veces mejor ser niño. Los grandes son desgraciados. No es verdad que puedan hacer todo lo que quieren. A los grandes nos son permitidas menos cosas. Nuestras obligaciones son más duras. Nuestros disgustos, mayores. Y con menos frecuencia nuestros pensamientos son alegres. Ya no lloramos, es cierto, pero tal vez porque ya no vale la pena. Tan sólo suspiramos muy profundamente.

Y suspiré. Suspiré profunda, hondamente: porque no hay nada que hacer: todo está perdido. Ya nadie podrá ayudarme. Nunca volveré a ser niño. De nada servirán las lamentaciones.

Suspiré, y oscureció de repente. Una oscuridad total. No veo nada. Sólo siento un humo extraño que me hace cosquillas en la nariz.

Rechinó la puerta. Me sobresalté. Brilla una luz diminuta. Como una estrellita:

—¿Quién es?

Y la estrellita flota en la oscuridad, aproximándose cada vez más a mí. Primero al lado de mi cama, luego sobre mi almohada.

Miro; es una pequeña linterna. Y en la almohada veo un minúsculo hombrecillo de pie. Cubre su cabeza un sombrero alto, rojo. Y una barba blanca.

—¡Pero si es un gnomo! Un gnomo pequeñito como un dedo.

—Aquí estoy.

Sonríe y aguarda.

Yo también aguardo. Porque barrunto que estoy soñando. Un hombre grande sueña también, a veces, con sueño infantil. Luego viene el asombro: ¿cómo pudo suceder?

Y el gnomo dice:

—Me llamaste y vine. ¿Qué quieres? ¡Pero rápido!

No habla; chilla como un grillo. Muy bajo, bajito. Y yo oigo y comprendo.

—Me llamaste —dice— y ahora no crees.

Empieza a agitar la linterna: a la derecha, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda.

—No crees —dice—. Antes la gente creía en encantamientos. Ahora sólo los niños creen en magos, hadas y gnomos.

Balancea la linterna; sacude la cabeza. Y yo ni siquiera atino a moverme.

—Dime algún deseo. Total, ¿qué te importa?

Abro los labios para preguntar algo, pero él lo adivina, lo sabe.

—Me llamaste con un suspiro de añoranza. La gente cree que los encantamientos tienen que ser necesariamente con palabras. Pero no es así; no y no.

Sacude la cabeza diciendo que no. Se pisa los pies. Cómicamente. Y la linterna va de derecha a izquierda.

Siento que me estoy durmiendo y abro mucho los ojos para no dormirme. Porque me da pena.

Tal vez yo quiero expresar un deseo, pero no puedo; es que en el mundo ocurre así: es fácil hablar cuando se desea algo sin mucho interés y difícil cuando se lo desea mucho.

Veo que el gnomo está afligido. Me da pena. Pero no puedo.

—Y bien, quédate en paz. Es una lástima.

Y hace ademán de irse. Entonces murmuro rápidamente:

—Quiero volver a ser niño.

Gira extrañamente; me enfoca los ojos con la linterna y dice algo que no oigo. No sé cómo, pero desaparece. Cuando por la mañana me despierto, lo recuerdo todo. Miro el cuarto ansiosamente. No, no he soñado. Era verdad.

EL PRIMER DIA

No le digo a nadie que he sido grande; simulo que siempre fuí muchacho y espero qué saldrá de todo esto. Me siento cómicamente extraño. Miro y espero.

Espero que mamá me corte el pan como si yo no pudiera hacerlo. Me pregunta si hice los deberes. Le contesto que sí, aunque en realidad ni yo mismo lo sé.

Todo sucede como en el cuento de la bella durmiente. Pudiera decir que peor. Porque la princesa durmió durante cien años, pero todo dormía al mismo tiempo y junto con ella todos despertaron: los cocineros y las moscas, la servidumbre, hasta el fuego de la chimenea. Y todo despertó de la misma forma. Pero yo no.

Miro el reloj, y en seguida me vuelvo para no traicionarme. A lo mejor el muchacho aquel no entendía el reloj.

Me siento curioso por ver cómo será la escuela y qué compañeros hallaré. ¿Notarán algo? ¿Pensarán que hace tiempo que voy a la escuela? Es extraño que sepa a qué escuela debo ir, en qué calle está. Sé también que mi clase está en el primer piso y que mi sitio está en el cuarto banco, al lado de la ventana. Y que a mi lado está Gaiuski.

Camino, voy marchando. Muevo los brazos. Me siento ligero, descansado. Completamente distinto de cuando era maestro. Miro a todos lados. Golpeo con la mano un

letrero de lata. No sé por qué lo hago. Hace tanto frío que el aire se me congela en los labios. Soplo a propósito para ver el aire en forma de vapor. Se me ocurre que puedo silbar como una locomotora, echar vapor y correr en vez de caminar. Pero me da vergüenza. ¿Y de qué, en realidad? Precisamente quise volver a ser niño para sentir alegría.

Pero resulta difícil de inmediato. Hay que observarlo todo primero.

Van muchachos y muchachas y también adultos. Observo a los más alegres. Todos van tranquilos. Es cierto que en la calle no se pueden hacer travesuras. Además aún no ha llegado la hora. Para mí es diferente: es mi primer día de niño, de modo que estoy alegre. Y tan extrañado como si me avergonzara de algo. No hay que alarmarse; el primer día debe de ser así. Luego me acostumbraré.

De pronto veo un gran carro. El caballo no puede con él. Seguramente está mal herrado, porque las patas le resbalan. Unos muchachos se han detenido a mirarlo. También yo me detengo.

—¿Arrancará o no?

Me froto las orejas, golpeo el suelo con los pies, para que no se me hielen. Y deseo que arranque, para que eso termine. Me da pena irme sin verlo. Siempre es interesante, porque a lo mejor se cae el caballo. ¿Y cómo se las arreglará el carretero? Si yo fuera grande, hubiera pasado a su lado, con indiferencia, sin siquiera observarlo. Pero como soy un muchacho, eso me interesa.

Observo que los grandes siempre nos hacen a un lado, como si estorbáramos. ¿Por qué tendrán tanta prisa?

Ya está; el carro arrancó por fin y yo llego a la escuela. Cuelgo el abrigo y voy a mi clase. Allí comentan que el río se ha helado.

—Esta noche.

Alguien contradice. Porfían; en realidad no porfían, discuten. Uno dice:

—¡Hay que ver! El primer frío ha congelado al río. Habrá carámbanos flotando.

—Precisamente que no flotan.

—Bah, estás mintiendo.

Se acercan algunos más. Un adulto diría que están peleando. Y es cierto, uno dice: "eres un estúpido"; el otro: "mentiroso". Del río pasan a la nieve. ¿La habrá o no? Porque si el humo de las chimeneas sube verticalmente, no habrá nieve. Otro dice que por los gorriones se puede saber si nevará. El de más allá ha visto un barómetro. Y otra vez:

—Eres un tonto.

—¡En cambio, tú eres muy listo!

—Mientes.

—A lo mejor eres tú el que miente.

No todos toman parte en la disputa. Algunos se detienen y no dicen nada; escuchan. Yo también escucho y recuerdo que los grandes también suelen pelear a menudo, en los cafés, no por la nieve, sino por la política. Exactamente igual. Con las mismas expresiones:

—¿Qué apuesta usted a que el presidente no dimitirá?

Y aquí:

—¿Qué apuestas a que no va a nevar?

No dicen: "tonto - mientes", discuten con más finura; pero alborotan igual.

En ese momento llega Kovalevski:

—Escucha: ¿hiciste los deberes? Préstamelos, que los voy a copiar. Ayer tuvimos visitas. Puede que la maestra los pida. — Yo callo; abro la cartera y miro el cuaderno. Como si no fuera mío, sino del muchacho que ayer hizo los deberes por mí.

En eso suena la campana. Kovalesvski no espera, coge el cuaderno y corre a su asiento. A mí se me ocurre que si lo copia todo, la maestra se va a dar cuenta y pensará

que fuí yo quien lo copió. Como castigo me pondrá de plantón en el rincón. Me resulta cómico verme en el rincón. Wisnievski me pregunta:

—¿De qué te estás riendo?

—Recordé algo — digo, y sigo riendo.

—Estás loco. Te ries sin saber de qué — dice él.

—Loco o no, a lo mejor sé de qué me río y no te lo quiero decir — le contesto.

—Ho-ho; qué misterioso — dice, y se va ofendido.

Me asombra porque sé cómo se llaman todos. ¡Pero si es la primera vez que los veo y ellos también a mí! Igual que en un sueño.

Mientras tanto, entra la maestra y Kovalevski no me ha devuelto el cuaderno. Lo llamo bajito: Kovalevski, Kovalevski, pero no oye o hace que no oye. Y la maestra dice:

—¿Por qué te mueves? Estate quieto.

Pienso: bueno, me he ganado la primera reprimenda en la escuela.

Pero estoy inquieto, porque no tengo el cuaderno. Me escondo detrás del que está ante mí y espero. ¿Qué sucederá?

Tengo miedo. Es desagradable tener miedo. Si fuera grande no tendría miedo. Nadie me copiaría los deberes. Pero como soy alumno y un compañero me los pide, no me pude negar. Porque diría en seguida: egoísta...

Diría: Pícaro, quiere que la maestra lo elogie sólo a él por hacer bien los deberes. Con seguridad seré el mejor alumno, puesto que ya estuve una vez en la escuela. Olvidé algo, pero es muy distinto recordar que aprender de nuevo.

La maestra está explicando gramática y yo hace tiempo que la sé. Nos dicta, y en un santiamén termino. Espero. Ella se da cuenta de que no hago nada y pregunta:

—Tú, ¿por qué no escribes?

—Ya terminé, señorita.

—Muéstrame lo que escribiste — dice ella con cierta impaciencia.

A mí tampoco me gustaría que un ejercicio para una hora fuera terminado en seguida. Porque el maestro dicta y quiere tranquilidad hasta el fin de la clase, mientras que los alumnos se apuran para ponerse a charlar.

Así que me acerco a la maestra y le enseño lo que hice.

—Sí, está bien, pero hay una falta.

—¿Dónde? — pregunto haciéndome el sorprendido.

Había hecho esa falta a propósito, para que la maestra no se diera cuenta de que ya había ido a la escuela antes.

Ella dice:

—Búscala tú mismo. Si no te apresuraras tanto, lo hubieras terminado completamente bien.

Vuelvo a mi lugar y hago como que busco, que estoy ocupado. Al principio tendré que hacer más despacio los deberes. Luego, cuando sea el mejor de la clase, los maestros se acostumbrarán a la idea de que soy inteligente. Pero me empiezo a aburrir, y la maestra pregunta:

—¿Encontraste la falta?

—La encontré.

—Enséñamela.

Dice: "está bien", y suena la campana. Cuando suena indica un recreo. El encargado nos echa de la clase y abre las ventanas. ¿Qué haré?

Me resulta extraño tener que correr con los chicos. Pero pruebo, como los demás. Agradable, alegremente.

Oh, ¡qué agradable! ¡Hace tanto tiempo que no corro!

Cuando era joven, corría tras un tranvía o hasta la estación. A veces solía jugar con los niños del barrio.

Luego ya no me preocupaba el tranvía. ¿Qué? ¿Se fué uno? Vendrá otro. Y cuando por broma corro tras un chico, son sólo unos pasos, luego finjo seguirlo para asustarlo, y él se escapa, y hasta que no se halla lejos no se da vuelta. O corre dando vueltas, haciendo grandes círculos. Yo doy vuelta en el mismo lugar y hago como si corriera tras él. El piensa que si quisiera lo agarraría, porque soy grande. Pero yo no puedo. Tengo fuerzas, pero el corazón empieza a saltar con violencia y me falta la respiración. Sí, hasta la escalera la subo despacio ya. Y si es alta, tengo que descansar en el camino.

Mas ahora corro; el aire me zumba en los oídos y me acaricia la cara. Traspiro, pero no hago caso. Todo es agradable, alegre.

Salto de alegría y grito:

—Pero, qué agradable es ser niño. — De pronto, me asusto y miro alrededor, por si alguien me oyó. Podrían pensar que si siento tanta alegría es porque no siempre he sido niño.

Corro; todo me baila ante los ojos. Me canso, es cierto. Pero es suficiente detenerse un rato, respirar hondamente y puedo hacerlo otra vez. Ya descansé. ¡Rápido!

Qué agradable es volver a correr, y no ir así, clapclap, paso a paso. ¡Oh, buen gnomo, cuán agradecido te estoy!

Porque el correr, para nosotros, es lo mismo que sentirse sobre un caballo, al galope, en una carrera con el viento. Uno no sabe nada, no piensa, no recuerda, ni siquiera ve; tan sólo se siente vivir una vida plena. Gozo del aire que está en mí y a mi alrededor.

Corro; me escapo, es igual. Más rápido.

Me caigo; me he lastimado una rodilla. Duele. Entonces suena la campana. ¡Qué pena! Tan sólo otro poquito, un instante más.

—¿Quién es más rápido, tú o yo?

Ya no siento la pierna. Otra vez el viento me golpea los ojos, la cara, los pulmones. Allá, otra vez sin conciencia, para llegar el primero. Por un milagro dejo atrás a los chicos, cruzo las vallas. Veo un umbral, abro la puerta y vengan escaleras. No me vuelvo, pero siento que quedaron atrás. He ganado. Y en el angosto corredor, doy contra el director con todas mis fuerzas. Por poco se cae.

Había visto que el director estaba allí, pero ya no pude detenerme. Lo mismo que un maquinista distraído. En ese instante comprendo cuán injustamente se les acusa. Casualidad, más que culpa. ¿O es que he perdido realmente la habilidad? ¡Dios mío!, tantos años, tantos años. Pude haberme metido entre los muchachos, porque todos corren. Pero es el primer día que estoy en la escuela, otra vez como alumno. De modo que me inmovilizo, como un tonto. Ni siquiera digo: —Perdone.

El director me agarra por el cuello y me sacude hasta marearme. Está furioso el buen señor.

—¿Cómo te llamas, mocoso?

Yo estoy lleno de miedo. Mi corazón salta, no puedo articular una palabra. El sabe que no fué a propósito, así que debía perdonarme. Pero, en verdad, ¡empujar al director con todo ímpetu...! Pudo haberse caído, magullado. Quiero decir algo, pero estoy temblando, y la lengua se me traba. Y él vuelve a zarandearme y grita:

—¿Me contestarás finalmente o no? Te pregunto cuál es tu nombre.

Los otros han llegado y forman un grupo. Miran. A mí me da vergüenza su proximidad. En este momento pasa la maestra y los hace entrar a la clase. Quedo solo. Bajo la cabeza como un criminal.

—Ven al escritorio.

—Me permitirá usted que me justifique — digo en voz baja.

—¿Con que ahora te has puesto a hablar? Cuando te pregunté tu nombre, ¿por qué no respondiste enseguida?

—Porque me daba vergüenza que todos estuvieran mirando.

—¿Y no te avergüenza correr como un loco? Ven mañana con tu madre.

Me echo a llorar. Las lágrimas corren solas. Son como garbanzos. Siento humedad en la nariz.

El director me mira, y sin duda le da lástima.

—Ya ves —dice—, es malo hacer travesuras, porque luego se llora.

Si en este momento le pidiera perdón, sé que me perdonaría. Pero me dá vergüenza pedirle. Yo quisiera decir: Castígueme de otra manera, ¿para qué apenar a mamá? Pero no puedo, y las lágrimas me lo impiden.

—Bueno; ve, que ya empezó la clase.

Lo saludo y me voy. Todos se vuelven a mirarme, inclusive la maestra. Marylski me da un codazo.

—¿Qué hay?

Yo callo, y él insiste:

—¿Qué te dijo?

Estoy enfadado. ¿Por qué se mete conmigo? ¿Qué le importa?

La maestra advierte:

—Marylski, no charles.

Con seguridad ella quiere que me deje en paz. La maestra se da cuenta que estoy disgustado, y durante toda la hora no me pregunta nada.

Yo estoy sentado y pienso. Tengo mucho que pensar. Estoy aquí, pero no oigo ni sé de qué hablan. Y precisamente de aritmética. Se acercan al pizarrón, escriben, borran. La señorita toma la tiza, dice algo, explica. Yo

estoy como sordo. Ni oigo ni veo. Ni siquiera aparento que sé. La maestra se ha dado cuenta que no atiendo. Debe ser buena; otra me hubiera llamado a propósito. Comprendo ahora lo que le pasa siempre a un niño; cuando se suma esto, lo otro y lo de más allá. Y uno pierde la fe en sí mismo. Si alguien increpa a un niño, otro debía animarlo, consolarlo, elogiarlo. ¿Y acaso se debe gritar? No lo sé; puede que sí y puede que no. ¿Cómo sabía hacer yo cuando era maestro? ¿De otra manera? Lo cierto es que caí de pronto sobre el director, y él me sujetó por el cuello. ¿Qué otra cosa pudo hacer? Se enfadó, para tranquilizarse después. ¿Me habrá perdonado?

—Ve al aula — dijo.

Y ahora no sé si debo venir o no mañana con mamá.

Y sigo pensando.

¡No hace más que unas horas que soy niño, y he vivido tanto! Dos veces sentí miedo: una porque me sacaron el cuaderno —era desagradable—; otra, por el director. Y aún no terminaron los disgustos, ni yo mismo sé qué hacer.

He sentido vergüenza cuando me cogió del cuello como a un ladrón. Porque nadie acogota ni sacude a un adulto cuando, sin querer, atropella a alguien. Es cierto que los grandes caminan con cuidado, pero también les ocurre lo mismo.

Y además, a los niños se les permite correr. Y si se les permite, ¿quién debe tener más cuidado? ¿Yo, un chico pequeño, o un pedagogo lleno de experiencia? Es extraño que nunca se me haya ocurrido pensarlo cuando era grande. Hace apenas horas que soy niño y ya he sentido las primeras lágrimas. Porque he llorado. Y ahora, aunque tenga los ojos secos, siento que la pena me llena el corazón.

Y no sólo es eso. Me he caído. Bajo la media; miro

la rodilla lastimada, donde no se ve sangre pero duele. No es que duela, sino que molesta. Antes no la sentía; pero ahora sí que estoy sentado, tranquilo, lleno de ansiedad...

No hace más que dos horas que soy alumno y ya me dijo la maestra que no me mueva, que esté quieto. ¿Y qué sucedería si supiera que he dejado copiar mis ejercicios? ¿Qué sucedería si lo dijera ahora?

—Repite.

No atiendo y no atiendo. Y en la clase no sólo hay que estar quieto, sino escuchar, saber qué sucede. Así que soy simulador, inconsciente y desaplicado. Y todo porque soy niño otra vez. Si es así ¿acaso hubiera sido mejor seguir siendo grande?

Y me ha apenado el caballo, que no pudo mover el carro porque estaba mal herrado y las patas le resbalaban en el hielo, al arrastrar el pesado vehículo.

Pienso un instante en el caballo y vuelvo a lo mío.

¿Me sentía mejor cuando era grande?

A lo mejor el director me perdona; caminaré con cuidado por el corredor.

Tal vez realmente nevará esta noche. Extraño la nieve como si fuera mi hermano. Precisamente miro por la ventana, y una nube oculta el sol. No recuerdo si ellos al fin apostaron que nevaría. Y pienso que en América los adultos también gustan apostar a propósito de todo. Puede que los niños no se diferencien mucho de los grandes, sino que vivan de otra manera y tengan derechos distintos.

Detrás de la ventana la nube crece, crece. Y se me ocurre:

El niño es como la primavera. O como el sol, que es buen tiempo, alegría y belleza. O de pronto tormenta; un relámpago, un trueno y cae el rayo... Y el adulto, como en una neblina. Una neblina triste lo rodea. Ni grandes alegrías, ni grandes tristezas. Gris y grave. Porque yo recuerdo.

Me gusta la comparación. Sí; aunque pudiera cambiar, preferiría seguir probando.

Siento quietud y alegría, una quietud como la que se experimenta por la noche en el campo, cuando la brisa acaricia el rostro suavemente. Como si alguien tocara con los dedos. Y hay estrellas en el cielo. Y todo duerme. Sólo el olor a campo y a bosque.

La hora de clase pasa rápidamente. Si alguna vez vuelvo a ser maestro, nunca llamaré a un alumno que tenga algún disgusto. Que medite, que se tranquilice, que descanse.

Cuando oigo la campana me estremezco. En seguida comienzan a fastidiarme.

—¿Por qué lloraste? ¿Qué te dijo el director?

Los grandes dicen que no riñamos. Creen que lo hacemos por gusto. Es verdad; hay díscolos fuertes a quienes les gusta molestar a los débiles. Los evitamos, pasamos de largo; pero eso los envalentona más. Cuando se colma la medida, no tenemos más remedio que enseñarles. Por suerte no son muchos. Son el veneno, la maldición nuestra. Y es cómico: los grandes acusan a todos, precisamente por culpa de ellos. Los grandes no saben lo que significa un entrometido fastidioso que saca de sus casillas al más tranquilo.

Bien; tengo un disgusto. Cada cual se da cuenta de lo que el director pudo haberme dicho, ya que casi lo hice caer. ¿Para qué preguntar? —¿Qué? ¿Cómo?

Y si sólo fuese uno. No; acabas con uno, llega otro y otro y otra vez de nuevo. No lo conozco, casi nunca hablo con él, y él también:

—¿Atropellaste al director? Con seguridad te ha dicho que vengas con tu madre. — No le dejan a uno estar triste. Insisten tanto, que la tristeza se transforma en furia. Al primero le contesto tranquilamente, al segundo impaciente:

—Déjame, vete.
Al tercero:
—Despégate.
Al cuarto lo empujo.
Ahora se acerca Wisnievski. Por la mañana me llamó misterioso y alocado. Y ahora también quiere que le cuente.
—¿Y qué? ¿Por qué lloraste? ¿Te increpó mucho? Hubieras dicho que te empujaron.
—Puedes mentir tú, si quieres — contesto.
Me arrepiento en seguida.
—¡Oh, qué veraz! He encontrado al que siempre dice la verdad.
Intento irme, pero él me detiene.
—Espera, ¿por qué tanto apuro?
—No, deja.
Lo empujo, y él insiste aún:
—No empujes tanto, que la escuela no es tuya. ¿O crees que porque la maestra te elogió, por hacer sólo una falta, ya puedes hacer lo que quieras?
Al principio no entendí. Sólo después comprendo. Me acerco a la puerta y él dice:
—¡Pequeñín! Lloró el chiquitín, lloró la niñita.
Y acerca su mano sucia a mi cara. No puedo soportarlo. Y ese Wisnievski es fuerte. Pero estoy tan lleno de furia que tanto me da: sea como sea. Si comienza la lucha, él también llevará su parte.
Y me pregunto qué diría el director si por casualidad pasara y lo viese. Se entiende que yo seré el culpable. Ya una vez lo fuí. No me olvidará. Ante cualquier cosa sospechará de mí. Porque soy reincidente.
—Ya te conozco, no es la primera vez.
Cuando era maestro, yo también decía lo mismo. Por suerte, en ese momento entra la maestra para comprobar si han salido todos.

—Fuera muchachos. A correr un rato.
Y él, muy sinvergüenza, aún se queja.
—Señorita, yo quería salir pero él no me dejó.
Siento un asco tan grande que necesito escupir.
—Bien, váyanse ya; vayan.
El guiña un ojo, tuerce la boca como un clown y corre abriendo mucho las piernas. Yo ya no salgo al patio y espero que termine el recreo.
Se acerca Miguel. Observa un momento y luego dice bajo:
—¿No quieres salir a jugar?
—No.
Se queda un rato; me mira. ¿Si quiero hablar con él? Es otra cosa; le digo:
—Sí y sí.
—No sé si me perdonó.
El piensa un instante.
—Tienes que preguntárselo, pues lo dijo enfadado. Ve a la secretaría, que de seguro se olvidó.

Y comenzó una clase de dibujo.
La maestra dice que cada uno dibuje lo que desee, una hoja, un paisaje invernal o lo que sea.
Tomo el lápiz. ¿Qué podré dibujar? Nunca pude aprender a dibujar. Ni aún de grande logré aprenderlo. En general las escuelas no eran muy buenas en mis tiempos. Severidad y aburrimiento. No permitían hacer nada. Eran inhospitalarias, frías y asfixiantes, tanto que cuando uno después soñaba con ella despertaba traspirado y feliz de que fuera un sueño y no una realidad.
—¿No comenzaste aún? — preguntó la señorita.
—Pienso cómo empezar.
La maestra de dibujo tiene cabellos rubios y una agradable sonrisa. Me mira a los ojos y dice:
—Bueno; piensa. Puede que se te ocurra algo bonito.

No sé por qué digo:

—Dibujaré una escuela, como era antes.

—¿Y cómo sabes tú cómo era?

—Papá me lo contó. — Es necesario mentir.

—Bien —dice la maestra—, eso será muy interesante.

Pienso: ¿Me saldrá bien o no? Los otros muchachos tampoco son grandes dibujantes.

Dibujo torpemente. No importa, pueden reírse. Que rían.

Existen cuadros que se componen de tres: uno en el medio y dos a los lados. Cada uno diferente, pero componen un todo. Un cuadro así se llama tríptico.

Divido la página en tres partes. En el medio dibujo un recreo. ¡Cómo corren los muchachos! Uno debió hacer algo porque el maestro le está tirando de la oreja. El se echa a llorar. Y el maestro lo tiene de la oreja, y con una especie de látigo le pega en la espalda. El chico levanta las piernas, como si estuviera colgado en el aire. Los otros observan y bajan las cabezas, silenciosos, porque tienen miedo.

Esto en el centro.

A la derecha dibujo un aula: el maestro está pegándole a los chicos en las manos con la regla. Un adulón del primer banco, ríe. Pero los demás están contritos.

A la izquierda, también están dando palizas. Dibujo un muchacho extendido en el banco; el portero lo tiene de las piernas. El maestro de caligrafía, con barba, levanta la mano y la vara. Todo tan tenebroso como un cuadro carcelario. Tanto oscurecí el fondo de la perspectiva.

Le pongo un título: *Tríptico*. Una escuela antigua. Cuando yo tenía ocho años, iba a esa escuela. Esa fué mi primera escuela. Recuerdo cuando castigaron a un chico. Le pegó el maestro de caligrafía. No recuerdo exactamente si el alumno se llamaba Koch y el maestro Novacki, o viceversa.

Sentí un miedo atroz en aquel entonces. Tenía la impresión de que cuando terminaran con él, empezarían conmigo. Y me avergonzaba terriblemente porque lo castigaban desnudo. Lo desnudaban por completo frente a toda la clase, y en vez de caligrafía...

Luego sentía asco del maestro y del alumno.

Luego al menor reproche o grito esperaba que comenzaran a pegarle a alguno. Ese Koch o Novacki era un asqueroso: cuando era el encargado de la clase en vez de mojar la esponja bajo la canilla, le... orinó encima. Y después, hizo alarde de ello y se lo contó a todos.

En ese momento entró el maestro y mandó limpiar el pizarrón. Como nadie quiso hacerlo se enfadó y tomó él mismo la esponja. Y no sé si porque empezaron a reír o por qué, el caso es que se lo contaron. Y por eso le dieron la paliza. Yo era en aquel entonces muy chico y no fuí por mucho tiempo a esa escuela; pero lo veo todo claramente, como si hubiera sucedido ayer. Y lo siento todo igual. Y dibujo; el lápiz corre. Hasta me asombro; las cabezas de los alumnos resultan pequeñas, pero procuro que cada una sea distinta. Que se distingan las expresiones de las caras y que cada uno aparezca diferente: uno apoyado, otro parado. También me dibujo a mí mismo, pero no en primera fila.

Dibujo; las orejas me arden, siento calor como si corriera. Dibujo inspirado. Ya he sido grande una vez, de modo que sé qué quiere decir inspiración. Mickiewic escribía con inspiración. Los profetas anunciaban inspirados.

Inspiración es cuando un trabajo difícil se vuelve de pronto fácil y entonces es muy agradable dibujar, escribir, hacer recortes o manipular cualquier cosa. Todo sale bien y uno no sabe siquiera cómo lo hizo. Tal como si alguien hiciera las cosas por uno y uno tan sólo mirara. Y cuando termina, se asombra como si no fuera trabajo suyo. Se está cansado pero contento, porque ha salido muy bien.

Cuando yo estoy inspirado, no sé lo que sucede a mi alrededor.

Creo que los niños a menudo trabajan con inspiración; pero se los estorba. Por ejemplo, tú estás contando algo, o leyendo, o escribiendo. Y te sale muy bien. O entendiste un ejercicio rápidamente. Puede haber inclusive un error, pero no es tal, o es muy pequeño. Y de pronto te interrumpen, te hacen corregir, repetir; agregan algo o explican. Y se acabó todo. Te enfadas, ya no tienes ganas de hacerlo y te saldrá mal. La inspiración es como una conversación del hombre con Dios. Y nadie tiene derecho a interrumpirla. Porque en ese momento necesitamos estar solos para no ver, para no oír.

Precisamente, ahora ocurre así: la maestra está detrás de mí, mirando cómo dibujo; yo ni lo advierto, sigo trabajando en él. Agrego apenas una pequeña línea, un punto: resulta cada vez mejor.

Debe hacer largo rato que la señorita está a mi lado. Yo no lo sabía.

Miro a distancia y agrego algo más, cada vez con mayor cuidado, porque puedo echarlo a perder agregando demasiado. Y estoy cansado.

De pronto, siento la presencia de la maestra. Levanto la cabeza y ella sonríe y me acaricia la mejilla con la mano. No me gusta que alguien me acaricie o me toque; ¡pero la mano de la maestra es tan fresca y tan tierna! Sonrío.

La maestra pregunta:

—¿Cómo sabes qué es un tríptico?

—Lo sé; lo he visto en un cuadro, en una postal, en la iglesia.

Recuerdo, y me ruborizo aún más. Y entonces la maestra pregunta:

—¿Se puede?

Le alcanzo el cuaderno y digo:

—Sírvase.

La maestra mira los dibujos anteriores y este último. Y Wisnievski salta del asiento y metiendo la nariz dice:

—Tríptico.

Tengo miedo de que la maestra comience a mostrarlo y elogiarlo. Porque ella debería comprender que entre tantos siempre hay algún envidioso o un chistoso que luego se burlará y embromará. Y la maestra lo comprende, porque manda a Wisnievski a su lugar y a mí sólo me dice:

—Bien, descansa un poco ahora.

Cierra el cuaderno y lo pone cuidadosamente en el pupitre delante de mí. Prolija y cuidadosamente.

Yo entonces pienso que si volviera a ser maestro tampoco tiraría los cuadernos sobre el banco, ni marcaría con una raya gruesa de tinta lo mal escrito; lo colocaría con el mismo cuidado con que lo hizo la maestra.

No puedo descansar mucho porque la clase ha terminado. Debo ir al escritorio. El director está en la puerta, junto a la maestra. De modo que me detengo. Ahí estoy yo, junto a ellos, sin saber qué decir. En ese momento se acerca el portero.

Ya dos veces he intentado:

—Señor...

Pero sé que el director no me oye porque lo digo bajito. Es muy desagradable tener que decir algo y sentir vergüenza de hacerlo.

Ellos hablan de sus cosas y yo no sé, no oigo. Pero el director se vuelve hacia mí:

—Ve al sexto año y fíjate si tienen un mapamundi. Pero rápido, volando.

Y recién entonces me mira y recuerda, porque agrega:

—Y no atropelles a nadie por el camino.

Corro al sexto y los muchachos me dicen:

—Vete. ¿Para qué te metes aquí?

—¿Hay aquí un mapamundi?

—¿Qué antojo es ése?

Y me empuja. Yo estoy apurado y uno me empuja. Me desprendo de él y digo:

—El director lo pregunta.

El otro no entiende y grita:

—¿Aún estás aquí? ¡Fuera, mocoso, mientras te quede un hueso sano!

Yo no sé qué hacer. Grito otra vez:

—El director...

—El director ¿qué?

—Pregunta si hay un mapamundi aquí.

—Aquí ¿oyes? no hay nada.

Me pega en la cabeza y cierra la puerta dejándome plantado. Vuelvo al escritorio, pero en realidad no sé qué decir. Digo:

—Ellos dicen que no está.

Por suerte un alumno trae el mapamundi en este instante. El director grita que no lo rompa. No hay manera de hablar con él. Y yo no lo quiero postergar. Así, desesperado, tiro a la maestra de la manga. No tiro; en realidad apenas la toco, y digo bajito:

—Señorita...

Ella oye en seguida. Se aleja unos pasos conmigo, se inclina:

—¿Qué quieres?

—Señorita, pida usted al director que no llame a mamá.

Lo digo bajito, como en secreto. Porque es incómodo ser pequeño: hay que andar siempre con la cabeza levantada. Todo ocurre tan arriba, tan por encima de uno mismo. Uno se siente poco importante, rebajado, débil y como perdido. Puede que por eso nos guste estar al lado de los adultos cuando están sentados; porque entonces podemos ver sus ojos.

—¿Por qué quiere el director hacer venir a tu madre?

—No sé por qué, pero me da vergüenza contarlo. Es molesto contar una tontería así.

Bajo la cabeza y la maestra se inclina más aún.

—Si no lo sé, no puedo pedir nada. Tengo que saberlo. ¿Qué desatino hiciste?

—No sé si vale la pena...

—Bueno, dímelo.

Es difícil hablar con los mayores porque siempre nos escuchan apurados. Se tiene siempre la impresión de que no les importa, de que contestan cualquier cosa para acabar más rápidamente. Seguro, ellos tienen sus asuntos importantes, y nosotros los nuestros. Y nosotros tratamos también de hablar poco para no molestarlos. Como si lo nuestro no fuera de importancia, no se puede decir más que sí o no.

—Porque cuando corría por el pasillo atropellé al director.

—¿Lo golpeaste?

—No, sólo le apoyé las manos en la barriga.

—En el vientre — corrige la señorita. Y sonríe.

En un instante se arregla todo. Pienso: "Gracias". Voy a la clase. Ni siquiera saludo. Soy seguramente descortés. No importa. Con tal de estar ya sentado en el banco y que todo haya terminado.

En la última hora el maestro lee algo sobre los esquimales. Que el invierno dura allí seis meses y se construyen viviendas de nieve. Esas viviendas se llaman *igloos*. Se puede encender fuego en el interior, pero debe hacer mucho frío, de lo contrario se deshacen.

Cuando yo era grande también sabía de los esquimales; puede que mucho más. Pero no me importaban, no pensaba siquiera si en realidad existían; ahora es muy distinto. Me dan lástima.

Tengo los ojos abiertos, miro al maestro y veo campos de hielo. Nada, sólo hielo y nieve. Ni un arbolito,

ni una planta. Ni pinos, ni hierba. Nada, sólo hielo y nieve. Luego viene la noche: viento, oscuridad. Tan sólo de vez en cuando la aurora. Siento, en mí, frío y nostalgia. ¡Pobres esquimales! Tienen una vida fría. Porque aquí, aún el más pobre, puede calentarse al sol.

Mientras el maestro lee, se hace un silencio completo. Sólo se oye una voz, un murmullo apenas. El maestro ni miró al que habla. Pero nosotros nos volvemos enseguida. Aunque sea un tonto a quien esto no interesa, tampoco se hubiera atrevido a interrumpir. Que haga la prueba, ya le enseñaremos. Todos miran al maestro, inmóviles. Los ojos fijos. Con seguridad ven, como yo, campos de hielos eternos.

Es lástima que antes de dibujo, no hayamos tenido geografía. Hubiera dibujado mejor, con más realidad, los ojos de los muchachos. Aunque en aquel entonces, cuando recibían golpes, tenían otra expresión. Ahora tienen los ojos llenos de ensueños. Entonces, de horror.

Saco el cuaderno de dibujo, miro mi trabajo y dejo de atender. Me cansó la compasión hacia los pobres esquimales.

Suerte, ser chico otra vez. Y suerte no ser esquimal o chino. ¡Cuántos niños sufren en el mundo: gitanos, chinos, negros! ¡De qué extraña manera está hecho el mundo! Porque nace uno negro, tiene que seguir siéndolo siempre: chico, adulto, viejo. Después muere. Tiene que morir.

De pronto un alboroto. ¿Qué pasa? Todos hablan. Recién advierto que el maestro ha seguido leyendo cuando yo me abstraje, cuando dejé de atender. Debe haber leído cómo cazan las focas y las morsas.

Cada cual pregunta algo. Uno quiere saber ésto, el otro lo de más allá. Salen de los asientos. El maestro pide que no griten, amenaza con no decir nada hasta que no se tranquilicen. Pero no pueden tranquilizarse, porque todos quieren saber y todo lo quieren saber a fondo.

¿Los esquimales no comen pan? ¿Por qué no se van a un lugar más cálido? ¿No se les puede hacer casas de ladrillo? ¿Una morsa es más fuerte que un león? ¿Puede un esquimal helarse hasta la muerte si se extravía? ¿Hay lobos? ¿Saben leer? ¿No hay caníbales entre ellos? Quieren a los blancos? ¿Tienen un rey? ¿De dónde obtienen clavos para los trineos?

Uno cuenta cómo se perdió su abuelo en un campo, en invierno. El otro habla de lobos. Cada cual grita que el otro se calle, porque quiere preguntar o decir algo más importante.

Si a uno algo le importa poco, puede esperar; pero a ellos les importan mucho los esquimales.

Hace un momento, fué como si viviéramos lejos, en el polo, así que quieren saber cómo viven sus tan próximos parientes, amigos que quedaron allá y ahora están mal y desean ayudarles. Cuando se mandaban a Siberia a los presos políticos y alguno volvía, la madre, hermanas y novias también preguntaban cómo se vive allí, qué hacen, si volverán y cuándo. Porque por una carta poco se puede saber.

Lo mismo es un libro. El maestro debería contarnos otra vez todo lo que sabe de las focas, la nieve, los renos y la aurora boreal. Inclusive repetirlo, porque de tan conmovidos no le oímos todo.

Para el maestro es la cuarta clase —la cuarta hora de trabajo en la escuela—, y para los muchachos noticias de un país lejano, de personas queridas. El maestro está cansado; nosotros también, pero de otra manera. Y de ahí nace la irritación. El tiene suficiente; nosotros deseamos más. Y el maestro casi se enoja. Amenaza que como castigo nunca más volverá a leernos nada.

¡Nunca!

Hay un instante de silencio, aunque no lo creen. Si hubiera dicho una semana, pero ¡nunca! Y un tonto empieza a hacer payasadas.

Hace como si intercediera, pero enseguida se ve que quiere irritar al maestro, provocando un escándalo; que grite. Siempre hay uno así. Al que no le importa nada, de manera que no le gusta que la clase sea interesante, porque hay silencio y todos escuchan. O que molesta a propósito, porque algo no le gusta en ese preciso momento. El maestro ya está eligiendo a quién echar fuera. Mira el reloj, deseando que esto termine pronto. Y todo se vuelve desagradable. El mismo maestro lo siente, porque sabe que lo atendían. De modo que se contiene, sonríe apenas y dice:

—Oye tú, que hablas tanto; repite lo que leí.

Empieza la clase corriente, con la pregunta del maestro. Y los chicos responden mal. Y el maestro piensa que no sabemos, que somos tontos.

Cuando yo era grande, cuando algo me importaba, hablaba mejor. Puede que a los niños les suceda al revés. Cuando algo les importa mucho, se les hace difícil hablar, aunque se sepa. Como si sintiéramos vergüenza de no hablar como se debe. Porque es triste tener que hablar científicamente en la escuela para lograr una nota, un elogio o una reprimenda, y no como se siente en realidad.

La clase termina llena de aburrimiento; recién en el recreo hablamos en serio de los esquimales. Uno recuerda mejor una cosa, aquél la otra. Y discuten:

—El maestro leyó así.

—Mentira.

—A lo mejor estabas papando moscas cuando leía.

—El que las papaba eras tú.

Buscan testigos.

—¿No es verdad que cuando el maestro leía dijo que las ventanas las hacen de hielo?

—¿No es verdad que la foca es un pez?

—Bueno; se lo preguntamos al maestro.

Seguramente a todos les sucedió lo mismo que a mí. Se distrajeron en algún punto y luego no pudieron retomar el hilo de la exposición. Por eso cada cual recuerda algo distinto. Recién ahora toda la clase sabe realmente todo. Luego juegan a los esquimales en la escalera o en el patio y cuentan a los que no estuvieron, agregan algo propio para que resulte más interesante.

Regreso a casa con Miguel.

La calle me parece ahora muy interesante. Todo es muy interesante. Los tranvías y el perro y el soldado que pasa, y las tiendas y los letreros en lo alto. Todo es otra vez nuevo, desconocido, como recién pintado. Desconocido no es, porque conozco el tranvía, pero quiero saber si tiene número par o no.

—Adivinemos si el primer tranvía tendrá número par o no, mayor o menor que cien.

Ya está listo el juego.

De un soldado, habrá que ver, pues, si tiene o no el distintivo, si es artillero o de infantería.

Un mecánico está manipulando en la caja de teléfonos: los obreros están limpiando un canal. Nos detenemos enseguida, porque puede que sea interesante. Surgen muchas ideas nuevas.

Y se ven muchos perros. Este se pasó la lengua por la nariz.

Los perros no necesitan pañuelo, porque se limpian la nariz con la lengua. Tan sólo las personas aspiran.

Dan ganas de probar. Trato de alcanzar la nariz con la lengua. Miguel aconseja:

—Inclina la nariz con el dedo.

—Con el dedo no tiene gracia — contesto.

—Bueno, prueba — dice él.

Una mujer que pasa a nuestro lado dice:

—Criaturas estúpidas, sacando la lengua.

Nos avergonzamos; habíamos olvidado por completo que la gente pasa y mira.

Si esa señora supiera de qué estábamos hablando, no se habría asombrado; era un ensayo para constatar qué necesidad tienen de pañuelos las personas. Si los perros tienen la lengua mucho más larga y cómo se las arregla un hombre sin nariz. Queríamos verificarlo, pero si uno no sabe de qué se trata, piensa que se es tonto.

Cuando aún era grande, me apresuraba para alcanzar el tren. El viento y el polvo venían directamente a mis ojos. No sabía si sostener la valija, el sombrero o cubrirme los ojos. Estaba disgustado, me apresuraba para no llegar tarde; debía sacar el pasaje y tal vez habría mucha gente en la boletería.

De pronto, vi acercarse a unos muchachos corriendo de espaldas; eran tres. Decían algo entre ellos. Y uno vino a caer directamente bajo mis pies. Quise hacerme a un lado, pero él tropezó con la valija.

Le regañé por hacer locuras, molestar a la gente. Sí, es cierto, pero también yo molesté. ¿Quién sabe a qué estaban jugando, qué estaban pensando? En ese instante tal vez era un globo, un barco, un velero y yo con mi valija fuí para él un escollo invisible. Para mí el viento era molestia; para él alegría. Los mayores y los niños se estorban recíprocamente.

Cuando por primera vez era un niño me gustaba andar por la calle con los ojos cerrados. Me decía: "Caminaré diez pasos con los ojos cerrados. Si la calle está desierta, los mantendré cerrados durante veinte pasos, y no los abriré por nada". Iba al principio con gallardía, luego cada vez más despacio, con más cuidado. No siempre salía bien. Una vez caí dentro de un desagüe. En aquel entonces corría aún el agua en los desagües; ahora hay canalización, canales y cañerías bajo tierra. Cuando caí en el desagüe me torcí un pie; me dolió como una sema-

na. En casa no dije nada. ¿Para qué, si no comprenderían? Habrían dicho que por la calle se debe andar con los ojos abiertos. Esto lo sabe cualquiera, pero una vez, para variar, se puede probar.

Otra vez di con la cabeza contra un poste, y me hice un chichón; pero por suerte la gorra restó fuerza al golpe. Porque si se da un solo paso en falso cambia todo el rumbo y, o se da contra un poste, o contra un transeúnte. Si es contra alguien, éste se hace a un lado y aún puede que diga algo chistoso. Pero a veces se enfurece como un animal.

—¿Estás ciego; no ves?

Y mira furioso como si quisiera tragárselo a uno.

Una vez —ya era yo grande, de unos quince años—, caminaba, y he aquí que encontré a dos muchachas que corrían de costado, y derecho hacia mí. No tuve tiempo de evitarlas, de modo que me agaché, abrí los brazos, y las dos me cayeron encima. Miraron asustadas. Una tenía los ojos azules, la otra, negros — ojos reideros. Las retuve un instante, para recobrar el equilibrio. Una gritó: "oh"; la otra dijo: "perdone". Yo contesté: "No tiene por qué". Y las dos volaron. Se escaparon, se volvieron, miraron atrás riendo y una de ellas atropelló a una mujer. Ésta la empujó casi hasta hacerla caer, brutalmente.

Pero es que los niños son necesarios en el mundo y exactamente tal como son.

Pregunto:

—Miguel, ¿quieres hacer una carrera con el tranvía?

Estamos precisamente en la parada.

—Bien, veremos quién gana, el tranvía o nosotros — dice él.

—Hasta la esquina.

Al principio resulta fácil, porque el tranvía no tiene impulso. Pero luego corremos en medio de la calle, al lado de la acera, donde los caballos de un carro nos estorban. Perdemos.

—Yo llegué primero — dice Miguel.

—No tiene gracia, tenías la chaqueta abierta — replico.

—Tú pudiste desabrocharla también. ¿Quién te lo impedía?

—Bah, me olvidé. Hace tantos años que no corro, que perdí la costumbre.

Bueno, me digo, otra vez yo también me desabrocharé.

Pero él ya no quiere; dice que se rompen los zapatos. Yo correría siempre. Me alegro porque no me canso. Porque estuve resollando y el corazón me latía fuertemente, pero me detuve un instante y ya he descansado. Es que el cansancio de un niño no fatiga.

Hablamos de cómo aprender a saltar al tranvía. No es nada peligroso, lo que se necesita es saberlo hacer. Hay que correr detrás del tranvía, aunque sea de lejos. Cuando se sabe, hay que correr al lado, tocarlo con la mano. Luego agarrarse, y recién después, pero no en plena velocidad, sino cuando arranca, subir o bajar. En un mes se puede aprender. Y es mejor en un acoplado, porque, aunque tropieces, no caes bajo las ruedas. Y hay que fijarse si no viene algún auto detrás.

—También los mayores se rompen las piernas.

Empezamos a hablar de accidentes. Cuento:

—En mis tiempos no había automóviles.

Me mira asombrado:

—¿Cómo que no había?

—Pues no había — digo con rabia, porque se me escapó.

Nos detenemos junto a un poste con afiches. En el cine dan: "Los tormentos del amor".

—¿Te gustaría verla?

Miguel hace una mueca.

—No mucho; las películas de amor son aburridas. Se besan o andan por las habitaciones. Sólo de vez en cuando se dispara un tiro. Prefiero una de detectives.

—Yo quisiera ser detective.

—Ya lo creo; correr por azoteas, los cercados, con una browning en la mano.

Leemos un anuncio del circo.

—Lo que más me gusta es el circo.

Nos detenemos, charlamos, seguimos caminando.

—Y mañana habrá cinco horas de clase.

—Historia natural.

—¡Si la maestra nos contara algo más de las focas o de los osos blancos!

—¿Quisieras ser oso?

—¡Y cómo!

—Pero los osos son torpes.

—No son nada torpes; sólo lo parecen. Pero preferiría ser águila. Alcanzaría la cima de la roca más alta, por encima de las nubes. Me plantaría, solitario y orgulloso.

Es más agradable tener alas que volar en avión. Siempre con nafta y puede fallar; hacen falta hangares y no se puede aterrizar en cualquier parte. Hay que limpiarlos, tomar velocidad. Las alas, en cambio, si no vuelas, las pliegas y listo.

Si los hombres tuvieran alas, la ropa tendría que ser distinta. Las blusas tendrían aberturas atrás, y las alas estarían fuera o debajo de la chaqueta.

Dos muchachos, que van caminando como si tal cosa, conversan. Los mismos que hace un instante sacaban las lenguas para lamerse la nariz, los mismos que hace un momento le querían ganar en rapidez al tranvía. Y ahora hablan de alas para la humanidad. Los mayores piensan que los niños sólo saben molestar y decir tonterías, y sin embargo predicen el lejano futuro, porfían y discuten. Los mayores dicen que los hombres nunca podrán tener alas, pero yo he sido grande y afirmo que pueden tener alas.

Hablamos de la escuela. Volaré, y cuando me canse, caminaré un trecho. Una vez descansarán las alas y otra las piernas.

Podremos asomarnos por la ventana y llegar hasta la azotea, volar de paseo por el bosque. Por sobre la ciudad volaremos en parejas y, una vez fuera, cada uno por su lado. En el bosque, podrás ir donde quieras y, si te pierdes, volarás hacia arriba y buscarás el punto de partida, y no podrás equivocarte.

—¿Eh, Mik, sería bueno?

—Claro que sería.

Y los hombres ejercitarán la vista. Decimos que los pájaros migratorios vuelven a encontrar sus aldeas y sus nidos. No tienen ni mapas, ni compases y llegan a través de mares, montañas y ríos. Los pájaros son mucho más inteligentes que los hombres. Y el hombre todo lo domina, todo lo somete a sí mismo.

—Puede que suceda así porque es el que mata mejor y no el más bueno.

Nos quedamos meditando. De pronto pasa un muchacho, un vago, grandote, y me tira la gorra al suelo. Tiene una varita y con ella me la tira. Salto enseguida hasta él:

—¿Por qué me provocas?

—¿Y yo qué te hice? — se hace el asombrado.

—Me tiraste la gorra.

—¿Qué gorra?

Ríe desvergonzadamente y se hace el tonto.

—¿No la tiraste acaso?

—Claro que no. Mira, éste tiene tu gorra.

Mik la levanta y observa qué resultará de todo esto.

—El la tiene, pero tú la tiraste.

—Sal de ahí, mocoso. ¡Qué te voy a tirar la gorra! No tengo nada que hacer.

—Claro que no lo tienes, golfo. No dejas pasear tranquilamente.

—Nada de insultos, ¡eh!

Y me da con la varita en la cara. Yo la tomo y la rompo. El se me acerca.

—Devuélveme la varita o págala.

Y se agacha. El es más alto, de modo que salto un poco y con el puño le doy en la frente. Pero la gorra no se le cae.

Echo a correr y Mik detrás de mí.

Aprende, pienso. La próxima vez no te hagas el gallito, que otro chico te puede pegar.

Al principio corre tras de nosotros, pero se da cuenta que no tiene razón, que no ha dado con un tonto y nos deja en paz.

Nos detenemos y reímos.

Hace un instante me sentía tan furioso que la sangre me nublaba los ojos. Veía todo rojo. Ahora estoy otra vez alegre. Limpio la gorra con la manga.

—¿Por qué empezaste? — dice Mik.

—¿Yo empecé con él o él conmigo?

—Sí, pero él es más grande.

—¿Por ser más grande se tiene que atropellar a la gente en el mundo?

—¿Y si mañana te reconoce y te pega?

—No me reconocerá. ¿Por qué tiene que reconocerme?

Pero Mik tiene razón. Ahora tendré que cuidarme. Pero ¿dónde se ha visto que en pleno día, en una calle llena de gente, le saquen a uno la gorra de la cabeza? Si lo hicieran a un mayor, habría todo un escándalo, un gentío, policía. Y a un niño, nada. Entre los niños también hay aventureros, y no tenemos ante ellos ninguna ayuda ni defensa; debemos arreglarnos solos.

Estamos parados en la esquina; nos da lástima sepa-

rarnos, pues hablábamos de algo importante y el otro nos interrumpió. Fué agradable el camino: juego, charla, aventura.

Ahora sigo solo, despacio, y trato de caminar poniendo el pie en el centro justo de la piedra. Como se juega a la rayuela: para no pisar la raya. Sería fácil, pero hay que evitar a los transeúntes; y dar de repente un paso al costado, sin pisar la raya; no siempre sale bien.

Tengo derecho a fallar sólo diez veces; si fallo más, pierdo. Cuento: una, me salió mal, dos, tres, cuatro veces. Aún puedo... cinco, seis... Tengo miedo, pero es tan agradable sentirlo en el juego.

Sólo ocho veces he pisado mal; entro en el portón. Todavía espanto a un gato ante una tienda. El gato orre al portón y voy detrás. Salta hacia un costado y mira: levanta cómicamente las patitas.

—¿Te dijeron algo? — preguntó mamá.

—No.

Le beso la mano cariñosamente. Entonces mamá me mira y me acaricia la cabeza.

Me alegra que el director me haya perdonado y tener madre otra vez.

A los niños les parece que al adulto no le hace falta madre; que tan sólo un niño puede sentirse huérfano. Es así. Cuanto mayor se es, es más raro tener padres. Pero es que también un adulto tiene momentos en que añora a su madre, a su padre; es que le parece que sólo ellos podrían escucharlo, comprender, aconsejar, ayudarlo y, si es necesario, perdonar y compadecerse. Así, pues, un adulto también se siente huérfano.

Bueno. Almuerzo. ¿Qué haré ahora?

Bajo al patio. Félix, Miguel, Juan. Jugamos a cazar. Miguel se fabricó un revólver de madera, lo pinta de negro, con tinta; le pone clavos. De algún lugar ha sacado esos clavos con cabeza de oro —aunque no eran de oro,

sino de cobre—, brillantes. Miguel lo llama: "El revólver victorioso". Como que lo obtuvo en un campo de batalla, en premio a su valor.

El mismo general se lo dió por un hecho heroico.

Cuenta que después de la batalla pusieron a todo el regimiento en fila. Sonaron los clarines, banderas, hurras, desfile y luego el general dijo:

—Este revólver lo conquistó mi bisabuelo luchando contra los turcos y ha pasado de padres a hijos y de hijos a nietos. Durante doscientos años estuvo en nuestro poder Y ahora, como me salvaste la vida, que te sirva a ti.

Esto es lo que cuenta Miguel. Una vez dice que fué en Viena, otra que en Cecora, otra que en Grunwald. Pero eso no tiene importancia. Ahora que soy niño otra vez, me parece que la historia no tiene importancia; que no tiene importancia lo que sabe un hombre, sino cómo lo siente en sí mismo. Cuando era maestro, pensaba de otra manera.

Bien, pues, Miguel será el cazador, Félix liebre, y Juan y yo los perros.

No lo resolvemos enseguida. Al principio quisimos hacer una persecución de bandidos, y yo quería una expedición de esquimales.

Rara vez sucede que todos estemos de acuerdo. A veces uno no tiene muchas ganas de jugar, y hay que ceder para entusiasmarlo con el juego.

No aprueban el juego de los esquimales porque no hay nieve; y Miguel no permite el de bandoleros.

Cuando la vez anterior, me rompieron una manga. Bueno, no la rompieron sino que estaba mal cosida y se rompió el hilo. Porque Miguel era un bandido peligroso y lo llevábamos al sótano, a la muerte. Se desasía y podía escapar, de manera que no pudimos preocuparnos por la manga.

El juego de la liebre es más tranquilo, es cierto, y si sale bien puede ser muy interesante. Lo más importante en un juego es con quién se juega. Hay algunos salvajes con los cuales uno sabe de antemano que va a terminar en accidente. A éste no le importa nada con tal de salir con la suya y ganar. Con un muchacho así no resulta muy agradable; hay que cuidarse y se le ponen condiciones. También es desagradable jugar con los díscolos. Por cualquier cosa pelean o se enfadan. Los muchachos se enojan menos; las niñas muy a menudo. En el momento más interesante, por cualquier cosa, se ponen fastidiosas.

—Así no; entonces no quiero.

Pueden todos decirle que no tiene razón, pero él se sale con la suya. Si es posible, cedemos, para no echarlo a perder todo, pero eso subleva terriblemente.

Los mayores no lo comprenden. Dicen:

—Vayan a jugar. ¿Por qué no juegan con él? Ya jugaron bastante.

Y se enfadan porque no obedecemos.

Porque, ¿cómo jugar con un torpe que en seguida se cae, llora y va a quejarse? ¿O un tonto, que no comprende nada, y en el momento más importante lo echa a perder todo?

¿Cómo interrumpir de repente el juego, si no se sabe cómo terminará?

El juego tiene que ser bien montado; y no siempre resulta bien, de modo que cuando sale bien, uno quiere aprovecharlo.

Pues bien, jugamos a la cacería.

La liebre da unas vueltas por el patio, pero los perros la acosan de ambos lados. Así que pega un salto a la escalera. Yo voy detrás. Me paro, husmeo; se fué escaleras arriba o al sótano. Me parece que hace ruido en el sótano. Me asomo; está oscuro.

La liebre siempre corre hacia el sótano, porque en la oscuridad le es más fácil acurrucarse y escapar. Y si quiere un juego tranquilo, también es mejor el sótano. Porque uno siempre tiene un poco de miedo; además, hay que tener cuidado de no caérsele encima a alguien.

El año pasado, Olo, con gran ímpetu, tiró por la escalera a la madre de José con una canasta de carbón. Yo entonces era grande, y hasta recuerdo cómo me indigné con esos muchachos que se permiten demasías y a quienes el portero no los corre lo bastante del patio con la escoba. Son unos salvajes y los inquilinos no tienen tranquilidad. Por suerte, la mujer no se hizo nada; sólo se raspó la piel de las rodillas, pero pudo ser peor.

Nos producía una gran pena el menor chichón o moretón de un mayor, pero si le sucedía a un niño, decíamos algo así:

—Te está bien empleado; otra vez no alborotes.

Como si el niño sintiera menos o tuviera una piel diferente.

Y menos mal si tan sólo se burlan, aunque eso también molesta. Porque te duele, te asustaste y ellos bromean. Suele ser peor: rezongan. Saben que no fué a propósito, porque ¿quién desea lastimarse voluntariamente? Pareciera como si para hacerlos rabiar, uno se golpeara o lastimara a propósito.

Ahora comprendo que, si soy un perro de caza y en el sótano se escondió una liebre y se agazapa en la oscuridad, no puedo bajar paso tras paso; tengo que —pum-pum— bajar de a tres escalones, aunque deba resbalar y dar con la cabeza o meterme bajo la piel una astilla del pasamanos. Entonces me arriesgo o, mejor dicho, no pienso siquiera, porque la quiero agarrar. Acaso alguna vez sucede que un perro, corriendo a toda velocidad en el bosque, da contra un árbol y se rompe la cabeza. Y el perro

tiene cuatro patas, mientras que yo no tengo más que dos. Soy un perro; ladro y aúllo cuando pierdo la huella. Cuando era grande, tenía una voz gruesa y no podía ladrar, ni cantar como un gallo, ni cacarear como una gallina. Ahora he vuelto a recobrar la fresca voz infantil y ladro como antes.

Estoy esperando, esperando agazapado en el sótano. Juan viene detrás. Y he aquí que, por encima de nuestras cabezas, la liebre corre del granero al patio.

Ladro por el desengaño y por él.

Convinimos que no lo haríamos en la calle, pero hay poco lugar en el patio; así que la liebre da unas cuantas vueltas y ya los perros y el cazador la acosan por un lado. Entonces la liebre corre al portón.

—¡No se puede!

Pero decirle a una liebre, cuando defiende su vida, lo que le es permitido, resulta grotesco. Está luchando por su vida... si queremos jugar, debemos comprenderlo.

Siempre se establece, antes de empezar el juego, lo que es permitido; pero es difícil ajustarse a las reglas en un momento de peligro.

Si estamos cansados o no hay muchas ganas de jugar, o se hace algo que está completamente prohibido, entonces se interrumpe el juego y comienza la pelea. Pelea realmente no; una especie de simulacro vivo, para descansar un poco, o cambiar algo en el juego, introducir alguna mejora. A uno se le expulsa del juego, se admite a otro, el perro hace de liebre, o esto o lo otro. O a alguien se le ocurre otro juego.

Y por eso es más agradable jugar solos, sin la presencia de mayores. Los mayores dicen en seguida cómo tiene que ser, eligen ellos mismos quién ha de hacer de tal o cual, se apuran como si no quisieran perder tiempo. Sin embargo, no conocen bien a los muchachos.

Para descansar es bueno discutir un poco. Se juntan en rueda, charlan, a veces tranquilamente, a veces con enojo.

Si alguien se da un golpe, o se le desgarró algo de la ropa, toda la culpa se le echa al que no cumplió con las reglas del juego.

—Por culpa tuya.

Este se defiende, dice que no, pero se siente culpable; y nosotros sabemos que es desagradable reconocerse culpable.

—Bueno, basta.

—Entonces ¿jugamos o no?

—Bueno, está bien. Empecemos, pues.

—Dejen de pelearse.

—El que no quiere, puede irse.

La liebre, pues, corre al portón y a la calle y nosotros detrás de ella. Pasa al otro lado y nosotros también. A nosotros nos resulta más fácil, porque si uno se cansa, el otro se mete por un costado y la acosa. Nosotros corremos en línea recta, y él tiene que hacerlo en zig-zag. Pero hemos elegido bien, porque la liebre nos lleva unos dos años, es más fuerte y corre con más rapidez. La cazamos, finalmente; pero la hazaña está en el tiempo que se puede defender.

Y la cazamos en el tercer piso. Está cansadísima. Apenas respira. La agarramos viva; ya ni siquiera se defiende, se entrega sola.

Nos sentamos en el escalón y charlamos. Nosotros también estábamos cansados, pues corrimos escaleras arriba. Pero nos prometimos a nosotros mismos que por nada del mundo se nos escaparía, que teníamos que apresarla.

Pudo haberse escondido en casa, en su agujero, pero no vive por este lado.

—Si yo lo hubiera querido, no me habrían atrapado — dice.

Le contestamos que no pudo haber escapado.

—Si hubiera querido, podía, — insiste.

—Nosotros también pudimos agarrarte antes, pero no quisimos asustarte del todo; te teníamos lástima.

—¡Ah, lástima! ¡Si no me dejaron descansar ni un momento! Ni siquiera un perro verdadero corre así.

—¿Y por qué corriste a la calle si estaba prohibido?

—¿Y qué? ¿Hacia adónde había de correr?

—Bueno; pudiste entregarte.

—¿Vivo? Debísteis disparar. Si me hubiérais herido, me atraparíais. Tienen un revólver y no tiran.

Es verdad. Miguel debió tirar; en cambio, también él corría. Se olvidó que era cazador y no perro. Fué un error. Si hubiera disparado, Félix se hubiera tirado al suelo. Como estaba muy cansado, se hubiera entregado con honor. Miguel está enfadado.

—En Viena recibió el revólver del propio rey y no sabe tirarle a una liebre. Héroe.

Miguel se siente molesto.

—Si te burlas no te diré nada más.

Juan teme que se enoje y dice:

—¿Recuerdas cuando jugamos a los tigres y tú te escapabas del circo y yo era el domador?

Empezamos a hablar de animales amaestrados; de lo que cada uno ha visto. De leones que saltan por arcos de fuego, de un elefante que viajaba en bicicleta, de monos y de perros. Es interesante hablar de perros, porque cada uno los conoce por sí mismo; en cambio, de otros animales, es más lo que se ha oído o leído.

El tío de Félix tiene un perro que se pone de pie, hace cabriolas y se revuelca a la perfección. Y aquí vino un soldado con licencia y tenía un perro amaestrado. Hacía

distintas suertes con él, en el patio. Les mostraba a los muchachos una bayoneta y les hablaba de fusiles automáticos y bombas.

—Si hubiera guerra, yo en seguida iría voluntario.

—Pregunta si te recibirán.

Demasiado chico.

Un suspiro.

Hablamos de perros de aguas que tienen membranas como los patos y salvan a los que se van a ahogar. Y de ahogados. Y ya se hace de noche. Da miedo hablar.

—El maestro, en la escuela, leyó algo sobre los esquimales.

Hablamos de esquimales, de la escuela.

¡Qué bien estaría si viajeros de verdad, descubridores y militares, relataran en la escuela lo que han visto!

—Una vez la maestra habló de su viaje a los Montes Cárpatos.

Cómo hubo una tormenta, rayos. Se cuenta de una manera completamente distinta lo que se ha visto que lo que se conoce por los libros. Esto es menos interesante.

—Y, sin embargo, los viajeros relatan, pero a los adultos. Cualquier día hombres tan famosos les hablarían a los niños. No vale la pena.

Nos quedamos callados. El portero enciende las luces en las escaleras. Nos ve y se acerca corriendo:

—¿Qué hacen aquí, a oscuras? Marchen a casa.

Y nos mira con aire de sospecha, como si seguramente estuviéramos haciendo algo que no se debe. De cierto pensó que estuvimos fumando, porque hay un fósforo; mira el fósforo y luego a nosotros uno a uno.

Puede ser que nos lo parezca a nosotros, pero la desconfianza es muy desagradable. Y luego tienen la costumbre de arreglar todo aprovechando la ocasión.

Si no ven, no importa, pero si se dan cuenta, pues, en seguida se desquitan.

—Abróchate el botón; ¿por qué tienes lo zapatos embarrados? ¿Hiciste los deberes? ¡Muéstrame las orejas! ¡Córtate las uñas!

Y todo eso nos enseña a evitarlos un poco, a escondernos, aunque no hayamos hecho nada malo. Y si por casualidad nos miran, esperamos de inmediato una observación. Puede que por eso no queramos a los lisonjeadores. Puede que no sean ni siquiera lisonjeadores, sino que andan mucho entre los adultos, no temen sus miradas; están pues como en un complot.

Cuando yo era maestro, solía hacer lo mismo. Me parecía que estaba bien el que viera todo, que me llamara la atención cualquier pequeñez. Pero ahora no. El niño debe sentirse cómodo cuando lo miro. Y si quiero decirle algo, que no sea como de paso, sino con un interés real.

Estamos, pues, sentados en las escaleras, en la oscuridad.

¿Y cómo hemos de estar, si las luces no están encendidas? Charlamos. Pero si dijéramos que charlamos, sin duda nos responderían:

—¿De qué pueden hablar ustedes? Seguro que de cualquier tontería.

Es verdad; de nada inteligente. Vaguedades. ¿Pero acaso los mayores hablan siempre de cosas serias?

¿Por qué menospreciarnos en seguida?

A los mayores les parece que nos conocen bien. ¿Qué puede haber de interesante en un niño? Ha vivido poco, sabe poco, comprende poco. Y cualquiera olvida lo que era de niño y piensa que sólo ahora es inteligente.

—Marchen a casa. Muévanse.

Nos separamos con desgano, despacio, a pasos lentos Para que no crea que le tememos. Porque si realmente quisiéramos quedarnos y hacer algo prohibido, no nos hu-

biera agarrado. Si no aquí, en otro lado; si no ahora, más tarde.

En casa, la cena aún no está preparada; entonces comienzo a jugar con Irene.

Porque tengo una pequeña hermanita. Sí, una madre, un padre y la pequeña Irene.

Jugamos: yo cierro los ojos, me tapo los oídos y me vuelvo hacia la pared; ella esconde su muñeca y yo la busco. Cuando la encuentro hago como que no quiero devolvérsela y la tengo bien en alto, por encima de la cabeza.

Ella me tira de la manga y chilla.

—Dame la muñeca, dámela, dámela.

Tiene que decir "dame la muñeca" unas quince o veinte veces, porque ése es el precio del rescate. Si la he encontrado en seguida, es menos, pero si me costó mucho encontrarla, es más.

Una vez escondió la muñeca bajo la almohada; la encontré en seguida. Tuvo que gritar diez veces:

—Dame la muñeca.

La segunda vez estaba en el bolsillo del sobretodo. La tercera detrás del ropero. La cuarta debajo de la cama. Pero cuando la escondió en una olla, busqué mucho tiempo y tuvo que gritar treinta veces:

—Dame la muñeca.

No es un tonto juego infantil.

Descubrir el secreto, encontrar lo escondido, constatar que no hay escondite que no se pueda descubrir. Cuanto más difícil la lucha, más agradable la victoria. Tanto la realidad de los mayores descubrimientos, inventos, conocimientos, como la muñeca en la olla o bajo la almohada. Todo en la naturaleza es Irene escondiendo la muñeca; y la humanidad soy yo, un niño pequeñito que busca con afán.

Allá corría a la liebre con la velocidad de mis piernas y exactitud en la carrera; aquí agarro la muñeca, con inteligencia alerta y constante.

¿Qué otra cosa hacemos en la vida? ¿Qué hace la humanidad entera? Perseguimos liebres y buscamos muñecas.

Ya me siento cansado de este largo día en el cual he vivido tantas cosas.

Ceno; quiero irme a la cama cuanto antes.

—¿Por qué estás tan tranquilo? —me pregunta mi padre—. ¿Hiciste alguna travesura en la escuela?

—No —contesto—, me duele la cabeza.

—¿Quieres limón? — pregunta mamá.

Me lavo las manos y la cara, me desnudo rápidamente; ya estoy acostado con los ojos cerrados.

Se acabó el primer día de mi nueva infancia. ¡Cuántas cosas pasaron en este primer día! Sólo anoto una parte; lo que primero recuerdo, lo que duró más. Si las impresiones lo golpean a uno como un chaparrón de primavera, ¿puede acaso recordar y describir todas las gotas de la lluvia? ¿Pueden acaso contarse las encrespadas olas de un río henchido?

Fuí esquimal y perro; perseguí y escapé a la persecusión; fuí héroe e inocente víctima de un accidente; artista y filósofo.

Ahora comprendo por qué el niño puede ser un músico maduro. Si observamos con atención sus dibujos y su charla, cuando finalmente confía, y logramos penetrar en su mundo cambiante y valeroso, encontraremos en él al maestro del sentimiento, al poeta, al pintor, al artista. Es indudable. Pero aun no lo hemos logrado. Estamos demasiado hundidos en la material vida.

Hice hoy un viaje al país de la nieve eterna transformado en perro; mis colmillos relucían más, más y más.

Cuando jugaba con Irene, la muñeca no era tal, sino la víctima de un crimen; un cadáver escondido. Y mi deber era descubrirlo. Cuando lo hallé, lo tomé cuidadosamente, como a un muerto.

La muñeca era un ahogado y yo un pescador. Balanceándome, caminaba por el cuarto. Movía los brazos como una red.

La muñeca era un bandido: ¿dónde se escondió? Marché por la habitación con cuidado, para que no me sorprendiera con un tiro mortal. No estaba en el bolsillo, ni bajo la almohada, sino en un bosque, en una cueva subterránea, un lodazal, en el fondo del mar. La agarraba brutalmente sacudiéndola.

No le decía nada a Irene; ella es muy pequeña y de todos modos no comprende. Ese era un juego exclusivamente mío.

Olvidé agregar que, justamente, entró mamá y dijo:

—Dale la muñeca. ¿Por qué la haces rabiar?

—Estamos jugando a eso — respondí.

—Tú, puede que juegues, pero ella se enfada; desde la escalera se oyen sus gritos.

También omití contar cómo en el sótano, en un rincón, se me apareció algo blanco, como un hombre sin cabeza, con una mortaja. Y cuando salía corriendo de allí, no era ya, por un instante, a la liebre a quien corría. sino que escapaba de un fantasma.

Duró sólo un instante, pero cómo saltaba el corazón en mi pecho, y ante mis ojos pasaron tres rayos negros.

No anoté que sentí sed en la clase y que el maestro no me dejó salir.

—Pronto sonará la campana y podrás salir.

Tenía razón. Pero soy un niño; es otro ahora mi reloj, mido el tiempo de otra manera, es otro mi calendario. Mi día es una eternidad que se divide en breves

segundos y largos siglos. No llegaban a diez los minutos de sed.

¿Cuándo sonaría la campana? Porque sufría. Tenía fuego en la boca, en los ojos y en el cerebro. Sufría realmente. Porque soy un niño.

No anoté que durante el recreo un compañero me dejó tocar en su armónica nueva, sólo para probar si era buena. Porque se vanagloriaba de que era la mejor: no se oxida, dura mucho. Toqué apenas un minuto, sólo una vez. La limpié en la chaqueta, la devolví. Y nada más.

Justamente; casi nada. Pero si él llega a perder esa armónica, o la cambia, la vende o la rompe y yo, dentro de seis meses, llego a tener una y él me la pide, entonces recordaré y también le dejaré tocar. Y si no se la diera, tendría derecho a decirme:

—Mira cómo eres. Yo te permití.

Esos favores se recuerdan, si uno quiere ser un hombre honesto.

No mencioné tampoco que tengo un abrigo demasiado largo; no importa. Me molestaba cuando corría con el tranvía. Hasta que crezca, siempre me estorbará cuantas veces me lo ponga.

No es más que un detalle, pero durará quién sabe cuánto; seis meses, un año, una eternidad.

No mencioné que de pronto vi una mosca viva en el cristal de la ventana; me alegré. Tomé a escondidas un poco de azúcar y le tiré unos granitos. Alimentaba a la primavera, que se atreviera Irene o cualquiera a molestarla.

Encontré el tapón de una botella. Me servirá para algo. Lo tengo en el bolsillo del pantalón, al lado de la cama.

He visto un soldado en la calle. Di unos pasos al modo militar. Saludé. El sonrió amistosamente.

Me lavé la cara con agua fría. La sentí intensamente. Es el agua fría una alegría fugaz.

Cuando era grande, tenía una alfombra vieja, descolorida.

Y una vez en una vidriera he visto una igual, nueva: el mismo dibujo, las mismas flores. La observé despacio, inclinado; luego corrí lejos.

Cuando era grande, después de un largo invierno, lavaron las polvorientas ventanas de la habitación. Estaban muy polvorientas. Cuando volví a casa, permanecí largo tiempo junto a la ventana, miraba contento a través de los cristales transparentes.

Cuando era grande encontré una vez, tras larga ausencia, a un olvidado tío. Caminaba, muy blanco el cabello, sosteniéndose en el bastón. Me preguntó cómo estaba:

—Estoy envejecido, tío.

—¿Cómo? ¿Ya? ¿Qué debo decir yo? Eres aún un chiquillo.

Me alegré porque él vivía, porque me llamó por mi nombre. Y de pronto una mano tibia se apoya en mi frente. Tiemblo. Abro los ojos. Me encuentro con la mirada inquieta de mi madre.

—¿Duermes?

—No.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿No tienes frío? ¿Quieres que te cubra?

Me siento.

—No tengas miedo, madre. La cabeza no me duele.

—Pero tú lo dijiste.

—Me pareció. Tenía ganas de dormir.

La abrazo; miro sus ojos. Y rápidamente escondo la cabeza bajo la manta. Todavía oigo:

—Duerme, hijito.

Soy un niño otra vez y mamá me llama "hijito". Otra vez me dicen "tú". Otra vez están transparentes los cristales; otra vez recuperó la alfombra sus antiguos colores.

Otra vez tengo los brazos jóvenes, las piernas, jóvenes los huesos, joven la sangre, joven la respiración, jóvenes las lágrimas de alegría.

Alegría, lágrimas y la fe joven, infantil.

Me quedo dormido. Como después de una larga marcha.

SEGUNDO DIA

Durante la noche cayó nieve. Blanca, blanquísima.

¡Hace tantos años que no veo nieve! Me alegro porque nieva, porque todo está blanco.

A los mayores también les gusta el buen tiempo; pero ellos piensan, meditan. Nosotros es como si lo bebiéramos. A los mayores también les gusta una mañana clara; pero para nosotros es como un vino helado, como si nos embriagáramos con ella.

Cuando era grande, al ver la nieve, pensaba en seguida que habría barro y sentía el calzado húmedo. ¿Alcanzaría, acaso, el carbón para el invierno?

También había alegría, pero cubierta de ceniza, polvorienta, gris. Ahora la siento blanca, transparente, enceguecedora. ¿Por qué? Por nada: la nieve.

Camino despacio, con cuidado; me da pena pisarla. Alrededor, chispas que relucen, que brillan fosforescentes y viven.

Y dentro de mí miles de chispas. Como si alguien esparciera polvo de diamantes en la tierra y en el alma. Se ha sembrado y crecerán árboles de diamantes. Brotará un brillante cuento de hadas.

Cae sobre la mano una blanca estrellita. Preciosa, chiquita, cariñosa. Lástima que desaparecerá asustada. Lástima. La soplo. Me alegro que no esté, porque ya cae otra. Abro la boca y la recojo en los labios. Siento el frío cristalino de la nieve, la blancura limpia y fría.

—Duerme, hijito.

Soy un niño otra vez y mamá me llama "hijito". Otra vez me dicen "tú". Otra vez están transparentes los cristales; otra vez recuperó la alfombra sus antiguos colores.

Otra vez tengo los brazos jóvenes, las piernas, jóvenes los huesos, joven la sangre, joven la respiración, jóvenes las lágrimas de alegría.

Alegría, lágrimas y la fe joven, infantil.

Me quedo dormido. Como después de una larga marcha.

SEGUNDO DIA

Durante la noche cayó nieve. Blanca, blanquísima.

¡Hace tantos años que no veo nieve! Me alegro porque nieva, porque todo está blanco.

A los mayores también les gusta el buen tiempo; pero ellos piensan, meditan. Nosotros es como si lo bebiéramos. A los mayores también les gusta una mañana clara; pero para nosotros es como un vino helado, como si nos embriagáramos con ella.

Cuando era grande, al ver la nieve, pensaba en seguida que habría barro y sentía el calzado húmedo. ¿Alcanzaría, acaso, el carbón para el invierno?

También había alegría, pero cubierta de ceniza, polvorienta, gris. Ahora la siento blanca, transparente, enceguecedora. ¿Por qué? Por nada: la nieve.

Camino despacio, con cuidado; me da pena pisarla. Alrededor, chispas que relucen, que brillan fosforescentes y viven.

Y dentro de mí miles de chispas. Como si alguien esparciera polvo de diamantes en la tierra y en el alma. Se ha sembrado y crecerán árboles de diamantes. Brotará un brillante cuento de hadas.

Cae sobre la mano una blanca estrellita. Preciosa, chiquita, cariñosa. Lástima que desaparecerá asustada. Lástima. La soplo. Me alegro que no esté, porque ya cae otra. Abro la boca y la recojo en los labios. Siento el frío cristalino de la nieve, la blancura limpia y fría.

—Duerme, hijito.

Soy un niño otra vez y mamá me llama "hijito". Otra vez me dicen "tú". Otra vez están transparentes los cristales; otra vez recuperó la alfombra sus antiguos colores.

Otra vez tengo los brazos jóvenes, las piernas, jóvenes los huesos, joven la sangre, joven la respiración, jóvenes las lágrimas de alegría.

Alegría, lágrimas y la fe joven, infantil.

Me quedo dormido. Como después de una larga marcha.

SEGUNDO DIA

Durante la noche cayó nieve. Blanca, blanquísima.

¡Hace tantos años que no veo nieve! Me alegro porque nieva, porque todo está blanco.

A los mayores también les gusta el buen tiempo; pero ellos piensan, meditan. Nosotros es como si lo bebiéramos. A los mayores también les gusta una mañana clara; pero para nosotros es como un vino helado, como si nos embriagáramos con ella.

Cuando era grande, al ver la nieve, pensaba en seguida que habría barro y sentía el calzado húmedo. ¿Alcanzaría, acaso, el carbón para el invierno?

También había alegría, pero cubierta de ceniza, polvorienta, gris. Ahora la siento blanca, transparente, enceguecedora. ¿Por qué? Por nada: la nieve.

Camino despacio, con cuidado; me da pena pisarla. Alrededor, chispas que relucen, que brillan fosforescentes y viven.

Y dentro de mí miles de chispas. Como si alguien esparciera polvo de diamantes en la tierra y en el alma. Se ha sembrado y crecerán árboles de diamantes. Brotará un brillante cuento de hadas.

Cae sobre la mano una blanca estrellita. Preciosa, chiquita, cariñosa. Lástima que desaparecerá asustada. Lástima. La soplo. Me alegro que no esté, porque ya cae otra. Abro la boca y la recojo en los labios. Siento el frío cristalino de la nieve, la blancura limpia y fría.

Y cuando empiece a deshelarse habrá trozos de hielo. Se podrá tirarlos con la mano. Poner la boca y atrapar la risa, y las gotas que caen. Con un soberbio movimiento del brazo las arrastras; y caen y se deshacen con un sonido frío.

Es en realidad el invierno y la primavera. No es nieve; es el reino encantado de una irisada pompa de jabón.

Además, las bolas de nieve. Las bolas; juegos, sorpresa. Hay tantas pelotas cuanto desees. No tienes que comprarlas, prestarlas ni pedirlas. Las tienes. Las tiras, golpean suavemente y se deshacen. No importa; habrá otras.

Tú le tiras a él y él a ti: en la espalda, en la manga, la gorra. Y nada: risas y galopar del corazón.

Si te caes, haces como que te sacudes. En el cuello, *brrr*, frío agradable. Es la aventura.

Haces una bola. Se forma pareja, crece. Eliges un buen lugar, la empujas. Crece mucho. Ya sientes que pesa no sólo en la mano, sino también en el brazo. Resbalas; tienes que andar despacio, con cuidado.

—¿Cuál es más grande? — Y ahora ¿qué? Puedes saltarle encima, impetuosamente, con los pies juntos.

Los porteros la juntan a ambos lados de la calle, te metes, pues, hasta las rodillas en el polvo blanco. Por Dios, necesito tablas y clavos. Lo más necesario, lo único importante en el mundo —fuera de eso no existe nada— es un trineo propio, forrado de latón. ¿Qué podría romper, desarmar, encontrar, pedir, para tener unas tablas? Y patines; si no pudiera tener dos, por lo menos uno. Uno se siente huérfano sin patines ni trineo. He ahí nuestras blancas preocupaciones, blancos deseos.

Me dais lástima vosotros los grandes que sois tan pobres en la alegría de la nieve, que ayer no existía. El viento hace volar las deshechas estrellitas, de las mar-

quesinas, y derrama blanco polvo en la calle. Es una nube blanca y fría que sube, baja y va formando, entre los entrecerrados párpados, una cortina de blancas pestañas.

Es sólo la calle. Ni el bosque, ni el campo, sino la calle blanca. Un arrogante y joven grito de alegría. En los techos surgen pequeñas formas humanas y tiran paladas a las cercadas aceras. Y tú las envidias, porque están tan arriba, porque pueden caer y no caen. Es tan fácil, agradable y hermosa esta tarea: tirar nieve de lo alto. Los transeúntes se hacen a un lado y miran hacia arriba.

Si yo fuera rey mandaría que en el primer día de verdadero invierno, en vez del repicar de miles de campanas escolares, se dieran desde el fuerte doce cañonazos en señal de que no habrá clases.

En los sótanos o desvanes de cada escuela hay cajones, tablas.

La fiesta de la primera nevada.

Se detienen los tranvías, se prohibe el tránsito. Nuestros trineos y cencerros toman posesión de la ciudad; de todas las calles, plazas y jardines. Es la fiesta blanca de los escolares, el día de la primera nieve.

Ahora sólo tengo la escuela. Sé que no es culpa de ella; pero siento disgusto. ¿Por qué? ¿Cómo? Cinco horas en un banco leyendo y haciendo cuentas.

—Señorita, hay nieve.

—¿Verdad, señorita?

La maestra tranquiliza suavemente, luego con más severidad. Se impacienta, pero siente que tenemos razón. Porque ahí está la nieve.

—Señorita.

Quieto.

Y luego:

—Quien diga una palabra más, quien murmure algo, será castigado — amenaza.

¿Así que una vez más la culpa es nuestra? ¿Así que somos nosotros? ¿La culpa no es de la nieve, sino siempre nuestra? Dormíamos por la noche; ni siquiera sabíamos que nevaba. Podemos traer un certificado de nuestros padres. Ella cayó naturalmente del cielo. Y si no se puede hablar, si hay que simular que no hemos visto nada, que no lo sabemos; si está mal que lo sepamos y hasta que nos alegremos... ¿qué vamos a hacerle? Que así sea.

Uno solo está en penitencia.

Me callo como todos. Algunas miradas inquietas se dirigen a la ventana y la última, de esperanza, es para la maestra. Se hace el silencio. Sólo nos resta la lección.

No hay doce cañonazos de blanca alegría para los niños. Alguien dice algo de poco interés. Abro una caja para lápices y cuento las plumas: una, dos, tres, cuatro, cinco. Una está sin punta, rota; seguramente no servirá. La saco y la pruebo; escribe, pero muy grueso.

—Once plumas, once.

Y luego nada más. Cuentan algo aburrido de un campesino. Bostezo.

—No se puede bostezar en clase.

El vecino me da un codazo para que me levante. Lo hago. Me doy cuenta que he bostezado y que fué a mí a quien dijo la maestra:

—Siéntate derecho; no te apoyes.

Me siento derecho, sin apoyarme. Bostezo a hurtadillas.

—Haz el favor de mirar al pizarrón.

Miro al pizarrón y veo que vuelve a nevar detrás de las ventanas, pero ya ni siquiera me importa. Me quedo quieto.

—Repite.

—¿Qué?

—Ponte en penitencia. No prestas atención.

Me arrastro hacia el rincón.

—Más ligero, apúrate.

Alguien se ríe. Sucede a menudo que alguien ríe de repente, sin saber por qué, y sucede que todos lo siguen. Me duelen las piernas. No me duelen, sino que se me doblan. Es extraño. Me sobrarían fuerzas para correr, patinar, andar en trineo. Y no es que sea mala voluntad, terquedad o pereza, ni travesura intencional, sino un sincero, honesto y verdadero y doloroso *no puedo*. Como si alguien me hubiera tronchado como a una caña. El rincón es un castigo severo. Me siento débil; me cansaba de estar sentado. Me apoyo porque no puedo estar derecho. Ahora tengo que estar de pie. Me consuelo: es mejor en el rincón. Si los demás empiezan a alborotar yo no tendré la culpa.

Y es posible que empiecen. Porque bajo el sopor del silencio se esconde un callado rencor, deseo de desquite, que espera la voz de alarma. Aparecerá quizás el atrevido. Porque si sólo uno comienza ahora, todo terminará en un pequeño escándalo. Yo ya lo sé. Lo conozco.

Alguien clava una pluma en el pupitre, la aprieta, la suelta y se oye como un zumbido. La maestra aun no se dió cuenta, pero nosotros sí, de inmediato. Es difícil descubrirlo, porque clavó la pluma hondamente en el pupitre y con sólo apretarla después...

Ahora se escuchó con más nitidez.

—¿Quién provoca ese zumbido?

Nadie responde. Ahora son dos, una vez uno y otra vez otro.

¿Cuándo terminará esta clase? Esto no puede durar eternamente. Si hubiera siquiera un reloj en la pared. ¿Por qué no hay reloj? Porque la maestra sabe y tan sólo nosotros sufrimos un desconsuelo sin esperanzas.

—He preguntado quién hace el zumbido.

—¿Qué? Yo no sé nada.

—¿Quién es, pues?

—No lo sé. ¿Por qué sospecha de mí?

La clase despierta del sopor. Se empieza a cobrar interés. La maestra ya adivinó la dirección del ruido. Ahora empezará otro, para desorientarla. En este instante con seguridad está sacando la pluma de la lapicera, poniendo una cara inocente, y clavándola en la madera.

—Crucen las manos en la espalda.

Por fin la campana.

Comprenden ustedes ahora por qué, aunque con cierta reticencia, exigen en la escuela que se crucen los brazos y se abandone en parejas el aula. Porque damos un salto, en montón, como un ventarrón, hacia la puerta.

Las puertas de las escuelas deberían ser anchas, para caso de incendio y para sueños de nieve como éste. Nos empujamos, nos apresuramos para no perder nada, ni un solo instante. Tenemos que salvarnos; y nos separa un trecho tan largo, tantas dificultades. La puerta angosta, el corredor estrecho, la escalera, el pasillo. Y todos tenemos que ser los primeros en el patio. Nos abrimos, pues, camino con los codos, las rodillas, el pecho y la cabeza; porque nos falta aliento y las manos se nos escapan hacia la nieve...

Algo pasa ante mis ojos. Ahí va. La primera bola de nieve sale de cualquier manera y ¡paf! vuela hacia el primero que encuentra. No puede enfadarse. Va a ser un juego maravilloso, deslumbrante. Y nadie nos estorbará. No se atreverán, no se arriesgarán. El portero sabe que le llenarán de barro las escaleras. Los maestros se han retirado a la secretaría y fuman. Hacen como que no se han dado cuenta, porque parece mal permitirlo. Pero esos diez minutos son nuestros; luego dicen que somos el huracán, los elementos desencadenados. Es una lucha a distancia. Contra uno y contra todos. Una lucha donde no hay enemigos, en la que nadie quiere hacerle daño al otro, pero de la que hay que salir vencedor a toda

costa. No se cuentan los golpes dados ni recibidos; no se considera el resultado de los tiros, ni se sienten los golpes recibidos de atrás con tal de aguantar hasta el final en el terreno y resistir la furia del ataque.

Uno ha caído pesadamente; se fija en algo. Un desgarrón en la blusa o en los pantalones y las primeras lágrimas le asoman a los ojos.

No vemos los desgarrones ni nos compadecemos de las lágrimas. Sólo podría interrumpir el juego algo terrible: un cristal roto o el ver correr sangre. Aunque, quién sabe si esto mismo haría cesar el juego. Tal vez sólo se paralizaría en el lugar más próximo al accidente. No hay plan alguno ni jefe. Lucha uno contra otro. Uno por sí mismo y contra todos. Sólo casualmente, y por un instante, se forman grupos.

He aquí una lucha de tres contra uno. Lo acosamos contra la pared. Se defiende, pero el círculo se cierra. Logra sacar toda la nieve de debajo de sus pies y nos tira, no ya con bolas, porque le falta tiempo, sino con nieve, con inofensiva nieve. Ahora ya no puede ganar espacio, porque estamos pecho contra pecho.

—¿Te rindes?

—¡No!

Tiene razón. Porque, de pronto, uno de los tres le tiró, sin querer, una bola de nieve a su aliado. Traición. Cesa el ataque. No es una traición, sino la voz de alarma para dispersarse y correr hacia otro lugar más interesante.

Ha tenido razón de no rendirse. He aquí que a último momento le llegan refuerzos. De repente recibimos una lluvia de bolas de nieve en la indefensa retaguardia y él escapa en la confusión, cansado, blanco de pies a cabeza, pero no vencido.

A uno de los muchachos, uno de los enemigos, le pasa un puñado de nieve por la cara o se lo mete en la boca, y lo lastima con alguna piedrita perdida. En realidad,

esto está prohibido; pero ¿quién observa reglas en la lucha? De repente nos separamos, sin saber con quién o contra quién luchamos. Se mezclan los muchachos y los grupos. Aparecen y desaparecen las caras conocidas, semi conocidas, apenas vistas y completamente extrañas. No luchamos con el hombre, sino con el tiempo. Cada instante debe ser aprovechado; es lástima perder una fracción de segundo. Cada momento aprovechado, exprimido, saboreado hasta la última gota del placer del movimiento.

Los dos caímos en la nieve. Yo estoy arriba. Aflojo a propósito, para darle una posibilidad de desquite, encontrándome debajo por un instante.

Me entendió. Los dos nos ponemos de pie y corremos juntos, teniéndonos de las manos o en distintas direcciones y separados.

Sólo existe una ambición: agotar todas las posibles situaciones de la lucha. Atrapar y absorber la mayor cantidad de impresión, sacudir cada tendón, cada músculo y cada nervio. Respirar a pulmón lleno. Sentir por milésima vez cómo afluye al corazón la dura ola de la sangre.

Porque nosotros podemos perdernos en el placer, no rojo sino blanco. Y nada será olvidado. Y en el cansancio de la próxima clase viviremos los distintos momentos de los hermosos instantes, de las fuertes sacudidas.

¿Los niños crecen? ¿No es verdad? Crecen sus cuerpos y sus espíritus. Que así es, más que nunca en estos momentos desearía demostrarlo científicamente. Para convencer irrefutablemente.

Ahí está la campana. No importa. Mejor aún. La campana agrega ímpetu al juego; como la música al soldado en marcha. Si antes de la campana podíamos ahorrar un poquito de fuerza, ahora ya no se ahorra ninguna. Hasta lo último, hasta el fondo; las migajas de fuerzas, se arrojan sobre el último instante de lucha.

Es el momento decisivo, peligroso, inconsciente. Cuando ya no hay cálculos ni vacilaciones; precisamente entonces, muy a menudo se rompe un cristal, se pierde una pelota arrojada con demasiada fuerza, se rompe una pierna. También, de repente, puede trabarse una lucha corta, inesperada; no se pelea por odio o porque se quieran arreglar cuentas viejas, sino simplemente porque la campana llama a clase. Si alguien empuja involuntariamente, antes de la campana, se le perdona con facilidad y, a veces, ni siquiera se le presta atención. Pero ahora, después de la campana, lo sientes y no lo perdonas. Luego, uno mismo se asombra, avergüenza y arrepiente. Y te compadecen los amigos; y lamentan no haberte detenido a tiempo.

Es lástima que se haya echado a perder un juego tan hermoso. ¿Hermoso? ¡Cuán pobre es el lenguaje humano! ¿Qué puede decirse?

Corrimos. Fué todo muy hermoso. Y ya está.

Si yo fuera portero, tocaría durante mucho tiempo la campana durante estos recreos nevados. Mientras ella toca, nosotros no nos damos por enterados; incluimos el sonido de la campana en el juego. Sólo cuando calla, en ese primer silencio, el juego se hace ilegal, peligroso, incontrolable. Ya se rompen las filas. Los más obedientes se retiran; se advierte vacilación en los movimientos, inseguridad en los ojos. Se pierde la confianza, la fe en uno mismo. No hay más que obedecer. ¿Pero no es eso una derrota, una deserción?

Se hace un silencio que de un momento a otro se romperá con el tañir de la segunda campanada. Y será demasiado tarde.

Corremos hacia el pasillo. Ahí, de seguro, nos detendrá prudentemente el encargado de la limpieza del corredor.

—¡Límpiense los zapatos!

Y he aquí que alguien arroja al apelotonado montón, que está frente a la puerta, la última bola de nieve, dura y bien hecha. ¿Habrá temblado la mano, fallado la vista o alguna oculta sed de venganza influyó en su dirección?

Lo cierto es que no cayó sobre nosotros sino en la ventana. Cuando vuelva a ser grande, me ocuparé de este asunto, en voz alta y segura, y lo pondré en el orden del día.

¿Cuántos cristales por año tenemos derecho a romper? ¿Ni uno? Es una locura; ni tú mismo lo crees.

El cristal parece que fué inventado por los fenicios. Y al cabo de tantos siglos, ¿no se pudo inventar algo más duradero? ¿Qué hacen pues los químicos y físicos en sus laboratorios? ¿Es que realmente no se puede hacer nada?

Que los cristales se rompan. La culpa es de ellos y no nuestra.

¿Por qué tenemos que petrificarnos de espanto? ¿Esperar una desgracia? Yo, inocente, ¿debo esconderme, escapar del lugar donde se cometió el crimen? ¿Por qué, de pronto, todos los que por casualidad nos encontramos allí nos convertimos en criminales?

¿Por qué, después de esos fugaces cinco o seis minutos de recreo, debo enfrentar la mirada amenazadora y responder a la terrible pregunta?

—¿Quién fué?

—Yo no.

Y aun cuando diga la verdad, me siento como si mintiera. Debía haber dicho:

—Sólo por casualidad no fuí yo el autor.

Sé que hay sospechas. Me acusa la ropa cubierta de nieve. Tiré bolas de nieve, como los otros, como todos. ¿Está permitido? ¿Acaso lo sé yo? Puede que no. Me marcho apurado a la clase; quiero llegar a tiempo; seguramente llegaré. ¿Acaso lo sé? Puede que realmente sea culpable por no haber dejado de jugar al primer toque de campana. ¿Pero, acaso se puede interrumpir el juego tan de inmediato, en seguida?

—Yo no fuí.

—Tiré algunas bolas de nieve, legales, inofensivas. ¿Algunas? No sé cuántas. Contaré las bolas de nieve completamente formadas y también las que arrojaba en el apuro y que no eran sino fragmentos incompletos.

Y a pesar de todo se encontró al repugnante, al mentiroso, que dijo:

—Yo sólo tiré un par de bolas, allá, a lo lejos.

—Es un tramposo, un mentiroso.

Estamos todos solidariamente afectados por la desgracia. Sentimos que hasta el peor de entre nosotros es inocente. Porque es verdad que el cristal se rompió por casualidad. Que no lo rompió el que tiró la bola de nieve ni nadie. Así lo sentimos todos en ese momento; y bajo la amenaza de la deshonra, preferimos contestar con un breve:

—Yo no fuí.

Y con desgano. Hasta eso con desgano y sólo movidos por la presión.

Porque, díganme ustedes, por favor, ¿no tenemos derecho, acaso, a romper un cristal? Y si es posible uno por año, ¿por qué no puede ser éste justamente, y en este preciso momento?

Sé que no me contestaréis porque no conocéis, no comprendéis lo que es la nieve. Ni siquiera queréis conocerla; la menospreciáis.

Recreos como el de hoy muy pocas veces los tiene un hombre en la vida. A veces, durante todo el invierno, no hay ni uno. Porque tiene que ser templado el día. Si no, la nieve se congela y no puede hacerse ni una bola. Y las manos se enfrían demasiado. La nieve tiene que ser húmeda y honda. Pero tampoco debe hacer mucho calor, porque se deshace. Tiene que caer de noche o a la madrugada, para que no tengan tiempo de quitarla. Y tiene que ser la primera, la intocada, para que no tenga pedazos de hielo ni rastros de tierra. Nosotros, los conocedores y adoradores de la nieve, la sentimos muy hondo en el alma.

Sabemos que estáis descontentos de nosotros. Sucede que tenéis razón. Es cierto que saltamos con gusto en los sillones. Decís que el sillón se rompe, que se rompen los elásticos. No de repente, no en seguida. Un sillón, si no se le salta encima, puede durar decenas de años. Lo creemos, aun cuando habiendo vivido sólo diez años, no pudimos convencernos de ello.

No permitís romper las nueces en los marcos de las puertas. Las puertas se echan a perder. Eso es más asombroso aún. La puerta es parte de la casa. Las casas son altas, fuertes, duran cientos de años. ¿Qué vamos a hacer?

Ni permitís que nos colguemos de los picaportes, porque pueden romperse, aunque son de hierro. ¡Es extraño! Vivimos desde hace poco, sólo ahora miramos alrededor. Y vosotros y todo el mundo, ¡qué extraños sois! Pero no os atribuimos mala voluntad.

¿El hierro se rompe? Bueno.

¿La ropa se desgarra? Desgraciadamente.

¿Los cristales se rompen? Por cualquier causa. Se rompen solos. Nosotros no tenemos la culpa. El mundo es duro, inconmovible. Caí contra la pared, contra el friso de la ventana, contra el ropero, la mesa, la puerta. A veces duele mucho.

Y de repente el buen Dios cubre la tierra para nosotros, para los niños, con una alfombra blanca, como un pájaro cubre de plumas el nido para sus pichones. En invierno no hay césped verde y no lo habrá hasta mucho después. Y cuando lo haya, estará cercado y estará prohibido pisarlo. Pero con la nieve se puede hacer lo que uno quiere.

Hay bolas de nieve inocentes; las hay peligrosas y tremendas como de un fusil, traidoras, dum-dum, y prohibidas por las reglas humanitarias de la guerra. Hay bombas, granadas, balas. Y para vosotros lo más importante es un cristal roto. Paciencia: es la guerra.

Y ni por casualidad fuí yo.

—¿Quién, pues?

Un movimiento de hombros. No sé.

No lo sé, realmente. Aunque lo sepa tampoco lo sé. Sólo me parece que fué él. Seguramente lo voy a averiguar si pregunto tranquilamente, pienso más tarde. No tengo por cierto una seguridad absoluta, que fué él mismo precisamente y no algún otro.

Yo corrí porque sonó la campana, porque era tarde. Estaba cansado, alegre y con miedo. Pudo haberme parecido que fué él. Los dos estaban allí. Uno de ellos fué, con seguridad.

¿Y si estaba otro? ¿O una bola perdida? Hay que determinarlo; pero se necesita tiempo y el maestro lo quiere saber en seguida.

Además, que lo digan otros, los que estuvieron más cerca, los que lo vieron mejor.

Y estamos ahí, un rato largo, insoportable, con los nervios en tensión.

Ahora os pregunto; ¿en qué caso excepcional puede suceder eso a los mayores? No conozco más que uno. Durante una manifestación en la cual tomé parte se oyó de repente un tiro. La policía nos rodeó. ¿Quién tiró? En este caso ,siendo yo inocente, estaba seguro que habría una investigación. Todos los pro y los contra se examinarían. En cambio, nuestros asuntos se resuelven de cualquier manera, con tal de terminar ligero. ¿Por qué sucede así? ¿Por qué, tan a menudo, sin ser culpables, sufrimos injusticias? ¿Por qué se permite castigar injustamente a un niño y se lo considera como una pequeñez por la que no hay responsabilidad alguna?

La clase de religión transcurrió tranquilamente.

Pensaba en José, a quien encarceló el faraón. José interpretaba los sueños. Luego le fué bien; pero es muy

triste ser vendido por los propios hermanos, acusado pérfidamente y encadenado durante largos años en un oscuro calabozo. No fué largo el tiempo que pasé en el rincón y, sin embargo, cuánto he sufrido. Estuve en el aula; miraba las ventanas; sabía que sólo debía estar allí hasta el toque de la campana. No sabemos qué aspecto tenía una cárcel egipcia ni cuánto tiempo fué martirizado allí José. Siento pena por él, quisiera compadecerle tanto como se merece, y no sé nada. Anteriormente quise saber todo lo posible sobre los esquimales; ahora quisiera saber todo lo que se refiere a José. Podría hacer muchas preguntas. ¿Por qué no les gustan a los mayores nuestras preguntas?

Pero eso sucedió hace tiempo, y muy lejos, y ellos mismos pueden ignorarlo. Y a los mayores no les gusta reconocer que ignoran algo; y tenemos que consultar algún libro o preguntar a alguien que sepa más. Puede ser que no lo sepan, sino que lo intuyan. A ellos les resulta más fácil.

En otros tiempos no había cuadros en las escuelas. En mis tiempos tampoco se conocía el cine. ¡Cuán pobres eran los años de la niñez sin el cinematógrafo!

Se hablaba de montañas, mares, desiertos, guerras antiguas, pueblos salvajes. Y crecía en nosotros, progresivamente, el deseo de ver todo eso. Ahora, al salir del oscuro salón del cine, puede uno decir por lo menos:

—Estuve allí, lo he visto.

El rumor de la clase me arranca de la abstracción. Estamos otra vez descansados y deseosos de que se produzcan los doce disparos de cañón. Me duelen las espaldas, aunque sólo ahora. El tiro debe haber sido duro, es agradable este pequeño dolor. Como una cicatriz que un padre enseña a su hijo. Un dolor orgulloso e indoloro, del cual se dice:

—No es nada. No tiene importancia.

Me doy vuelta para mirar a Juancito, a quien doy

un golpe tan fuerte en la frente que se le cae la gorra. Percibo en seguida una mirada. Sonríe y contesta con el brillo de los ojos.

—Lo recordaré. Pero espera: ahora volveré a empezar otra vez. No te perdonaré.

Una mirada expresiva y otra mirada expresiva. Lo saben, por lo visto, porque nos prohiben mirarnos y sonreír en clase.

Cuando vuelva a ser maestro trataré de entenderme con los alumnos. Para que no haya como dos campos enemigos; de un lado la clase y del otro el maestro con algunos adulones. Trataré de que haya sinceridad.

Por ejemplo, en un día de nieve blanca como éste, daré unas palmadas y diré:

—Que cada cual recuerde bien lo que estuvo pensando en este momento. El que tenga vergüenza de decirlo, que lo confiese para que no se sienta obligado. — La primera vez saldrá mal. Pero lo haré más a menudo. En cuanto me dé cuenta que la clase no atiende, preguntaré por turno:

—¿En qué estabas pensando tú? ¿Y tú?

Si alguien me contesta que estaba pensando en la lección, le responderé:

—¿No estarás mintiendo?

Si alguien sonriera y yo me diera cuenta que no quiere decir lo que piensa, le preguntaría:

—¿Niño, quieres decírmelo delante de todos? Dímelo al oído o lo anotaré en el recreo.

Y ellos responderían:

—¿Para qué quiere usted saberlo?

Y les diré a mi vez:

—Quiero escribir un libro sobre la escuela, para que todos se convenzan que no siempre se puede atender en clase. Puede ser que en invierno los recreos deban ser más largos; es posible que en los días hermosos los alum-

nos se cansen más fácilmente. Mucha gente escribe libros sobre la escuela y cada vez se descubre algo nuevo para que los niños y los maestros estén mejor. Porque vosotros terminaréis la escuela y os iréis. Nosotros, en cambio, nos quedaremos para siempre en ella.

Y ellos se asombrarán, porque nunca se les ocurrió pensar que los maestros van también a la escuela y pasan, igual que los alumnos, muchas horas en clase. Luego hablaremos de lo que cada cual quisiera modificar. Yo les contaré que los maestros se enferman con frecuencia de la garganta y de los nervios. Y les diré el por qué de nuestra nerviosidad. Y cuando cada cual haya dicho, sinceramente, lo que pensó en clase, les haré una broma, así:

—Pues ahora, a todos los que no atendían, les pondré un cero.

—¡Oooh, qué listo es usted!

—Es feo decirle al maestro: ¡qué listo es usted! — diría yo.

—¿Por qué?

Entonces se los explicaré, y otra vez:

—Veamos: ¿les pondré cero a los que no atendieron?

Algunos empezarían a gritar:

—¡Sí, sí, sí!

Y otros:

—¿Por qué a nosotros? Nosotros atendíamos.

—No atendieron — contestaría yo.

—¿Por qué?

—Pues porque hoy es el día de la primera nieve, y nadie atiende.

—Es verdad; pero la nieve no es una lección.

—¿Qué les parece, pues, si hoy no pongo ceros?

—Ni hoy, ni nunca.

—Es difícil arreglarse sin ceros.

—Y es desagradable recibirlos.

—Tampoco es agradable ponérselo a un alumno. El maestro prefiere poner buenas notas.

—Pónganoslas.

—¿Puedo hacerlo?

—¡Claro que sí!

Y así jugaremos hasta el toque de campana.

Pero, ¡qué asombroso es pensar! Quise ser un niño y ahora vuelvo a cavilar lo qué haré cuando sea grande. Por lo visto, ni a los niños ni a los grandes les va demasiado bien. Estos y aquellos tienen sus disgustos y tristezas.

Podría también ser que uno fuera una vez chico y otra vez grande, por turno. Así como hay el invierno y el verano, el día y la noche, el sueño y la vigilia. Si fuera así nadie se asombraría, sino que se entenderían mejor los grandes y los chicos.

En este recreo el juego fué ya más tranquilo. Decidimos previamente quién jugaría con quién. Y la nieve estaba removida, así que era más difícil hacer bolas. Algunos probaron, pero la mayoría jugaba al trineo. Un muchacho detrás, como conductor, y dos delante, como caballos. Y vamos en fila uno tras otro, como los bomberos o la artillería. Cada uno piensa en cosas diferentes, pero tratamos de sobrepasarnos: algunos tienen mejores caballos, otros mejor vehículo.

Al principio hubo orden, luego se enredó. Empezaron a atropellarse, provocaron una catástrofe de ferrocarril. Se empujaron e hicieron caer al uno sobre el otro. Siempre se encuentran inconscientes y, en consecuencia, algunos lloran. Porque a uno le pisaron la mano, al otro le pegaron en el zapato, que tenía refuerzos de hierro. Y hasta lo comprimieron tanto que no podía respirar. No a todos nosotros nos gusta hacer escándalo. Nada de eso. A veces preferimos no jugar que hacerlo con un salvaje que empuja, grita y pega. Porque si a uno de ésos

lo empujas en broma, en seguida te devuelve un golpe con todas sus fuerzas, con el puño, para causarte dolor. No se fija en nada, atropella, se tira, desgarra la ropa, como un loco.

Cuántas veces uno quisiera jugar un rato y dice:

—No quiero.

Porque está él cerca.

—O él o yo.

Que elijan los otros.

A veces tiene miedo de decirlo francamente, porque entonces él comenzará a molestar. Es mejor decir:

—Yo no voy a jugar.

Si los demás se dan cuenta, bien, y si no, paciencia. Pero es desagradable.

En el patio de casa ya conocemos a los salvajes, pero aquí en la escuela, es imposible conocerlos a todos; de modo que es más fácil llevarse un disgusto. Y tampoco hay tiempo para fijar las reglas del juego.

De modo que si uno comienza algún juego, y gusta, todos lo siguen. Es como si diera la voz de alarma. Y hay que reconocer que los locos —porque los llaman locos— tienen buenas ideas. Sólo que no saben llevarlas a cabo.

Es cierto que nosotros también nos atropellamos, como en un choque de un tranvía con un auto, o en el de dos aviones. Pero no en exceso y con cuidado. Corremos, pues, y nos escapamos; y si algún trío enloquecido nos quiere atropellar, nos hacemos a un lado e interrumpimos el juego.

—Váyanse, no queremos.

Dos automóviles corrían, frenéticos, durante el recreo. Nuestro trío estaba muy bien elegido. Sólo un caballo se golpeó la cabeza, porque justamente nos esquivamos de un auto enfurecido. Y he aquí que nos toman de costado. Yo no tuve tiempo de evitarlos ¡pum! Y le di en la cabeza. Ni siquiera lloró; tan sólo no quiso ya ser caballo.

—Se me cayó un botón, que levanté y guardé para coserlo en casa.

Unicamente en un sitio hubo un bombardeo. Esa zona batida había que cruzarla al galope. Quien no toma parte en este juego, no puede entender nada. Porque lo importante no es el correr, sino lo que ocurre dentro de uno mismo. El jugar a las barajas o al ajedrez, no es más que sacar o mover maderitas. El baile, es dar vueltas en derredor. El que suele jugar o bailar, sabe que es realmente así.

No hay que menospreciar el juego, ni molestar, ni interrumpir de golpe, ni imponer un compañero desagradable. Si hago de conductor, quiero tener caballos de igual tamaño, ni demasiado grandes ni demasiado chicos; alegres, pero obedientes, inteligentes, sumisos. Si hago de caballo, no quiero tener un conductor tonto o bruto. Porque yo mismo establezco la rapidez de mi paso y no quiero que me golpee, me sacuda o me empuje. Siento de un modo diferente, como caballo o como conductor. Pero, ¿qué saben ustedes de todo eso? Que relinché, que muevo impaciente las patas en el mismo sitio, o grito: ¡quieto!

Si soy bombero, me fijo si se ve humo, miro hacia arriba, me apresuro de manera distinta que cuando voy a ocupar una posición con el cañón. Ante los bomberos todos se hacen a un lado; a la artillería le apunta el enemigo. Miro desconfiado, para no caer en una trampa. Cuando voy como asistencia pública pienso si el que me espera es un niño atropellado por un auto, un suicida, un ahorcado o un envenenado. No es sólo correr como un tonto.

Además, es muy importante aprovechar correr por adelantado, porque nos espera otra hora en el banco.

Y bien. Se acabó la escuela. Volvamos a casa.

No sé si debo volver hoy también con Mik. Cuando

se lleva el mismo camino, y uno empieza a ir junto con otro, hay que seguir haciéndolo siempre. Y aunque sea desagradable, es difícil despegarse; inclusive hay que pelear para poder quedarse solo o volver con otro.

Hay algunos con los que nadie quiere volver, así que todos los días se pegan algunos. Hay quien prefiere volver solo a casa, pero son los menos. Hay quienes prefieren hacerlo en montón. Lo más común es volver de a dos o tres; dos como amigos, y el tercero se invita, o se acerca él mismo y nosotros observamos cómo es. Los hay celosos, que no soportan al tercero. Esos son muy desagradables, dan la impresión de que lo acaparan a uno para sí mismos.

Es desagradable cuando alguien quiere ir con uno si ya se aburrió, o eligió a un tercero. Entonces hay que escapar sigilosamente, para que el primero no lo encuentre. Si es delicado comprenderá, y se irá solo. Pero algunos arman escándalo, cuentan los secretos, mienten, y de buen amigo se transforma en el peor enemigo.

No siempre aquel con quien volvemos de la escuela tiene que ser un amigo. Porque el amigo puede vivir justamente hacia otro lado. Y no se puede ir con él un solo trecho, sino que hay que separarse en seguida en direcciones opuestas. De modo que una cosa es el amigo y otra aquel con quien nos gusta volver juntos. Un amigo es siempre como un hermano, o algo más. Sólo que a un hermano se le conoce mejor y no es posible equivocarse. Y uno se hace amigo de cualquiera por las palabras que le oímos; nos parece que es así y es fácil equivocarse y que resulte falso. De esta manera, una cosa es frente a uno y otra por la espalda; dice una cosa y hace otra. Si un hermano sale malo, no hay remedio; uno se pelea con él, pero al final tiene que perdonar. Ahora, que con un amigo falso hay la posibilidad de separarse para siempre.

Cuando fuí chico por primera vez, tenía muchos amigos.

Con el primero, durante el primer año, sólo duró un par de meses; luego advertí que me inducía a hacer cosas feas, de modo que sólo esperaba que se fuera. Y él, nada. Hasta que tuvo que repetir el año en la escuela, y así me desligué de él.

El segundo tampoco fué muy bueno, pero de él me desligué fácilmente. Le di algunos regalos, le presté cincuenta o sesenta centavos, y fué como si hubiera pagado un rescate.

Luego, durante mucho tiempo, fuí prudente. Muchos se acercaban, e iba con ellos una o dos veces; luego hacía como que tenía que pasar por otro lado, o que me olvidaba algo en la escuela. Si no, preparaba todo antes de la campana; luego tomaba rápidamente el abrigo y ya no estaba. Me preguntaba al día siguiente:

—¿Dónde te metiste ayer? Te esperé y te busqué.

—No sé; volví a casa — contestaba yo.

Hasta que encontré un amigo. Uno verdadero. Uno que, cuando no viene a la escuela, siento tristeza. Y quiero sentarme a su lado. Y sin él no juego en el recreo. Y él faltaba mucho, cada vez más. No alborotábamos en la calle porque él iba despacio. Y los otros me decían:

—¿Cómo no te aburres con él? ¡Qué modo de arrastrarse! ¡Qué flojo! Y se besa con las niñas.

No era flojo, sino enfermo del corazón. No se besaba con las muchachas sino que tenía una prima. Nosotros ya éramos grandes, estábamos en el cuarto o quinto año y ella empezaba el primero. A veces la encontrábamos y ellos se besaban. Era chiquita y, además, prima hermana. ¿Qué había de malo, pues?

Tenía además otro amigo. Tenía dos años más que yo. Porque sucede que un muchacho mayor se hace amigo de uno menor y vuelven juntos si las clases terminan, por casualidad, a la misma hora. Pero una vez me hizo esperar, y luego se fué con un compañero, hablando con

él y haciendo como que no me veía. Doy vueltas alrededor, con la inutilidad de una rueda de repuesto, cruzo la calle y espero, a ver si me pregunta por qué me voy. Y él, nada. No me enojé, pero pensé: ¿Por qué tiene que hacerme favores? Y así terminó. Recuerdo todo eso y ahora soy prudente. Prefiero esperar, hasta encontrar a alguien, no sólo para correr, sino para poder hablar con él de diferentes cosas. No sólo de la escuela, sino en general.

Voy caminando, pues, pero me alcanza por el camino.

—Te busqué en la escuela — dice.

No contesto nada. Vamos uno al lado de otro. Y él pregunta:

—A lo mejor no quieres ir conmigo.

Veo que es delicado, porque otro no dudaría.

—Sí, como no — contesto.

Me mira atentamente para ver si lo digo en serio. Nos sonreímos.

—¿Quieres hacer una carrera con el tranvía?

—Bah; siempre correr. Ya corrí bastante en los recreos.

Nos detenemos ante el escaparate de una tienda.

—¡Oh!, mira qué lindos compases. Ves, eso es para hacer, si se quiere, un círculo grande. Y eso para la tinta. — ¿Qué te parece? ¿Cuánto pueden costar esos compases? — ¿Quisieras tenerlos? — Mira: tinta dorada. Mira, qué tintero tan chiquito; es para viajes. — Tengo que comprar un pincelito, pero no aquí. Frankovski compró uno en la esquina y hace un mes que lo tiene y al mío en seguida se le cayeron todos los pelos. — Es un robo. — Si te permitieran, ¿qué eligirías del escaparate? — Si permitieran una sola cosa, yo me llevaría los compases y este negrito. — Esas son dos cosas. — Entonces, sólo los compases.

En la tienda siguiente elegimos una tableta grande

de chocolate, para el caso de que nos permitan llevarla. Luego él eligió un florero para su madre y yo una muñeca para Irene.

El escaparate de un relojero, junto a los anillos y prendedores con piedras preciosas, también tiene relojes. No somos exigentes. Nos conformamos con un reloj. Durante mucho tiempo discutimos si es mejor un reloj pulsera o uno de bolsillo, con cadena.

Porque nosotros los niños nos diferenciamos de ustedes los grandes. Poco nos importa el precio de venta de un artículo. Nosotros conocemos los objetos necesarios y los innecesarios, y siempre estamos dispuestos a cambiar una cosa rara, pero que es indiferente, por algo que queremos tener. Si ustedes quisieran adentrarse en nuestras transacciones comerciales, verían que entre nosotros el engaño tiene un aspecto muy distinto. Cuando era niño. recibí en cierta ocasión, por primera vez, un par de patines. En aquel entonces los patines constituían un regalo caro y costoso. Pues los cambié por una caja de lápices, de madera de cerezo, redonda, con un bull-dog pintado. Le faltaba un ojo, pero era muy agradable. La caja para lápices se necesita todos los días y los patines de vez en cuando; el invierno era muy suave, no había hielo. Cuando lo supieron en casa, me armaron escándalo. Tuve que devolver la caja. Sentí mucha vergüenza, porque si los patines eran míos tenía el derecho de hacer con ellos lo que quisiera. ¿A quién le importa si me gusta más la caja de madera aromática, con el perrito tuerto? El otro no me engañó. Yo sabía que los patines eran caros, pero quería tener la caja. ¿Acaso un viajero, en el desierto, no entregó una bolsa de costosas perlas a cambio de un jarro de agua?

Durante mucho rato discutimos los que debíamos elegir del escaparate del carpintero. Queríamos tener una mesita con un cajón que se pudiera cerrar con llave. Pero

¿nos dejarían ponerla? ¿Algo para los padres? Pero es muy agradable tener una mesita, propia, aunque pequeña.

Empezamos a hablar de nosotros. A él le va mal, porque su padre bebe.

—Es una gran desgracia tener un padre borracho. Se debía prohibir el matrimonio a los que beben. Porque luego sufren la mujer y los niños. Temblamos cada vez que cobra pensando si traerá el dinero a casa o si pasaremos hambre toda la semana. Cuando está borracho no sabe lo que hace, y cuando se le pasa la borrachera se avergüenza y tiene dolor de cabeza.

—Y tú, ¿no puedes decirle que deje de beber?

—¿Qué le voy a decir yo? Ya mamá llora bastante, grita y maldice. El promete enmendarse y vuelve a hacer lo mismo. Como un niño.

—Prueba tú a inducirlo por las buenas.

—Me da vergüenza. Una vez fuimos al campo, a la casa de un amigo de mi padre. Ahí se bebía; papá dijo que no quería hacerlo, pues le había jurado a mamá que no volvería a beber. Así que cuando insistieron para que tomara siquiera un copa, yo le tiré de la manga, pues sabía que si empezaba no pararía en una. Y mi padre se levantó y dijo: ¿Vamos al río? Ibamos caminando. Los ruiseñores cantaban. El trigo ondeaba. Mi padre me tenía de la mano. Luego nos sentamos a la orilla del río. Y, de repente, le empezó a temblar la mano, como si le quemara una ortiga. Y yo dije: ¿Ves, papá, que es mejor no tomar? Y papá me miró y yo me avergoncé terriblemente; me dió una pena muy grande. Porque me miró tan lastimosamente. Sabes, a veces los perros miran así, cuando piden algo o temen que los castiguen. Yo sé que un hombre es distinto de un perro. Pero se me ocurre esa comparación. Ahora, por nada del mundo le volvería a decir nada a papá. El lo comprende porque sólo mira el agua; mira, mira y dice: ¡qué vida perra, hijito! Y

suspira. Yo quiero besarle la mano, como pidiéndole perdón. Pero él me la tiene con fuerza y no me deja. No sé si porque sentía pena o porque tal vez pensara que no era digno de besársela. Ya no volvió junto a los otros, sino que se hizo traer el bastón y dijo que le dolía la cabeza. No quiso que se burlaran de él. En el tren compró caramelos, pero no los comí; se los di todos a mi hermanita. Quise comerme algunos para que papá no creyera que los desdeñaba. Pero no podía; algo me apretaba la garganta. Después de esto, no volvió a beber durante mucho tiempo y mamá pensaba ya que todo marchaba bien. Ahora le han explicado que cuando uno está desacostumbrado y anda triste y cabizbajo es que aun no ha abandonado el vicio; sólo cuando deja de pensar y vuelve a estar alegre es que no volverá a beber. Pero, escucha; no se lo digas a nadie en la escuela. Sólo a ti te lo cuento. ¿No dirás nada? ¿Ni aún si nos enojáramos?

—¿Por qué hemos de enojarnos?

—¿Quién sabe? Por cualquier cosa; y nos peleáramos.

Charlamos un rato más. Qué gente tan diferente hay en el mundo: uno bebe, el otro no quiere trabajar, el de allá roba, a éste le gusta una cosa y a aquél, otra. Uno gusta de eso o de lo otro. Hay algunos, por ejemplo, a quienes no les gusta cortarse las uñas. Y les molesta si se las cortan. Las llevan largas. O se las muerden.

Aparecen los sabañones en los dedos y les duelen. Y aparecen unas manchitas blancas en las uñas: ¿de qué es?

—Dicen que es la suerte que florece. Y otros dicen que alguien te está envidiando. Siempre es así: uno dice una cosa y otro, otra, y luego uno no sabe a quién creer. Es terrible ver cuánta mentira hay en el mundo.

Charlamos tanto que llego tarde para el almuerzo. Porque yo lo acompañaba a él y él a mí. Y así íbamos

y volvíamos. Era agradable caminar y charlar, pues por todas parte había nieve y más nieve.

Y bien, me retrasé. Mamá comenzó a gritar porque llegué tarde a almorzar. Que ando por ahí vagando; que tiene ya bastante con lavar y cocinar; que gasto los zapatos; que está arrepentida que no sea una niña para que la ayude; que irá a la escuela a quejarse; que Irene debería ser la mayor, que ella se morirá por culpa mía.

La oigo y no comprendo nada.

Ya que he llegado tarde puedo comer el almuerzo frío, o no comer; o resignarme a lavar el plato.

Mamá me sirve la comida, pero yo no la quiero. Y ella se enfada más aún.

—Tienes que comerla. Todavía me vas a hacer pucheros y melindres.

No quiero enojarla más y como. Pero cada trozo se me detiene en la garganta. No puedo tragar. Hasta a Dios le pido que termine pronto esta comida.

Sólo a la noche me enteré que las polillas le habían estropeado el vestido a mamá. Se aproxima un cumpleaños y el vestido está inutilizado por las polillas. ¡Hasta de lo que hacen las polillas son responsables los niños! ¡Cómo me duele esta injusticia! Sería preferible no saber por qué se enojan los mayores cuando nos regañan. Uno presiente que es por algo que les pasó, pero busca la culpa dentro de sí mismo y termina por encontrarla.

Me siento en un rincón a hacer los deberes. Pero temo que venga alguno de los muchachos y que empiece otra vez:

—¡Anda a romperte los zapatos; tus amiguitos te llaman!

¡Pero si quise ser niño tan sólo para poder jugar con mis amigos!

Lo he adivinado; alguien llama, bajito y una sola vez. Pero mamá lo oye.

—No te atrevas a salir. Sigue con los deberes.

—¡Si los estoy haciendo! Ni siquiera tengo deseos de salir.

—Y entonces me imagino que estoy sentado solo, en el campo; es de noche, hace mucho frío y estoy solo, descalzo y hambriento. Los lobos aúllan. Hace frío. Y tengo miedo. Estoy temblando de pies a cabeza.

¡Qué raro es el hombre! De pronto está alegre, de pronto triste.

No lo sé con seguridad, pero me parece que los mayores están a menudo más enfadados que tristes. O puede ser que se entristezcan en silencio, para sí mismos y sólo gritan a los niños. Sucede muy pocas veces que digamos de un maestro:

—El maestro hoy estaba triste.

Y desgraciadamente decimos, a menudo:

—El maestro estaba enfadado.

Los niños lloran más a menudo que los grandes, no porque sean llorones, sino porque sienten más hondo y sufren más.

¿Por qué no respetan los mayores nuestras lágrimas infantiles? ¿Por qué les parece que lloramos muy a menudo y por cualquier motivo? No. Los pequeñuelos gritan porque es su única defensa; gritan, y así encuentran alguien que les preste atención y acuda en su auxilio. O gritan de desesperación. Pero nosotros lloramos pocas veces y no por lo más importante. Cuando se siente un dolor fuerte asoma una sola lágrima, y basta. Y a los mayores les sucede lo mismo; cuando sienten una verdadera desgracia, se les secan y enfrían de repente las lágrimas.

Ya es muy raro que uno llore cuando lo regañan sin razón. Baja la cabeza y nada más. A veces te preguntan algo y tú no contestas. A veces quisieras hacerlo, pero sólo mueves los labios sin poder pronunciar una palabra. Ellos sostienen que es terquedad, y a veces es cierto; de



repente te invade una furia temible. Y todo te da lo mismo. Que te peguen, así terminará más pronto. Entonces mueves los hombros o murmuras algo ininteligible. Porque sientes en la cabeza girar las peores ideas y las más feas palabras. Ya ni piensas que estás frente al maestro o a tu padre. No sientes nada en la cabeza; sólo, en el pecho, una muda y rabiosa desesperación.

A veces, ni siquiera oyes lo que gritan; no entiendes ni una palabra, ni siquiera sabes de qué se trata. Sólo te zumban los oídos y sientes la cabeza que da vueltas.

Y todavía te sacuden, empujan y golpean. Y les parece que no pegan, que no duele. Porque ellos llaman castigar a torturar a los niños. Cuando nos pegan con el cinturón, lo hacen como si fuéramos criminales. El niño se desprende y grita:

—¡No lo voy a hacer más! ¡No lo voy a hacer más!

Por un castigo así —tal vez ahora no sea tan común, pero todavía existe— en el futuro los meterán en la cárcel de inmediato.

¿Qué siente el que castiga y qué siente el niño? No lo sé. Pero nosotros lo miramos con asco, indignación y terror. Nosotros nos compadecemos más de un caballo que ellos de una persona.

Vosotros pensaréis que los niños también nos peleamos. Pero nosotros tenemos manos pequeñas y poca fuerza. Y ni siquiera en un arranque de furia pegamos con tanta saña. Vosotros no conocéis nuestras peleas. Siempre probamos quien es más fuerte y medimos las fuerzas de acuerdo a la edad y al valor. El, las mías; yo, las de él. Y si logramos derribar a uno y éste ya no puede moverse, en seguida nos detenemos. Por descuido podemos dar un golpe demasiado fuerte, aplastamos la nariz, y la nariz sangra siempre. Pero nosotros sabemos lo que significan las palabras "me duele".. (Un médico idiota determinó que los niños en los reformatorios sienten me-

nos. Yo quisiera determinar su propia sensibilidad, dándole cincuenta latigazos, porque es una vergüenza que un médico, un hombre de ciencia, escriba semejante cosa).

Estoy así pensando en lo que sabía antes y en lo que sé ahora. Y cada vez me lleno de una compasión más grande por nuestra pequeñez y debilidad. Y más que a nadie compadezco a Mik, que tiene un padre borracho.

Seguramente seré su amigo. A él le va mal y a mí también. Podemos ser hermanos. Estoy sufriendo ahora por él, pues por su culpa llegué tarde a almorzar. Sentí calor en los ojos y alejé el cuaderno rápidamente para no mojar la hoja. Pero mis lágrimas no cayeron; sólo llegaron a la nariz. De pronto se acerca Irene. Se para lejos y me mira. Yo la miro de reojo, porque no sé qué quiere. Y ella está ahí, parada, sin decir nada, muy tiesa. Luego da un paso y otra vez se queda silenciosa.

Yo estoy esperando y veo que tiene algo que cambia de una mano a la otra. Siento que va a suceder algo bueno y la ternura penetra en mi corazón. Me invade una quietud interior. E Irene me alcanza eso, eso. Quiere regalarme un pedazo de cristal tallado; mirando a través de él se ve todo de varios colores. Se lo pedí ayer y ni siquiera me dejó mirar; ahora dice:

—Toma. Para siempre.

No sé si dijo "toma", porque no lo oí. Sólo escuché:

—Para siempre.

Muy bajito, tierna, delicadamente y como avergonzada. No quise aceptarlo porque primero me lo da, luego se pelea o se arrepiente y me lo quita. Y es capaz de ir a quejarse de que lo tomé por mi cuenta. Es difícil entenderse con los pequeños a causa de los mayores. Como ellos se burlan y nos maltratan, nosotros hacemos lo mismo con los menores. Y ante el "para siempre" de un niño pequeño nos echamos a reír. No lo quise recibir, pues no le tenía confianza; temía algún disgusto. Lo tomo, miro

y en vez de una ventana veo muchas ventanas multicolores.

—Te lo devolveré — le digo.

—No quiero — dice ella.

Y puso su pequeña manito en mi mano grande. Miro su mano a través del cristal y sonreímos los dos. En ese momento mamá me pregunta si terminé los deberes; que me dará dinero para el tranvía y que le lleve el vestido que le comió la polilla a casa de tía. Y yo, disgustado con ella, pensé:

Mejor es si puedo salir de casa un rato.

—Pero no lo pierdas — dice mamá.

Pensé apenas:

Una muchacha tal vez lo perdería; yo no.

Porque al reprocharnos el ser muchachos, ellos mismos nos azuzan contra las muchachas.

¿Qué culpa tenemos nosotros? Dios nos hizo así.

Y ellos siempre: ¡Los muchachos! ¡Los muchachos!

Y nosotros, en retribución:

—Las niñas son esto y lo otro.

Como en dos campos enemigos.

Nosotros mismos sabemos lo que valen ellas y lo que valemos nosotros.

Y bien, tomo el vestido envuelto en un paño y salgo. Tuve que esperar mucho el tranvía y me fastidió porque quiero volver pronto para demostrar lo rápido que he arreglado el asunto. Debe haber pasado algo porque los tranvías se detuvieron, así que cuando llegó el primero estaba lleno y la gente se apretujaba. Yo también empujé. Ya me había agarrado del pasamano para entrar, cuando alguien me dió un empellón que me hizo rodar. Estaba tan furioso que maldije. Y el que estaba parado en el estribo, dijo:

—¿Dónde te metes? Te vas a caer.

Qué bondadoso. Pensé: Tú sí que te vas a caer, borracho.

Pero no estaba borracho; lo supuse de rabia. Me sacó del tranvía sereno, porque era más grande y más fuerte.

Esperé el segundo tranvía. Vino también lleno. Lo tomé.

Pero pienso sin cesar con qué brutalidad me empujó el otro. Semejante bruto, grosero, y además un adulto, dándole ese ejemplo a los niños.

Alguien me volvió a empujar. Me hizo a un lado como a un fardo; por poco se me cae el vestido. ¿Qué mal hice al decirle lo que hubiera dicho cualquiera?

—Tenga más cuidado.

Fué lo suficiente para meterse conmigo:

—Yo te voy a dar más cuidado.

Yo repetí tan sólo:

—Tenga más cuidado, pues.

El me agarró de la barbilla. Le digo:

—Suélteme usted.

—¡Eres un desvergonzado! — me replicó.

—No, no lo soy — protesto yo.

Entonces interviene un viejo. No vió nada, no sabe nada, pero dice:

—Es la educación de ahora; estos pilletes ya no hacen caso de los mayores.

—¿Por qué no me dijo que me moviera? — contesto.

—Ya te lo diré, cachorro.

—No soy cachorro, sino hombre y usted no tiene derecho a empujarme.

—¿Me vas tú a enseñar a lo que tengo derecho?

—¿Y por qué no?

Siento latir el corazón, apretárseme la garganta. Que haya un escándalo. No voy a dejar que me atropellen. Mientras tanto la gente empieza a mirar. Se asombran que sea tan chico y que me defienda.

y en vez de una ventana veo muchas ventanas multicolores.

—Te lo devolveré — le digo.

—No quiero — dice ella.

Y puso su pequeña manito en mi mano grande. Miro su mano a través del cristal y sonreímos los dos. En ese momento mamá me pregunta si terminé los deberes; que me dará dinero para el tranvía y que le lleve el vestido que le comió la polilla a casa de tía. Y yo, disgustado con ella, pensé:

Mejor es si puedo salir de casa un rato.

—Pero no lo pierdas — dice mamá.

Pensé apenas:

Una muchacha tal vez lo perdería; yo no.

Porque al reprocharnos el ser muchachos, ellos mismos nos azuzan contra las muchachas.

¿Qué culpa tenemos nosotros? Dios nos hizo así.

Y ellos siempre: ¡Los muchachos! ¡Los muchachos!

Y nosotros, en retribución:

—Las niñas son esto y lo otro.

Como en dos campos enemigos.

Nosotros mismos sabemos lo que valen ellas y lo que valemos nosotros.

Y bien, tomo el vestido envuelto en un paño y salgo. Tuve que esperar mucho el tranvía y me fastidió porque quiero volver pronto para demostrar lo rápido que he arreglado el asunto. Debe haber pasado algo porque los tranvías se detuvieron, así que cuando llegó el primero estaba lleno y la gente se apretujaba. Yo también empujé. Ya me había agarrado del pasamano para entrar, cuando alguien me dió un empellón que me hizo rodar. Estaba tan furioso que maldije. Y el que estaba parado en el estribo, dijo:

—¿Dónde te metes? Te vas a caer.

Qué bondadoso. Pensé: Tú si que te vas a caer, borracho.

Pero no estaba borracho; lo supuse de rabia. Me sacó del tranvía sereno, porque era más grande y más fuerte.

Esperé el segundo tranvía. Vino también lleno. Lo tomé.

Pero pienso sin cesar con qué brutalidad me empujó el otro. Semejante bruto, grosero, y además un adulto, dándole ese ejemplo a los niños.

Alguien me volvió a empujar. Me hizo a un lado como a un fardo; por poco se me cae el vestido. ¿Qué mal hice al decirle lo que hubiera dicho cualquiera?

—Tenga más cuidado.

Fué lo suficiente para meterse conmigo:

—Yo te voy a dar más cuidado.

Yo repetí tan sólo:

—Tenga más cuidado, pues.

El me agarró de la barbilla. Le digo:

—Suélteme usted.

—¡Eres un desvergonzado! — me replicó.

—No, no lo soy — protesto yo.

Entonces interviene un viejo. No vió nada, no sabe nada, pero dice:

—Es la educación de ahora; estos pilletes ya no hacen caso de los mayores.

—¿Por qué no me dijo que me moviera? — contesto.

—Ya te lo diré, cachorro.

—No soy cachorro, sino hombre y usted no tiene derecho a empujarme.

—¿Me vas tú a enseñar a lo que tengo derecho?

—¿Y por qué no?

Siento latir el corazón, apretárseme la garganta. Que haya un escándalo. No voy a dejar que me atropellen. Mientras tanto la gente empieza a mirar. Se asombran que sea tan chico y que me defienda.

—¿Y qué me vas a hacer si te doy un tirón de orejas?
—Llamaré a un policía y lo haré llevar preso por hacer escándalo en el tranvía.
Todos se echan a reír y él también. Ya ni siquiera se enojan; se ríen como si hubiera dicho una broma. Hasta se levantan de los asientos para verme.
Yo no puedo más y digo:
—Con permiso, quiero bajar.
El hombre se detiene.
—Acabas de subir —dice—. Quédate un poco más.
Una mujer gorda, semi acostada en el asiento, toma parte y dice:
—¡Qué chico más rencoroso!
Ya ni pude oír lo que cada cual decía.
—¡Quiero salir! — grito.
—Tienes tiempo —dice—, eres muy joven. ¿Por qué tanto apuro?
Grité con todas mis fuerzas:
—¡Señor guarda!
Sólo entonces alguien se puso de parte mía.
—Déjenlo ya, señores.
Bajo por fin; todos me miran como algo raro. Seguramente seguirán riéndose de mí durante un largo rato.
Nos hacen respetarlos; quisiera saber por qué. ¡Brutos como son! Dice el mandamiento: "honrarás a tu padre". Pero no a cualquiera, sólo porque haya nacido antes. No es una gran hazaña. ¿Y qué debe hacer Mik si tiene un padre que se emborracha? Cachorro, bicho rencoroso, pillo, mal educado. ¿Por qué no nos dan ejemplo de buena educación? Si el maestro en clase, durante toda la hora, se estuvo escarbando la nariz, ¿por qué se avergonzaría ante los cachorros? Y todavía nos llaman mocosos. Con tal de ofender y rebajar nos dicen de todo. ¿Acaso es extraño que cuando crecen los niños anden tan desenfrenadamente entre la gente?

Somos conscientes, vemos y sabemos mucho, presentimos más aún, intuimos. Pero tenemos que disimular porque nos han sellado los labios.
El maestro se mete el dedo en la nariz, en clase, y la maestra se da vuelta hacia la ventana, saca a escondidas el espejito y se pinta los labios. ¿Piensan, acaso, que estábamos ciegos los cuarenta que nos encontrábamos allí? ¿Por qué no lo hacen en presencia del inspector?
Y se asombran porque les hacemos cualquier diablura. Nosotros sentimos que nos están defraudando. La moral la tienen siempre en la boca, pero nos educan para la falsedad y el servilismo. Para que cuando lleguemos a mayores sepamos rebajar al más débil, y nos humillemos ante el más fuerte.
Camino con el vestido bajo el brazo y las ideas que voy madurando se entremezclan a la sensación del dolor y la ofensa recibida. Sólo viajé cuatro cuadras. Falta mucho para la casa de la tía, pero prefiero ir corriendo, en vez de amargarme más.
De vuelta a casa, mamá, como a propósito, me dice:
—¿Por qué demoraste tanto?
No contesté nada. Porque, de repente, tuve la impresión de que mamá tenía la culpa de todo. Si no hubiera salido de casa disgustado, quizás no hubiera hecho un escándalo en el tranvía. Tantas veces, uno cede y lo hubiese hecho una vez más. Y el refrán, como una burla, dice que "el inteligente debe siempre ceder ante el tonto". Veremos ahora quién es el inteligente.
Siento pena, porque el día que empezó de una manera tan linda, terminó tan mal.
Estoy acostado ya, pero no puedo dormir y sigo pensando:
Es inevitable que sea así. Uno no está muy bien en su casa, pero el mundo es mucho peor. ¿Así que les causó tanta risa? Porque soy chico ¿no puedo llamar al

policía? Pero eso sí, pueden empujarme del tranvía, pellizcarme la barbilla y amenazarme con una paliza.

¿Es que los niños son o no personas, a fin de cuentas? Y yo no sé si alegrarme de ser niño, si alegrarme de que la nieve sea blanca o entristecerme porque soy débil.

Hasta que la ilusión viene en mi auxilio. Cuántas veces resulta demasiado difícil el vivir en el mundo, y se olvida el cansancio ante alguna idea agradable. Empieza así:

—Qué bueno sería, si...

Y todo sigue, sigue, como si fuera verdad.

Pienso, pues, que sigo siendo niño, pero muy fuerte, como un hombre grande.

Soy un atleta. Y cuando el hombre en el tranvía me dice que me tirará de las orejas, yo contesto:

—Con mucho gusto.

Y le aprieto la mano hasta hacerlo saltar de dolor.

—Suelte — grita.

Y yo le digo:

—¿No tenía usted que tirarme de las orejas? Si soy un cachorro, pégueme usted.

Y aprieto más aún. El quiere alcanzarme con la otra mano, pero yo se la tomo al vuelo.

—Suelte, suelte en seguida.

—Si me pide usted perdón lo suelto.

Es agradable pensar e imaginar. Porque en la otra mano tenía el vestido, así que no podía agarrarlo con las dos.

Los mayores se asombran de que los muchachos quieran ser fuertes.

¿Es un león más fuerte que un oso? ¿Puede el hombre más fuerte defenderse si lo atacan cien hombres? ¿Quién es más fuerte: el director o el profesor de gimnasia? ¿Quién es el más fuerte en la clase? ¿En la escue-

la? ¿En toda Polonia? ¿Quién vence a quién? ¿Quién llega más rápido, quién tira más lejos, quién salta más alto?

No es una ingenua curiosidad infantil, ni un juego, sino la prueba de que sabremos defendernos.

Los grandes no saben cuánto sufre un niño ante otro mayor y más fuerte. Te quita algo de la mano y e escapa, pega y se ríe todavía, porque sabe que no le harás nada; te empuja del asiento, te desplaza, aunque hayas sido el primero; tira tu chaqueta de la percha, insultará, ofenderá, tirará tu gorra, echará a perder el juego, no dejará mirar. Y tú, nada. O bien te le echas encima, como un loco, y todavía serás castigado. Y siempre encontrará alguna disculpa, porque es muy zorro. Y no siempre irás a quejarte, porque no lograrás nada, y el otro se vengará. Hacen lo que quieren con nosotros.

Si eres ágil, podrás quitarle algo, darle un golpe y escaparte en seguida.

No hay entre nosotros derecho ni justicia. Vivimos como los hombres prehistóricos. Unos atacan, otros se esconden y escapan. El puño, el palo y la piedra. No hay organización ni civilización. Parece que sí, que hubiera algo, pero es para los mayores, no para los niños.

A ustedes les parece que nuestra lengua es torpe y pobre porque no tiene gramática. Así creen ustedes que pensamos poco y sentimos menos. Nuestras creencias son ingenuas, porque no poseemos la ciencia que hay en los libros y el mundo es muy grande. La tradición, entre nosotros, reemplaza a la ley escrita. No conocéis nuestros ritos y no penetráis en nuestros problemas.

Vivimos como un pueblo de pigmeos subyugado por gigantescos sacerdotes que poseen la fuerza del músculo y de la sabiduría secreta.

Somos la clase despreciada, que deseáis mantener con vida al menor costo posible y con el mínimo sacrificio.

Somos criaturas muy, pero muy complicadas; ade-

más, muy encerrados en nosotros mismos, desconfiados, herméticos, y nada os dirá el cristal del ojo del sabio si no tenéis fe y comprensión en nosotros. Y debería estudiarnos un etnólogo, un sociólogo, un biólogo, y no un pedagogo o un demagogo.

El único hermano nuestro entre vosotros es el artista; gentil hacia nosotros en el instante de la inspiración, ese raro, caprichoso y excepcional momento. Entonces os hace recordar a un niño. Pero él también sólo puede contarnos un cuento de hadas.

Y bien: vosotros os manejáis frente a nosotros con humor a veces alegre, pero más frecuentemente con mal humor.

MANCHITA

Me desperté triste. Cuando uno está triste no se siente mal. La tristeza es un sentimiento suave y agradable. Se le ocurren a uno ideas buenas. Se compadece de cualquiera; a mamá, porque las polillas le comieron el vestido; a papá, porque trabaja, a la abuela, porque es viejita y morirá dentro de poco y al perrito, porque pasa frío. A la flor, porque sus pétalos penden sin fuerza y porque, seguramente, está enferma. Uno quisiera ayudar a todos y ser mejor uno mismo.

Nos gustan también los cuentos tristes. Lo cual quiere decir que la tristeza es necesaria y es como un ángel que viene, mira, pone la mano sobre tu cabeza y entonces es como si respiraras con las alas.

Uno quisiera estar solo, o charlar con alguien de cosas distintas.

Y teme que alguien pueda echarle a perder esa tristeza; no echarla a perder, sino ahuyentarla.

Me paré al lado de la ventana; en los cristales se dibujaron, durante la noche, flores hermosas. No flores, sino hojas. Como de palma. Extrañas hojas, un mundo extraño. ¿Por qué es así; de dónde vienen?

—¿Por qué no te vistes? — preguntó papá.

No contesté nada; me acerco a él y digo:

—Buenos días.

Y le beso la mano; él me mira.

Ahora me visto rápidamente. Me desayuno y voy a la escuela.

—¿Por qué hoy vas tan apurado a la escuela? — pregunta mamá.

—Pasaré por la iglesia — respondo.

Es que me acuerdo que no rezo demasiado y me siento culpable.

Así que salgo del portón y miro si viene Mik. Pero no. El agua se ha helado. Los muchachos ya están alisando una pista de patinaje, para dejarla nivelada. Primero un pequeño trecho, luego cada vez más lejos; y ya todos pueden patinar.

Me detuve; pero no. Sigo.

Y en vez de Mik encuentro a Wisnievski.

—Oye, Tríptico, ¿cómo te va? — me dice.

En el momento no entendí qué quería. Sólo después recordé que me había puesto un nuevo apodo.

Es por el dibujo. Porque hice un tríptico.

—Vete — le digo.

El se pone firme, saluda y dice:

—A sus órdenes.

Veo que busca pendencia, de manera que cruzo la calle. Alcanzó a darme un empujón y en seguida doblé por una calle transversal.

—Tengo tiempo —pienso—. Iré a dar una vuelta.

Voy con desgano a la escuela. Hay allí griterío; empujan, cada uno dice algo. A veces uno va a propósito más despacio, por un camino más largo, para llegar precisamente justo antes de empezar la clase. Es agradable llegar justamente cuando suena la campana, porque en seguida viene el maestro y hay tranquilidad. Si uno tuviera un reloj, podría calcular; pero sin él se puede llegar demasiado tarde.

No importa. Doblo en otra calle más. Como si alguien me llamara allí, como si algo me empujara. Sucede

a veces que uno hace algo y él mismo no sabe por qué. Y resulta, para bien o para mal. Si sale mal, se dice: me tentó algo. Porque sólo después uno se pregunta asombrado: ¿Por qué lo hice?

Así que yo mismo no sé por qué, pero doy vuelta por un camino completamente distinto. Voy caminando, y de repente veo un perrito parado sobre la nieve. Muy chiquitín y muy asustado. Está sobre tres patitas; la cuarta la tiene en el aire. Tiembla y se sacude. La calle está desierta. Sólo de vez en cuando pasa alguien. Estoy mirándolo y pienso que seguramente lo echaron, y no sabrá adónde ir. Es blanco; sólo una oreja y el extremo de la colita las tiene negras. La patita le cuelga y me mira lastimosamente pidiendo que me ocupe de él. Hasta levantó la cola, pero sólo la movió dos veces, tristemente, a un lado y otro, como esperanzado. Viene hacia mí. Pero se ve que le duele. Así me pareció a mí. Está otra vez parado, esperando. Levanta la oreja negra y la blanca le cuelga. Se relame; seguramente tiene hambre y me mira como implorando.

Para probarlo, camino unos pasos; viene tras de mí.

Marcha sobre las tres patitas, cojeando, y cada vez que le miro se detiene. Se me ocurrió golpear con el pie y gritar: Vete a casa, para ver adónde iba. Pero me dió lástima; así que no grité, sino que dije:

—Vete a casa, porque te helarás.

Entonces se vino derecho a mí.

¿Qué hacer? No puedo dejarlo, porque se va a helar.

Y él se aproximó hasta mí. Se estiró humildemente y comenzó a temblar. Y yo estoy seguro, completamente seguro, que mi Manchita no tiene casa.

¿Habrá estado dando vueltas toda la noche? ¿Llegó su última hora? Justamente hoy, que voy por otro camino a la escuela, puedo salvarlo; lo tomo en mis manos. Está todo frío; sólo tiene la lengüita un poco caliente. Me des-

abrocho rápidamente el sobretodo y lo meto debajo, dejándole fuera tan sólo la cabeza para que pueda respirar.

Mueve las patitas hasta enredarse en algo, para no caer. Yo quiero sostenerlo, pero tengo miedo de lastimarle la patita; de manera que lo tomo con las dos manos y siento cómo late el corazón. Son latidos tan fuertes que parecen golpes.

Si supiera que mamá me lo va a permitir, tendría tiempo de llegar a casa. ¿Qué importaría si se quedara? Yo le daría de comer de lo mío. Pero tengo miedo de volver a casa y en la escuela no me dejarán entrar con él. Mientras tanto, él se instaló cómodamente debajo del sobretodo; dejó de moverse y entrecerró los ojitos. Como lo tenía así, debajo, se me subió un poco la manga y vi que él ni siquiera quería respirar el aire, sino que metió la cabecita en la manga y sopló. Va calentándose. Se dormirá en seguida, seguramente. Porque si estuvo toda la noche fuera y no durmió, dormirá ahora. ¿Y qué haré yo, entonces? Miro alrededor y veo una tiendita. Pienso:

Sea lo que fuere, entraré. A lo mejor se escapó de aquí. Voy a preguntar.

Sé que no es de aquí, pero pruebo, porque, ¿qué otra cosa puedo hacer? Entro, pues y pregunto:

—¿Es suyo este perrito, señora?

Ella mira y dice:

—No.

Pero yo no salgo. Si tuviera dinero le compraría leche.

Pero la señora dice:

—Muéstramelo.

Lo saco contento; él ya está durmiendo. Y digo:

—¡Oooh!

La señora piensa un rato y vuelve a decir:

—No, no es mío.

—¿No sabe usted de quién es? Porque debe ser de aquí cerca.

—No, no sé.

—Tiene frío, señora.

Lo sostengo, él ni siquiera se mueve, duerme tan bien.

Si no lo sintiera pensaría que está muerto. Me da vergüenza pedirle que lo tenga aquí un rato, que luego vendré a buscarlo. Y se me ocurre que a lo mejor el portero me lo tendría mientras dura la clase. El del primer piso es malo, pero el del segundo es muy bueno; charla y bromea con nosotros y nos afila los lápices.

La señora me interrumpe:

—¿Tú vives en esta calle?

Es como si dijera: —No te conozco y no compras nada aquí. ¿Por qué no te vas?

—Vete ya, vete —dice—. Tu madre te mandó a la escuela y tú juegas con el perro. Cierra bien la puerta.

Pensó que como estoy tan preocupado por el perro me olvidaría de cerrar la puerta y entraría frío. Cada uno piensa sólo en sí mismo. Como si el perro no fuera una criatura de Dios.

No sé qué hacer, pero pruebo aún.

—Mírelo señora; tan blanco y no es nada sarnoso. —Pero con la mano le tapo la patita lastimada. A lo mejor está sólo helada.

—No me moleste más con ese perro.

Toma: ya la molesto. Como si fuera culpa mía que se esté helando en la calle.

Paciencia. Si el portero no consiente, que se ocupe él de echarlo. Y los muchachos empezarán a gritar a voz en cuello:

—¡Oh, un perro, trajo un perro!

Algún maestro lo oirá. Hay que proceder con cautela.

Y después de haber perdido tanto tiempo sin necesidad, lo meto rápidamente no ya debajo del abrigo, sino

debajo de la chaqueta, sin fijarme siquiera si tiene .ire Y corro a la escuela. Porque el portero seguramente consentirá. Pediré prestado a alguien y compraré leche para mi Manchita.

—Lo llamaré Manchita.

Voy corriendo y siento que ya ha entrado en calor. A través de la camisa lo calenté con mi propio cuerpo. Ahora se despierta y empieza a arañar, a moverse; saca la nariz y ladra. No fué un ladrido sino un gemido. Gimió como diciendo que estaba bien y agradecía; sentía el frío del animal en el pecho. Pero ahora me está calentando él a mí. Como si tuviera un niño en brazos. Me inclino lo beso y él entrecierra los ojos.

Voy derecho al portero.

—Por favor, guárdemelo. Estaba tan helado...

—¿Quién está helado?

—El.

Vió que tenía un perro. Se mostró preocupado.

—¿De dónde lo sacaste?

—De la calle.

—¿Para qué lo agarraste? ¿Es de alguien?

—No tiene dueño. Tiene una patita rota.

—¿Dónde lo voy a guardar yo? ¿Para qué lo tocaste? ¿Lo tenía alguien?

—Nadie —respondo—. Pregunté a todos. Si tuviera a alguien, no lo hubieran echado de casa con este frío.

—Pero debe estar sarnoso.

—¡Qué barbaridad! Está bien blanquito.

Hice como si me hubiera ofendido, pero en realidad, eso me alegraba. Esperaba que si lo tomaba para ver, tal vez lo aceptaría.

En ese momento llega alguien, de manera que lo meto rápidamente bajo la chaqueta.

El portero se adelanta:

—Vete; mira, tienes los zapatos embarrados.

Y lo alejó. Pero aun no consiente.

—Sois tantos aquí. Si todos empezaran a traerme perros de la calle...

—Por favor, sólo por unas horas... Lo llevaré a casa después.

—Justo. ¿Crees que te lo van a permitir?

—Lo llevaré a la misma calle; puede que alguien lo reconozca — contesto.

Se rascó la frente mientras yo pensaba: Va bien.

Todavía demora.

—¡Como si tuviera poco con vosotros, encima los perrros!

Y se lo llevó. Es un buen hombre. El del primer piso no lo hubiera hecho y además me hubiera insultado. Se lo llevó. Los muchachos formaban grupo y mi perro, como si entendiera, ni se movía. Sólo me miraba a mí. Sonó la campana. Coloqué convenientemente a Manchita y llegue a tiempo a la clase.

Empezó la lección.

Me siento triste, porque Manchita, aunque abrigado, debe tener hambre.

Estoy sentado, y pienso que dormí toda la noche en una cama abrigada, sin saber que el pobre perrito estaba afuera, al frío de la noche, y que aun, de haberlo sabido, no hubiera podido remediarlo. No hubiera podido vestirme y salir de noche a buscarlo a la calle.

Estoy sentado, estoy triste, tanto que podría repartir mi tristeza entre toda la clase. Es seguro que ya nunca vuelva a correr con los muchachos. Ayer jugamos a los caballos, hicimos una cacería. Estos juegos son tan infantiles. A nadie le traen provecho. Si me permitieran llevar mi perrito a casa, por lo menos me preocuparía por él. Lo bañaría, lo peinaría y tendría que estar blanquito como la nieve. Si quisiera, le enseñaría a hacer prue-

bas. Pacientemente, sin pegarle. Ni siquiera le gritaría. Porque una palabra duele tanto, a veces, como un golpe.

Si se quiere al maestro, duele la menor observación. Con que diga solamente:

—No te muevas.

O:

—No charles.

O:

—Tú no atiendes.

Y lo sientes en seguida. Tratas de adivinar si lo dijo a la ligera y lo olvidará en seguida o si se enfadó de verdad.

Pero Manchita me querrá; si hace mal alguna prueba le diré que está mal, pero en seguida lo acariciaré y él moverá la colita y procurará hacerlo mejor.

No lo molestaré ni en broma, para no enseñarle a enfadarse. Porque, es raro, pero nos gusta molestar a un perro para que ladre. Yo también asusté ayer a un gato. Lo recordé y me avergoncé. ¿Por qué lo hice? A él también, seguramente, le saltaba de miedo el corazón en el pecho. ¿Será verdad que los gatos son hipócritas o se dice eso porque sí?

La maestra me interrumpe:

—Sigue leyendo.

Se refiere a mí.

Y yo no sé qué hacer, porque ni siquiera abrí el libro.

Estoy ahí, como un tonto. Muy abiertos los ojos. Siento pena de Manchita y de mí.

Y Wisnievski dice:

—Tríptico estaba cazando pajaritos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; bajé la cabeza, pues no quería que nadie lo viera.

La maestra no se enfadó, sino que dijo:

—Ni siquiera abriste el libro. Tendré que mandarte afuera.

Dijo "mandarte" y no "echarte".

Pero no me echó sino que dijo:

—Ponte de pie.

No me mandó al rincón.

La maestra debió darse cuenta de que me había pasado algo importante. Si yo fuera la maestra y alguno de los muchachos no estuviera con el libro abierto, le preguntaría si tiene algún disgusto o qué le ha pasado.

Y si la señorita me preguntara por qué no atiendo, ¿se lo diría? Claro que no. Porque, ¿qué le importa a ella? Una clase es una clase. Y tampoco puedo traicionar al portero.

Y me dijo la maestra:

—Ponte de pie en tu banco.

Y luego agregó:

—¿O prefieres detrás de la puerta?

Me puse colorado y no contesté nada. En seguida se oyó un griterío. Unos dicen:

—El prefiere afuera.

Otros:

—No prefiere eso, señorita.

Cualquier cosa les sirve de distracción, contentos de interrumpir la clase. No piensan que uno está afligido y que teme que se enoje la maestra.

Sonó la campana, y eso fué el final. Corrí adonde estaba el portero. Me detuvo el del primer piso, el malo.

—¿Adónde vas? —dijo—. ¿No sabes que no se puede?

Me asusté, pero pensé:

—Tengo que conseguir prestados, en alguna parte, diez centavos para leche. ¿Tal vez Bacewicz? El siempre tiene dinero. Pero no me lo dará, pues lo conozco poco. Una vez que le pidieron prestado, dijo:

—¿Qué te crees? ¿Que te voy a prestar algo, pobretón?

Pienso: será éste, o bien aquel otro. Y miro alrededor.

En ese momento recuerdo que Frankovski me debe unos centavos: Lo busco: él está jugando. Se escapa.

—Oye, devuélveme los cinco centavos.

—Vete —dice—, no molestes.

—Es que los necesito.

—Luego; ahora no puedo.

—Pero los necesito.

—Te digo que más tarde. Ahora no tengo.

Veo que empieza a enfadarse. Tampoco los tiene, así que no puedo hacer nada. Mik tampoco tiene.

No tengo más remedio; me acerco a Bacewicz. Su padre tiene una tienda. Es rico. El me dice:

—¿Para qué los quieres?

—Los necesito mucho.

—¿Cuándo me los devolverás?

—Cuando los tenga.

¿Para qué le voy a prometer nada? Otro le diría:

—Mañana.

Y no le importaría nada. Y aun se enfadaría si le piden la devolución. Diría:

—Lárgate de aquí.

Los mayores, por muy pobres que sean, tienen por lo menos veinte centavos; nosotros, por cinco, tenemos a veces que sufrir. Sufrimos mucho por no tener aunque sea sólo unos centavos. Para saber de antemano que podemos contar con ellos.

—¿Me los prestas?

—Es que no tengo.

—Tienes —respondo—, pero no quieres dármelos.

Si le dijera para qué los quiero, me los daría. ¿Y si se lo digo?

—Presté otras veces —me dice— y nadie me lo devuelve. Pídele a Franck: hace un mes que me debe veinticinco centavos.

Franck no devuelve el dinero a nadie; pero no tengo más remedio y lo busco. Pero, ¿cómo encontrarlo? ¿Donde? Entre tantos, es muy difícil.

Ese Bacewicz es bueno, no le gusta negarse. Pero es curioso: le gusta saber todo. Y no resiste a la curiosidad:

—¿Te dió?

—No sé dónde está.

Pensó un instante y dijo:

—Dime, ¿para qué los quieres?

—¿Me los darás?

—Sí.

—Pero, ¿tienes?

—Tengo; pero quiero comprar madera para hacer un marco.

Le hablo rápidamente y vamos al segundo piso juntos. De repente, suena la campana. Hay que volver al aula.

Estoy quieto. Manchita tiene hambre, y si empieza a llorar y gemir el portero lo tomará y lo echará. Lo llamé Manchita. Pero pienso ahora que está mal. Parece un apodo. Es cierto que el perro no lo entiende, pero a un hombre le disgustaría. Mejor, lo llamaré Nieve, porque lo encontré en la nieve. O Blanco, Blanquito. O algo de invierno.

Estoy pensando en ello, como si ya supiera que me permitirán tenerlo. La señora de la tienda y el portero dicen que debe tener dueño; entonces sería mejor preguntarles a los muchachos vecinos. Pero no había nadie cerca. Y ahora alguno asegurará reconocerlo y será mentira. Jugará un rato con él y luego volverá a echarlo a la intemperie. Y aun si eso fuera verdad, tampoco lo cuidarán, puesto que lo echaron. ¿O es que se escapó solo?

No lo conozco. No sé cómo es. Los perritos chicos son traviesos. A lo mejor hizo algo, sintió miedo de que lo castigaran y se escapó de su casa.

Sufro porque no sé qué hacer. Esto, aquello y lo otro.

Es como si hubiera encontrado un niño, tan preocupado estoy. Y Blanquito seguramente cree que lo olvidé. Un perro siente igual que un niño. El niño llora y el perro aúlla lastimeramente. Y ladra de rabia y de alegría. Y juega igual. Y mira a los ojos; y agradece ladrando alegremente; es como si previera lo que pensamos y dijera:

—Déjame.

Pero recuerdo que estoy en la clase y debo atender. Ya una vez me castigaron. Cuando era grande pensaba que era fácil ser alumno aplicado, atender en la clase y estudiar bien.

Sólo ahora veo cuán difícil es. Cuando era maestro y tenía algún disgusto, tampoco atendía en clase. Y nadie me ponía en el rincón. Al contrario: en esos momentos era más severo, y tenía que haber más silencio en la clase para que yo pudiera afligirme cómodamente. ¡Oh, Blanquito, Blanquito! Eres pequeño y débil y todos te rebajan y menosprecian. No eres un perro de aguas que salva a los que se ahogan, ni un San Bernardo que en las heladas montañas busca en la nieve. Ni el perro de un esquimal. Ni siquiera un inteligente fox-terrier, como el de tío. Llevaré mi perrito a casa de tío para que conozca al suyo. También los perros necesitan compañía.

Pienso: iré a casa de tío. No pienso, sino que sueño. Porque seguramente no me permitirán llevarlo.

Un mayor le dice al niño: no, no se puede, y lo olvida en seguida. Ni siquiera sabe cuánto dolor causa. Cuando quise ser niño, sólo pensaba en el juego y en la alegría infantil; creía que los niños no piensan en nada, que no les importa nada. Sin embargo, es igual ahora mi inquietud por un perrito con tres patas que la de un mayor por toda su familia. Por fin sonó la campana.

Le damos los diez centavos al portero. Pero él nos dice:

—Cualquier día iba yo a esperar vuestros diez centavos. Miren lo que hizo este perro.

Y nos lleva adonde está encerrado Manchita, en un oscuro desván.

—No es nada —digo—. ¿Puedo limpiarlo con este trapo?

Lo limpié; no sentí ninguna repugnancia.

Manchita me reconoció, pues dió señales de alegría. Por poco sale corriendo al corredor. Baila alrededor de mí y salta. Olvidó por completo la miseria y el peligro. A estas horas estaría muerto, tirado sobre la fría nieve.

—Y ahora, fuera — dice el portero.

Pero se corrigió en seguida, porque agregó:

—Bueno, váyanse ya, pues no tengo tiempo.

A una persona mayor nadie le dice *fuera*. A un niño se le dice a menudo. Es así; si pasa un mayor es que trajina; el niño molesta. Cuando sufre el niño lloriquea. El primero es rápido en sus movimientos; el niño, atropellado y torpe. Para uno la tristeza es respetable, pero para el otro se reduce a hacer muecas. El mayor es distraído; el niño, "cabeza de pájaro que no se fija en nada". El uno es pensativo, el otro huero. Uno reposado, el otro dañino. Todo eso puede, inclusive, ser dicho como en broma, pero resulta ofensivo. Mocoso, baboso, renacuajo; y nos lo dicen aunque sin estar enfadados, de una manera afectiva.

Paciencia, estamos ya habituados a todo eso, pero a veces subleva tanto menosprecio.

Pobre Blanquito, (o mejor Nievecita); tiene que estar otras dos horas en la oscuridad.

Y si lo tuviera bajo la chaqueta, ¿se quedaría quieto?

—Tonto — me contesta el portero, y lo encierra con llave.

Mik me ve y pregunta:

—¿En qué secretos andas por ahí?

Está celoso, pues no sabe nada. Así que se lo conté, me dijo:

—¿Conque sí? ¿Se lo dijiste a él primero?

—Tuve que hacerlo, porque no me quería dar para la leche.

—Ya sé, ya sé.

Lo siento por Mik; yo también me disgustaría si él le contara algo primero a otro.

En el recreo siguiente, le pregunto:

—¿Quieres ir a verlo?

Mientras tanto, en el segundo piso algunos muchachos habían fumado; y ahora están averiguando quién fumó y quién subió al segundo piso.

Y dice nuestro portero:

—Yo los eché, pero ellos se escurren.

Y nos mira a nosotros. Me escondí detrás de Tom. Porque se hubiera dado cuenta en seguida de que me puse colorado. Me ruboricé en el acto. Y los mayores, cuando le preguntan algo a un niño, y éste tartamudea y se pone colorado, piensan en seguida que miente o que tiene la culpa. Pero nosotros nos ponemos colorados de vergüenza, por una simple sospecha, de miedo o simplemente porque late muy fuerte el corazón. Algunos tienen la costumbre de mirar derecho a los ojos. Y bien, hay algunos que, aunque culpables, miran derechamente a los ojos y mienten que da gusto. Esos la pasan bien. El que peor lo pasa es el niño sensible. Es inocente pero sufre. Los mayores gritan a todos. Siempre dicen: Ustedes.

—Ustedes siempre, ustedes nunca, ustedes todo.

Gritan y amenazan a todos.

—Yo ya los conozco a todos. Vuestras excusas las sé. Yo les voy a enseñar.

Un niño sensible teme y vive en un constante temor. Como una liebre. Porque la liebre, aun cuando duerme, tiene miedo. Nosotros también tenemos sueños inquietos. Y nos despertamos con miedo.

Ante un chirrido en la noche parece que anda algún fantasma o un bandido. O algo se asoma a la ventana; o

algo se mueve. Uno esconde la cabeza bajo las mantas, transpirando, con miedo de respirar. Y piensa:

—¿Qué sucederá si me toca una mano fría?

Se recuerdan entonces los cuentos más espantosos, y las más tremendas noticias de los diarios.

Porque no sólo en los cuentos suceden cosas terribles.

Existen hombres sin piernas, sin nariz; un hombre puede perder la vista, enloquecer. Alguien va caminando por la calle y de repente cae, empieza a sacudirse, y le sale espuma por la boca. Caminaba igual que todos y de pronto le pasó eso.

La gente se junta, discute, y apartan a un niño.

Aunque no quieras, tienes que mirar. Estás como petrificado. ¿Y la viruela negra, la tisis, el eczema, la gangrena y las infecciones? Uno no les presta atención. Los mayores cuentan mucho a propósito de eso, para que los niños escuchen y no alboroten demasiado.

Pero ves que el auto no te atropelló, que no te caíste de la ventana, que no te rompiste una pierna ni te saltaste un ojo. Y al fin dejas de creerles. Además, no se puede tener cuidado siempre.

Pero cuando viene una noche así, uno lo recuerda todo de pronto. Todos duermen; oscuridad, brilla la luna. Y vuelves a tener miedo de andar dormido por los techos o paredes.

Es extraño. A veces es uno tan valiente que iría a la lucha más grande, al cementerio de noche, o a otro lugar cualquiera, y de pronto se asusta ante una tontería. Es difícil saber si uno es valiente o cobarde.

En general, es muy difícil saber cómo es uno en realidad. Porque me pregunto a mí mismo: ¿soy honrado como debe serlo un muchacho? Y no lo sé. Recuerdo algunos secretos y en seguida pienso.

—Otros son peores.

Me parece que alguien es más honrado que yo. Pero

no sé todo de él; lo que piensa y lo que hace. Muchas veces se puede disimular o dejar de hacer algo malo, por temor a que lo descubran.

Hay secretos que no encierran nada malo. Los niños, en su mayor parte, tienen tales secretos. Tienen que esconderse porque no les es permitido. Como yo ahora, por ejemplo. ¿Qué hay de malo si me compadecí de un perrito hambriento y helado de frío? Un perro helado, que ahora vive.

¿Por qué los mayores nos prohiben tantas cosas?

Y ¿qué consiguen?

Le diremos a la maestra durante la clase:

—Permítanos tener a Blanquito aquí. Le prometemos estar quietos y atender. Como no. No saldría nada. Wisnievski sería el primero en empezar a alborotar a propósito.

Está mal que estemos juntos, los delicados y los brutos, los de amor propio y los que no lo tienen. Por culpa de ellos no se puede cumplir ninguna promesa. Por culpa de ellos todo termina siempre mal. Por culpa de ellos los mayores no confían en nosotros, no nos creen y nos menosprecian a todos.

Sin ellos habría tal vez menos risas y alegría, pero la vida sería más tranquila. Los mayores piensan que nosotros sólo queremos a los traviesos, que obedecemos a los peores y hacemos todo lo que ellos mandan. Que ellos echan a perder a todos los demás. No es cierto. Si nosotros no le hacemos caso a uno así sea diez veces seguidas, nadie se entera. Pero si lo seguimos una sola vez, en seguida hay sermón para todos.

Estaría lindo el mundo si los obedeciéramos realmente, todos y siempre. Lindo estaría, si no tratáramos de tranquilizarlos.

Cuántas veces se le dice:

—Déjame en paz; vete, déjalo, no hagas eso. Te vas a arrepentir luego.

Y el travieso hace caso. En verdad, si los mayores pueden realmente con ellos, es mérito nuestro.

Todo acabó en que no se supo quién fumó en el segundo piso. Y nosotros no pudimos ver a nuestro perrito. Sólo después de las clases nos dijo el portero:

—Llévenlo ya y otra vez no me traigan perros aquí. No tengo tiempo. Irán junto con el perro a la secretaría.

Salimos: yo, Mik y Bacewicz. Y Mancha (que se quede en Mancha)...

Cómo se alegró cuando lo dejamos en libertad. Como que cuanto vive aspira a ella. Lo mismo el hombre, la paloma o el perro.

Discutimos los tres lo que debíamos hacer. Bacewicz consintió en llevárselo hasta mañana. Mientras tanto, yo preguntaré en casa.

Sentí rencor contra Bacewicz cuando se llevó a mi Manchita.

Porque es mío. Yo lo calenté bajo la chaqueta. A mí me lamió primero. Yo lo encontré y traje a la escuela y estuve pensando en él todo el tiempo. Y eso fué todo.

Dios mío, ¿es justo que unos obtengan permiso de sus padres y otros no? Cada cual quiere a sus padres y a su casa. Pero sabe que otros padres permiten ciertas cosas y siente pena. Se compara con el otro y le duele. ¿Por qué se lleva a Manchita como si tal cosa y yo debo pedir permiso, que seguramente terminarán por negarme?

Que uno sea más rico y otro más pobre, y el más rico pueda comprar lo que quiera, no tiene importancia. La libertad es más importante que la riqueza. Cuando uno sabe que sus padres no tienen realmente nada, los quiere más aún por esa pena.

¿Quién se enojará porque su padre no tiene trabajo o gana poco? Pero si gasta en cosas innecesarias, no quiere darle nada a sus hijos, piensa sólo en sí mismo y es mezquino con el niño, entonces sí tiene importancia.

¿Por qué el padre de Mik derrocha en bebida y todavía hace un escándalo?

Siento pena por Mik y por el pobre y blanco Manchita, por quien he sufrido tanto, y ahora otro se lo lleva.

—No tienes que devolverme los diez centavos — dice Bacewicz.

—No temas —le respondo—. A lo mejor te los devuelvo mañana mismo.

—Si vas a enfadarte no me los des.

—Ven perrito. Nos despediremos.

Pero Manchita se suelta de él y no comprende que ésta es nuestra despedida.

Después apoya las patitas en mi pecho y mueve la cola (con la manchita negra) como con alegría y me mira, derechamente, a los ojos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Y entonces me lamió los labios. Como pidiendo perdón. Yo lo apreté contra mí por última vez. Hasta que Mik me tiró levemente del bolsillo.

—Bueno, vamos ya.

Nos fuimos rápidamente, sin mirar hacia atrás. Durante todo el camino habló Mik de palomas, cardenales, loros y puerco-espines. Yo, sólo de vez en cuando decía alguna palabra. Hice el camino a casa sin darme cuenta. Porque es así. La hora en el reloj parece ser siempre la misma, pero en el hombre es como si hubiera un reloj distinto; marca las horas de otra manera. A veces la hora pasa volando, sin darnos cuenta; a veces se arrastra, como si no tuviera que pasar nunca. Hay veces que apenas entras a la escuela, suena la campana y vuelta a su casa. Pero si a uno le muerde la angustia tiene que esperar hasta que termine todo, es como sentirse preso; y ni siquiera tienes fuerzas para alegrarte.

Me despido de Mik, pero algo me tienta y le pregunto:

—Y tu padre, ¿volvió a emborracharse ayer?

Mik se sonroja.

—¿Qué te has creído, que mi padre bebe todos los días?

Se fué tan rápidamente que no tuve tiempo para nada. ¿Por qué lo hice? Por falta de reflexión; dice uno cualquier cosa, y luego no tiene remedio.

Una vez mi padre me enseñó un refrán: En boca cerrada no entran moscas.

Muy sabio el dicho. En aquel momento estaba enfadado, y no me gustó. Fué porque dije algo que era verdad y me reprendieron, como si hubiera dicho no sé qué mentira. Nadie me preguntó nada y pude haberme callado. Pero hubiera sido una falta de sinceridad guardarme la verdad.

Hay mucho engaño en la vida. Cuando era grande, me había acostumbrado y ya no me importaba. La mentira existe y de cualquiera manera hay que vivir. Ahora siento de otra forma. Me vuelve a doler que un hombre no pueda decirle a otro lo que piensa en realidad. Hay que simular siempre.

Porque una mentira puede no tener importancia, no ser ni buena ni mala. Pero un hombre falso, es, de seguro, lo peor. Piensa una cosa y dice otra. De frente es una cosa y de espaldas otra. Prefiero un presumido a un mentiroso; prefiero cualquier cosa a un falso; porque a éstos es más difícil conocerlos. Al primero le diré:

—Mientes.

O:

—No presumas.

Y se acabó. Es más sencillo, más decente.

Pero un hombre falso, es tan dulce, tan agradable, que se hace difícil sorprenderlo.

¿Y qué? Le causé un disgusto a Mik. Está resentido conmigo. Llamé borracho a su padre. Tan brutalmente lo dije como un hombre mayor que avergüenza o molesta a un niño y ni se da cuenta.

Cruzo el portón, y en la escalera veo al mismo gato de ayer.

Me dió pena. Quise acariciarlo, pero se escapó. Así que recuerda... ¿Podrá ser que Dios me castigue por causa del gato y no me deje traer a Manchita a casa?

—¿Cómo te fué en la escuela? — pregunta mamá. Pregunta con suavidad. ¿Es posible que sienta que ayer me increpó injustamente?

—Regular — contesto.

—¿Te habrán puesto de plantón? — vuelve mamá a preguntar.

Sólo ahora recuerdo que es verdad.

—Sí; estuve, pero en el banco.

Mamá agrega:

—¿Y dices que no pasó nada?

—Lo había olvidado — contesto.

Tomo el cuchillo y comienzo a pelar patatas junto con mamá. Y ella añade:

—¿Por qué fué?

—No atendía.

—¿Por qué no atendías?

—Porque estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

Pelo rápidamente, haciéndome el muy ocupado, y no contesto.

—¿Ves? Está muy mal que lo hayas olvidado. Un niño bueno se avergüenza de que lo castiguen y trata de enmendarse. La maestra castiga para enseñar y como ejemplo; para que comprendas mejor todo. Pero si tú lo olvidas, toda la enseñanza es inútil. Uno tiene que recordar cuando lo castigan.

La miro y pienso: Mi pobre y buena mamá: tú no sabes nada y nada comprendes.

Y pensé también: Es pobre y vieja.

Al agacharse, noté su cabello blanco y las arrugas

en la cara. No es quizá tan vieja, pero lleva una vida difícil.

Y pienso: Qué bueno es tener madre otra vez. Los padres nos dan dolores de cabeza, pero es peor y muy difícil vivir sin ellos.

—¿Hiciste alguna nueva diablura en la escuela?

—No ninguna más.

—¿No estás mintiendo?

—¿Por qué voy a mentir? De no haberlo querido, tampoco hubiera contado lo del plantón.

—Sí, es claro.

Nos quedamos en silencio. Pero era como si siguiéramos hablando. Porque yo pienso que debo pedir por Manchita y mamá se da cuenta que he dejado de decirle algo, que escondo algo.

A nosotros los niños nos gusta charlar con los mayores. Ellos saben más. Pero no nos gusta que se enfaden tan a menudo. Que sean amables con nosotros. Y no que siempre nos regañen, increpen y refunfuñen.

Si mamá me preguntara en otra oportunidad: ¿No estás mintiendo?, me hubiera molestado en seguida, y aunque le hubiera contestado con las mismas palabras, quizá hubiera enojo en ellas.

Los mayores no quieren comprender que los niños contestan a una amabilidad con otra y que el enojo despierta de inmediato en ellos como un deseo de revancha, de venganza. Como si quisieran dar a entender: Soy así y no puedo ser distinto.

Sin embargo, cada uno de nosotros, aun el peor, tiene el deseo de enmendarse.

Y quizá los niños malos se diferencian de las malas personas mayores precisamente en que éstos ya han probado —probado sin lograr nada—, y no tienen ya remedio. Nosotros, en cambio, peleamos, luchamos con nosotros mismos, intentamos, insistimos y si nos sale mal una vez, ustedes nos caen encima en seguida. Eso estorba

terriblemente. Cuanto más esfuerzo hace uno, y cree que ya todo va bien, ¡zas!, y vuelta a empezar todo desde el principio. ¡Uno se siente poseído de tanta rabia, de tanto dolor y desgano! Y ustedes, en vez de infundir confianza, en seguida empiezan a golpes. Por eso tenemos esos días de mala suerte, esas malas semanas. Porque cuando algo nos sale mal, en seguida viene lo otro, y lo de más allá. Todo recae sobre nosotros.

Y lo peor de todo es que cuando sale mal, todos en seguida sospechan mala voluntad. Uno, muchas veces, no oye u oye mal, no comprende, o comprende mal. Y de inmediato, piensan que lo hace mal a propósito. Muchas veces queremos especialmente hacer algo bien; una sorpresa, procurarles una alegría, pero no tenemos experiencia y todo nos sale al revés. Es una lástima. Lo sentimos nosotros mismos. ¿Para qué, entonces, hacernos un escándalo?

Les va mal a los hombres que sienten profundamente. Estoy dando vueltas por el cuarto. Saqué las macetas de la ventana y limpié el polvo. Luego empecé a sacudirlo de todas partes. Mamá está sorprendida. Y de este modo nos disculpamos por lo de ayer. Porque ¿quién sabe si no hay un poco de culpa mía en todo eso? Uno no debe llegar tarde al almuerzo. Pero hasta los santos han pecado.

—Anda a correr un poco —dice mamá—. ¿A qué te vas a quedar aquí?

—Voy a la escuela a buscar a Irene — contesto.

—Ve.

Me vestí y salí. Ni yo mismo sé por qué. Seguramente también por Manchita. Porque a los niños chiquititos hay que cuidarlos también.

Soy un mal hermano. Me compadezco del perro y para mi propia hermana no tengo un cariño verdadero. No digo cariño, ni siquiera comprensión. Una niña tan chiquitita, de seguro que debe molestar a los demás y aburrirse mucho. Y cuando yo juego con ella, es como haciéndole

un favor. Y, si no, siempre la regaño. Lo mismo que los mayores nos hacen a nosotros, los niños más grandes. Por lo visto, es de ellos mismos que aprendemos a proceder así. Son tres las razones principales por las cuales no queremos a los más pequeños.

Primera: Que los mayores nos obligan a cederles en todo; segunda: que debemos darles el buen ejemplo; tercera: que nos mandan jugar con ellos cuando lo único que hacen es molestarnos.

Es decir, que por culpa de los hermanos menores a menudo nos castigan a nosotros. Y uno sufre doblemente, por culpa de sí mismo y por la del pequeño.

Por ejemplo, yo tengo algo y ella lo quiere. Si tengo ganas se lo daré yo mismo, porque sé si puedo o no dárselo. ¿Acaso los adultos nos complacen siempre, cuando les pedimos algo? Nos regañan. Y cuando consienten, a veces por cansancio, es peor todavía, porque así les enseñan a los niños que con bondad no se consigue nada. En cambio, ese pequeño mimoso, como ve que lo defienden, aprende a chillar cuando quiere algo. Eso indigna.

Que llore. Pero no, él grita a voz en cuello, precisamente para que lo oigan todos y acudan a él corriendo.

Aquí vivía una pareja. Cuando el marido no quería concederle algo a la mujer, ésta empezaba a gritar de manera que se oía en toda la casa. Y él sólo decía.

—Bueno; estáte quieta. Es una vergüenza para mí y para ti.

—Precisamente; quiero hacerte pasar vergüenza. Que lo sepa la gente, que vengan todos, que venga la policía, la asistencia pública, que lo pongan en los diarios.

Es seguro que ella se había acostumbrado a eso desde chiquitita. Porque eso lo hacen los chicos. Chillan y los grandes no se preocupan de averiguar cómo sucedió; lo único que quieren es silencio. Y entonces opinan:

—Ella es chica, tienes que ceder tú.

Hay que cederles a los grandes y además a los más chicos.

Se lo arregla con una paliza, no siempre justa; pero si pega al hermano, en seguida se compadecen.

Me hice un molinito. Durante medio día me esforcé en ello.

—Dámelo.

Quiere arrancármelo.

—Vete, porque te voy a pegar.

—Dámelo, dámelo — insiste ella.

Y mamá ¿que dice?

—Haz otro.

Lo haré o no lo haré. Que me lo pida, que espere y que no me lo arranque chillando.

—¡Mamá... a... a!

Uno apenas puede contenerse, de rabia. Y ella lo único que quiere es que yo le pegue, porque así podrá correr a quejarse. Y ya tiene un escándalo.

—Vean, un hermano tan grande, un muchachón.

Como si todo fuera culpa mía.

Si resulta cómodo, soy chico; si no, soy grande.

Y de nuevo siempre igual.

Ya no sólo soy responsable por lo que hago, sino también por ella.

—Tú le enseñaste; lo aprendió de ti. Lo oyó de ti; es tu ejemplo.

¿Acaso yo le mandé copiarme? Si le doy un mal ejemplo, que no me siga, que no me hable, que no juegue conmigo.

Pero tengo que jugar con ella. ¿Cómo hacer entonces?

—Ponte el abrigo, si no ella también querrá ir sin él. No te daré fiambre o cerveza, porque ella también va a querer. Vete a dormir, porque ella no querrá ir sola.

Te lo imponen tanto a ese pequeño, que te resulta odioso. Pero no: tienes que ir a jugar.

Y bueno.

Hay juegos donde un chiquitín puede servir. Puede hacer algo también. Pero que obedezca, que no eche a perder todo el juego, que entienda que no puede hacer todo lo que hacemos nosotros.

Y uno le dice:

—Siéntate aquí, harás esto y lo otro.

Pero él no quiere. Quiere correr y soy yo el que responde si se cae o se hace daño, o se rompe algo. Y se nos mete entre las piernas, y molesta.

Para los adultos, lo mismo es un niño de cinco años que de diez. Cuando les conviene, no hay diferencia:

—Niños, vayan a jugar.

Y si les conviene, eres el mayor y tienes que cuidar al más pequeño, y concederle lo que quiera, y darle un buen ejemplo.

Ellos mismos siembran la discordia entre los hermanos y es por eso que no puede haber paz entre ellos. Por eso tratamos de evitar a los pequeños y sólo nos acercamos a ellos cuando nos aburrimos mucho o queremos algo del chico.

Porque tampoco nosotros estamos limpios de culpa. Hay mucho engaño entre nosotros. En cuanto el chico tiene alguna cosa, encuentra alguno que quiere quitársela. Hace como si jugara con él hasta conseguir lo que quiere y luego ni lo mira. Y el chico está orgulloso porque se la pidieron, o tiene vergüenza de rogar que se la devuelvan.

Son todos distintos, lo mismo los chiquititos que los grandes.

Por eso, el que se tiene por honrado, no anda con chiquillos, para que no sospechen de él; de esa manera sólo se nos acercan los peores.

Y es verdad que los grandes les dan mal ejemplo a los chicos y los echan a perder. Y así, desde pequeños, se convierten en intratables. Y luego, cuando se adquiere

juicio, resulta difícil desacostumbrarse o cambiar. Voy caminando por la calle y pienso. Miro de repente y veo a mi Manchita. Me detengo. Pero es una ilusión. Ni siquiera es parecido. Y vuelvo a pensar en Manchita.

Quizás no debo llevármelo. ¿No estará mejor allá? ¿Y si mamá me permite traerlo ahora y luego se enfada? Voy a esperar unos días; a ver qué dice Bacewicz, cómo se porta ahí. En la escuela ensució. Cierto es que estaba encerrado.

Y no sé si deseo tener la alegría de conservarlo conmigo o si prefiero asegurarle un porvenir mejor.

¿Por qué? Le salvé la vida y le conseguí dónde ir. ¿Quizás debería ocuparme ahora más de Irene? Y bien, llego a su escuela; y ahí están los chicos jugando a la rueda. Se tienen de las manos, dan vueltas y cantan.

Y dice la señorita:

—En vez de quedarte allí, juega con los otros.

Y estira el brazo; yo me acerco.

En otra oportunidad habría tenido vergüenza y no querría, pero ahora no me verá nadie. Empezaré a jugar. Al principio bromeo para que haya más risas. Me pongo en cuclillas, haciéndome el chiquito, cojeo como si me doliera la pierna. Quiero asegurarme de que la señorita no se enfadará. Puedo irme si no le agrado. Pero ella también ríe, de manera que empiezo a jugar de verdad.

Los chicos están contentos; todos quieren estar conmigo, que yo los lleve de la mano. Bueno, no todos, porque algunos no me conocen; tienen verguenza. La más orgullosa de todos es Irene, porque tiene un hermano grande. Y en seguida comienza a mandar:

—Tú así, tú aquí.

Piensa que si algo sucede, la defenderé.

Pero yo le digo que se porte bien, porque, si no, me iré.

Los chicos tienen esa costumbre. Si saben que hay quien los ayude, serán los primeros en molestar para luego escaparse y para que los alcance el hermano. Y éste, si es un atorrante, aprovecha para pelear sin arriesgar nada, y se las da encima de noble.

—¿Por qué pegaste a ese chico?

—Tuve que defender a mi hermano.

El mismo le da una paliza cuatro veces más grande al querido hermanito; pero ahora es el hermano amoroso, el defensor.

Pero si es decente y no quiere mezclarse, tiene que defenderlo lo mismo, aunque sepa que el chico no tiene razón, porque teme tener que responder ante los padres.

La señorita ha tenido que escribir una carta y me ha dejado con los chicos. Ellos me obedecen, porque está en el cuarto de al lado.

Sólo uno me molesta durante todo el tiempo. Porque luego les estaba contando el cuento del gato con botas y el pequeño cachorro molesta a propósito. ¡Qué rabia me da!

Vamos hacia casa, con Irene y de pronto siento que algo suena en mi bolsillo. Encuentro dos centavos. Si fuera un poco más, lo dejaría para Bacewicz, pero así no vale la pena, y se los doy a Irene. Ella, cuando tiene algo, también lo reparte conmigo.

A veces acepto, otras veces no. Es que si uno acepta algo de un chico, en seguida se dice que lo engaña. Tan es así, que uno que es bueno, que no tiene culpa alguna, paga por el malo.

Si se pudiera cambiar algo (pero no sé qué), entonces nuestra vida de niños sería realmente agradable. Nos hace falta muy poco para ser felices, y ni ese poquitín tenemos. Los mayores no se cuidan de nosotros y nos va mal en este mundo.

Voy caminando y siento alegría de llevar de la mano a la pequeña. Cuido por donde voy, elijo el mejor camino. Y me siento mayor, más fuerte. La manecita es tan pequeña y suave que parece de raso. Los deditos, peque-

ños. Y uno se asombra de que a esta misma pequeña a veces la quiere y a veces la odia.

Come un caramelo y me da otro a mí. No quiero, pero lo como y ella me mira y ríe contenta por haberme convidado.

A veces es agradable dar algo de lo nuestro y no siempre lo es aceptarlo de los mayores. Y es desagradable regalarle algo a una persona mayor y que ella o no acepte o nos dé en cambio algo de más valor.

En seguida el pago. Uno entonces se siente menospreciado, lo mismo que un mendigo.

¡Si pudiera arreglarse el mundo; para que todo fuèse como un intercambio recíproco y voluntario! Cuando yo estaba triste, Irene me regaló un cristal; ahora yo le he comprado caramelos y ella me convida con uno. Es una pequeña cadenita de buenas acciones.

Regresamos a casa. Entramos. La tía está con mamá. Y dice:

—¡Oh!, ya vienen sus terneritos.

¿Por qué terneritos y no personas? ¿Qué mal hicimos para que nos llame terneros? Sólo las vacas paren terneros. ¿Qué insulto es ése?

Estoy furioso y no la saludo. Hasta que mamá se enfada:

—¿Por qué entras como un bruto? ¿Por qué no saludas a la tía?

—¿Para qué la voy a saludar? —respondo—. Si ayer estuve en su casa.

—Eso fué ayer y no hoy.

—Los terneros no saludan — murmuro.

—¿Qué terneros? — pregunta mamá, que no se da cuenta porque sólo los insultos a los mayores se oyen y se recuerdan.

La tía ríe a carcajadas.

—Mírenlo, qué susceptible. Se ofendió.

Y se levanta para besarme, pero yo me doy vuelta. Se cree que me hace un favor si me saliva.

—Deja a ese bruto — dice mamá.

Bueno; así es. Me ofendí. ¿Acaso no tengo ese derecho? Si no lo tengo ahora, tampoco lo tendré cuando crezca.

Me siento y hago como si hiciera los deberes. Pero tiemblo de indignación. Recuerdo que en el tranvía también se me rieron por orgulloso. Los mayores piensan que un niño no puede ofenderse. Como si fuera difícil. Cada cual sabe lo que le es agradable y lo que no le es.

Dicen que los niños son tercos.

—Se encaprichó y no quiere saludar.

No quiero y ya está.

—Dilo en seguida, hazlo en seguida.

Pero no. No es para hacer rabiar; pero es preferible ser amonestado que renunciar a su propia dignidad. Y no deben obligarnos a hacerlo porque sólo consiguen provocar encono.

Estoy sentado, de espaldas, y escribo. Pero no tan rápido como antes. ¿Es que me estoy volviendo niño del todo? ¿Me olvidaré de todo lo que sabía cuando era grande? ¿Todo volverá a parecerme difícil en la escuela? ¿Y tendré que atender de veras en la clase? Eso sería espantoso.

En ese momento oigo la sirena de los bomberos.

—¿Me dejas?

Miro ansiosamente a mamá y espero como se espera un fallo. Yo no sé qué sucedería si no me dejara. Cuántas veces los mayores dicen "no" sin recapacitar y lo olvidan, sin saber cuánto dolor han causado.

¿Por qué "no"? ¿Por qué? Porque puede pasar algo, porque prefieren estar tranquilos, porque es innecesario, porque ¿para qué? Es una tontería. Se podría, pero ellos no quieren. Así que no, y basta.

Y nosotros sabemos que podría ser "sí", que esa pro-

hibición es casual, porque estarían de acuerdo si se tomaran la pequeña molestia de pensar, de mirarnos los ojos, y ver lo grande que es nuestro deseo.

Así que pregunto:

—¿Puedo?

Y espero. Los mayores nunca esperan nada así. Tal vez sólo el preso desea así la libertad.

Espero; y me parece que si mamá no me lo permite, no se lo perdonaré nunca... Los mayores piensan que nosotros pedimos siempre y todo; que deseamos sin pensar y que lo olvidamos en seguida. Es cierto, sucede así también, pero sucede también completamente de otro modo. O no pedimos nada, porque sabemos que es inútil y no queremos oír una áspera negativa (cómo duele cuando nos niegan algo o contestan con desgano o cualquier broma ridícula). Así que preferimos guardar dentro ese dolor y no pedimos, o esperamos larga y pacientemente que estén de buen humor, que estén completamente satisfechos de nosotros y entonces no puedan negarla. Eso falla también a veces: entonces nos resentimos con ellos y con nosotros mismos.

¿Por qué me apresuré? A lo mejor en otra oportunidad me hubiera dado permiso.

Creo que los mayores tienen ojos diferentes, miran de otra manera que nosotros. Porque si un amigo me pide algo, con sólo mirarle ya sé lo que debo hacer. Yo acepto en seguida o pongo una condición, pregunto detalles, lo dejo para más tarde. Aunque no pudiera hacerlo, no me atrevo a negarme secamente. Ayer, por ejemplo, un muchacho pidió permiso para ir al baño. Y dijo la maestra:

—Basta de dar vueltas. Pudiste ir durante el recreo.

Ya sé, van sin necesidad, es cierto. Pero, ¿acaso él tiene la culpa? A mí me basta mirarlo para comprender. Finalmente la maestra lo dejó ir y luego le regañó porque se movía.

Ella ni recordaba que había ido al baño, pero yo sé

que se movía por desquite, porque sufrió tanto y tuvo tanto miedo de no llegar a tiempo.

Los grandes no saben que muchas veces molestamos en represalia. Creen que sólo ellos hacen esto y lo otro por castigo. Pero nosotros también los castigamos con desobediencia, si se lo merecen.

Si no, ¿por qué somos distintos con unos que con otros?

Si hubiese sido otra la tía que me llamó ternero, no me habría ofendido, porque podría ser una broma. Pero ésta no lo hace por primera vez. Tiene un porte tan presumido; le gusta tanto mandar y es tan orgullosa. Bien, que lo sea, pero además le gusta burlarse y hacer rabiar a los niños. Seguramente está furiosa porque tiene muchos hijos, pero ¿quién tiene la culpa de eso? Que no los tenga.

—Tengo tantos disgustos con ellos. ¡Cuestan tanto! Tengo que quitarme el pan de la boca. Me sacrifico.

No come y está gorda como un barril. El niño tiene que costar; eso no tiene remedio.

Hay grandes que, si nos ven, dicen:

—Buenos días, valiente.

—¡Oh! ¡Qué hombre!

Sencillamente, por decir algo. Y se ve que no saben nada más, que se sienten incómodos. Si nos acarician la cabeza lo hacen con cuidado, como si temieran romper o cortar algo. Estas son las personas fuertes, buenas, delicadas. Nos gusta escuchar cuando hablan con los mayores, cuando relatan aventuras y guerras. Los queremos.

A otros, en cambio, no se les ocurre sino bromas, burlas, ponen apodos o inventan juegos estúpidos.

Tiene una barba que pincha, apesta a tabaco y se da importancia. O aprieta la mano y se ríe porque nos duele. O nos lanza hacia arriba y piensa que es para nosotros un hermoso juego.

—Te tiraré por la ventana, te cortaré la nariz y las orejas, así no tendrás que lavártelas.

Qué tonto es todo eso, y tan sin sentido. Uno sólo espera que se vayan.

Y las mujeres acarician, golpean y besan en la boca; o te aprietan contra ellas hasta hacerte doler las costillas. Y tú tienes que ser amable porque ella te quiere.

En habiendo un mocoso de dieciséis años, se hace el mayor; y ya es muy difícil de aguantar. Y todo termina en llanto o con algún descalabro.

Lo mejor es: ustedes aparte y nosotros aparte.

Pues bien, mamá me permite ir a ver el incendio. Ya era tiempo, porque si desaparecen los bomberos no encontraré el incendio.

—Pero vuelve pronto.

Seguramente quiere hablar con la tía y por eso me dió permiso en seguida.

—No rompas los zapatos— tercia la tía.

Tiene que meter siempre la nariz.

¿Quién adivinará lo que significa?

—Vuelve pronto.

Corro, porque temo no llegar a tiempo, que mamá se acuerde algo, o que se me pegue Irene. Uno nunca está seguro de lo que le espera. Así que pesco la gorra y ya no estoy.

Salto de a cuatro los escalones. Es fácil hacerlo, pero hay que tomarse del pasamanos y a veces uno se clava una astilla en la mano. Paciencia; me arriesgo.

Uno de los muchachos sabe dónde está el incendio. Es cerca. Un despacho de nafta. Dicen que en el sótano hay bencina. Si se prende, vuela toda la casa. Los policías nos dispersan y las máquinas y los cascos de los bomberos brillan al resplandor de las llamas.

No quiero que se prendan esos barriles de bencina; es una lástima, y la gente se quedaría sin techo. Pero esas

cosas si no se las ve de cerca, se sienten menos; y sería hermoso ver la explosión y derrumbarse la casa. ¿Por qué es agradable mirar las cosas terribles? Un accidente, un ahogado, cómo cae una bicicleta debajo de un auto, cómo se pelean o cómo atrapan a un ladrón.

A lo mejor es por eso que hay guerras; porque a la gente le gusta la sangre y el peligro.

Pero el incendio sin duda es lo más hermoso. Y es una lucha tan noble.

A los mayores también les gusta mirar; no sólo a los niños. Como si ellos pudieran ayudar, a nosotros nos dicen:

—Vete, no eres necesario aquí.

Así que paso de un lado a otro y miro, pensando constantemente si debo volver ya o puedo quedarme otro ratito. Y me es imposible no estar hasta el final, aunque tema que me amonesten.

Dicen que debe llegar una ambulancia, porque se quemó una mujer. Ya no se ve el fuego, sino sólo el humo.

No esperaré la ambulancia. Igual no podré llegar cerca para ver. Pero he aquí otra columna de fuego que se eleva. Y un bombero que lleva otra manguera al primer piso.

Cuando salga el chorro me iré.

Pero, ¿y si ahora se derrumbara la casa?

Quiero que esto termine de una vez: ¿rezaré o qué?

La policía nos empuja lejos. Ahora veo poco otra vez, y decido volver a casa.

En eso oigo decir que algo se les echó a perder a los bomberos y que vienen otros de refuerzo.

Aparece una mujer corriendo y gritando; tratan de detenerla, pero ella se escapa. Y veo a Félix y Broner y Gienski. Y ya quiero de veras que terminen de apagar el fuego. Pero nadie se va, y si los demás se quedan, uno tampoco tiene ganas de irse.

hibición es casual, porque estarían de acuerdo si se tomaran la pequeña molestia de pensar, de mirarnos los ojos, y ver lo grande que es nuestro deseo.

Así que pregunto:

—¿Puedo?

Y espero. Los mayores nunca esperan nada así. Tal vez sólo el preso desea así la libertad.

Espero; y me parece que si mamá no me lo permite, no se lo perdonaré nunca... Los mayores piensan que nosotros pedimos siempre y todo; que deseamos sin pensar y que lo olvidamos en seguida. Es cierto, sucede así también, pero sucede también completamente de otro modo. O no pedimos nada, porque sabemos que es inútil y no queremos oír una áspera negativa (cómo duele cuando nos niegan algo o contestan con desgano o cualquier broma ridícula). Así que preferimos guardar dentro ese dolor y no pedimos, o esperamos larga y pacientemente que estén de buen humor, que estén completamente satisfechos de nosotros y entonces no puedan negarla. Eso falla también a veces: entonces nos resentimos con ellos y con nosotros mismos.

¿Por qué me apresuré? A lo mejor en otra oportunidad me hubiera dado permiso.

Creo que los mayores tienen ojos diferentes, miran de otra manera que nosotros. Porque si un amigo me pide algo, con sólo mirarle ya sé lo que debo hacer. Yo acepto en seguida o pongo una condición, pregunto detalles, lo dejo para más tarde. Aunque no pudiera hacerlo, no me atrevo a negarme secamente. Ayer, por ejemplo, un muchacho pidió permiso para ir al baño. Y dijo la maestra:

—Basta de dar vueltas. Pudiste ir durante el recreo.

Ya sé, van sin necesidad, es cierto. Pero, ¿acaso él tiene la culpa? A mí me basta mirarlo para comprender. Finalmente la maestra lo dejó ir y luego le regañó porque se movía.

Ella ni recordaba que había ido al baño, pero yo sé

que se movía por desquite, porque sufrió tanto y tuvo tanto miedo de no llegar a tiempo.

Los grandes no saben que muchas veces molestamos en represalia. Creen que sólo ellos hacen esto y lo otro por castigo. Pero nosotros también los castigamos con desobediencia, si se lo merecen.

Si no, ¿por qué somos distintos con unos que con otros?

Si hubiese sido otra la tía que me llamó ternero, no me habría ofendido, porque podría ser una broma. Pero ésta no lo hace por primera vez. Tiene un porte tan presumido; le gusta tanto mandar y es tan orgullosa. Bien, que lo sea, pero además le gusta burlarse y hacer rabiar a los niños. Seguramente está furiosa porque tiene muchos hijos, pero ¿quién tiene la culpa de eso? Que no los tenga.

—Tengo tantos disgustos con ellos. ¡Cuestan tanto! Tengo que quitarme el pan de la boca. Me sacrifico.

No come y está gorda como un barril. El niño tiene que costar; eso no tiene remedio.

Hay grandes que, si nos ven, dicen:

—Buenos días, valiente.

—¡Oh! ¡Qué hombre!

Sencillamente, por decir algo. Y se ve que no saben nada más, que se sienten incómodos. Si nos acarician la cabeza lo hacen con cuidado, como si temieran romper o cortar algo. Estas son las personas fuertes, buenas, delicadas. Nos gusta escuchar cuando hablan con los mayores, cuando relatan aventuras y guerras. Los queremos.

A otros, en cambio, no se les ocurre sino bromas, burlas, ponen apodos o inventan juegos estúpidos.

Tiene una barba que pincha, apesta a tabaco y se da importancia. O aprieta la mano y se ríe porque nos duele. O nos lanza hacia arriba y piensa que es para nosotros un hermoso juego.

ños. Y uno se asombra de que a esta misma pequeña a veces la quiere y a veces la odia.

Come un caramelo y me da otro a mí. No quiero, pero lo como y ella me mira y ríe contenta por haberme convidado.

A veces es agradable dar algo de lo nuestro y no siempre lo es aceptarlo de los mayores. Y es desagradable regalarle algo a una persona mayor y que ella o no acepte o nos dé en cambio algo de más valor.

En seguida el pago. Uno entonces se siente menospreciado, lo mismo que un mendigo.

¡Si pudiera arreglarse el mundo; para que todo fuèse como un intercambio recíproco y voluntario! Cuando yo estaba triste, Irene me regaló un cristal; ahora yo le he comprado caramelos y ella me convida con uno. Es una pequeña cadenita de buenas acciones.

Regresamos a casa. Entramos. La tía está con mamá. Y dice:

—¡Oh!, ya vienen sus terneritos.

¿Por qué terneritos y no personas? ¿Qué mal hicimos para que nos llame terneros? Sólo las vacas paren terneros. ¿Qué insulto es ése?

Estoy furioso y no la saludo. Hasta que mamá se enfada:

—¿Por qué entras como un bruto? ¿Por qué no saludas a la tía?

—¿Para qué la voy a saludar? —respondo—. Si ayer estuve en su casa.

—Eso fué ayer y no hoy.

—Los terneros no saludan — murmuro.

—¿Qué terneros? — pregunta mamá, que no se da cuenta porque sólo los insultos a los mayores se oyen y se recuerdan.

La tía ríe a carcajadas.

—Mírenlo, qué susceptible. Se ofendió.

Y se levanta para besarme, pero yo me doy vuelta. Se cree que me hace un favor si me saliva.

—Deja a ese bruto — dice mamá.

Bueno; así es. Me ofendí. ¿Acaso no tengo ese derecho? Si no lo tengo ahora, tampoco lo tendré cuando crezca.

Me siento y hago como si hiciera los deberes. Pero tiemblo de indignación. Recuerdo que en el tranvía también se me rieron por orgulloso. Los mayores piensan que un niño no puede ofenderse. Como si fuera difícil. Cada cual sabe lo que le es agradable y lo que no le es.

Dicen que los niños son tercos.

—Se encaprichó y no quiere saludar.

No quiero y ya está.

—Dilo en seguida, hazlo en seguida.

Pero no. No es para hacer rabiar; pero es preferible ser amonestado que renunciar a su propia dignidad. Y no deben obligarnos a hacerlo porque sólo consiguen provocar encono.

Estoy sentado, de espaldas, y escribo. Pero no tan rápido como antes. ¿Es que me estoy volviendo niño del todo? ¿Me olvidaré de todo lo que sabía cuando era grande? ¿Todo volverá a parecerme difícil en la escuela? ¿Y tendré que atender de veras en la clase? Eso sería espantoso.

En ese momento oigo la sirena de los bomberos.

—¿Me dejas?

Miro ansiosamente a mamá y espero como se espera un fallo. Yo no sé qué sucedería si no me dejara. Cuántas veces los mayores dicen "no" sin recapacitar y lo olvidan, sin saber cuánto dolor han causado.

¿Por qué "no"? ¿Por qué? Porque puede pasar algo, porque prefieren estar tranquilos, porque es innecesario, porque ¿para qué? Es una tontería. Se podría, pero ellos no quieren. Así que no, y basta.

Y nosotros sabemos que podría ser "sí", que esa pro-

hibición es casual, porque estarían de acuerdo si se tomaran la pequeña molestia de pensar, de mirarnos los ojos, y ver lo grande que es nuestro deseo.

Así que pregunto:

—¿Puedo?

Y espero. Los mayores nunca esperan nada así. Tal vez sólo el preso desea así la libertad.

Espero; y me parece que si mamá no me lo permite, no se lo perdonaré nunca... Los mayores piensan que nosotros pedimos siempre y todo; que deseamos sin pensar y que lo olvidamos en seguida. Es cierto, sucede así también, pero sucede también completamente de otro modo. O no pedimos nada, porque sabemos que es inútil y no queremos oír una áspera negativa (cómo duele cuando nos niegan algo o contestan con desgano o cualquier broma ridícula). Así que preferimos guardar dentro ese dolor y no pedimos, o esperamos larga y pacientemente que estén de buen humor, que estén completamente satisfechos de nosotros y entonces no puedan negarla. Eso falla también a veces: entonces nos resentimos con ellos y con nosotros mismos.

¿Por qué me apresuré? A lo mejor en otra oportunidad me hubiera dado permiso.

Creo que los mayores tienen ojos diferentes, miran de otra manera que nosotros. Porque si un amigo me pide algo, con sólo mirarle ya sé lo que debo hacer. Yo acepto en seguida o pongo una condición, pregunto detalles, lo dejo para más tarde. Aunque no pudiera hacerlo, no me atrevo a negarme secamente. Ayer, por ejemplo, un muchacho pidió permiso para ir al baño. Y dijo la maestra:

—Basta de dar vueltas. Pudiste ir durante el recreo.

Ya sé, van sin necesidad, es cierto. Pero, ¿acaso él tiene la culpa? A mí me basta mirarlo para comprender. Finalmente la maestra lo dejó ir y luego le regañó porque se movía.

Ella ni recordaba que había ido al baño, pero yo sé

que se movía por desquite, porque sufrió tanto y tuvo tanto miedo de no llegar a tiempo.

Los grandes no saben que muchas veces molestamos en represalia. Creen que sólo ellos hacen esto y lo otro por castigo. Pero nosotros también los castigamos con desobediencia, si se lo merecen.

Si no, ¿por qué somos distintos con unos que con otros?

Si hubiese sido otra la tía que me llamó ternero, no me habría ofendido, porque podría ser una broma. Pero ésta no lo hace por primera vez. Tiene un porte tan presumido; le gusta tanto mandar y es tan orgullosa. Bien, que lo sea, pero además le gusta burlarse y hacer rabiar a los niños. Seguramente está furiosa porque tiene muchos hijos, pero ¿quién tiene la culpa de eso? Que no los tenga.

—Tengo tantos disgustos con ellos. ¡Cuestan tanto! Tengo que quitarme el pan de la boca. Me sacrifico.

No come y está gorda como un barril. El niño tiene que costar; eso no tiene remedio.

Hay grandes que, si nos ven, dicen:

—Buenos días, valiente.

—¡Oh! ¡Qué hombre!

Sencillamente, por decir algo. Y se ve que no saben nada más, que se sienten incómodos. Si nos acarician la cabeza lo hacen con cuidado, como si temieran romper o cortar algo. Estas son las personas fuertes, buenas, delicadas. Nos gusta escuchar cuando hablan con los mayores, cuando relatan aventuras y guerras. Los queremos.

A otros, en cambio, no se les ocurre sino bromas, burlas, ponen apodos o inventan juegos estúpidos.

Tiene una barba que pincha, apesta a tabaco y se da importancia. O aprieta la mano y se ríe porque nos duele. O nos lanza hacia arriba y piensa que es para nosotros un hermoso juego.

—Te tiraré por la ventana, te cortaré la nariz y las orejas, así no tendrás que lavártelas.

Qué tonto es todo eso, y tan sin sentido. Uno sólo espera que se vayan.

Y las mujeres acarician, golpean y besan en la boca; o te aprietan contra ellas hasta hacerte doler las costillas. Y tú tienes que ser amable porque ella te quiere.

En habiendo un mocoso de dieciséis años, se hace el mayor; y ya es muy difícil de aguantar. Y todo termina en llanto o con algún descalabro.

Lo mejor es: ustedes aparte y nosotros aparte.

Pues bien, mamá me permite ir a ver el incendio. Ya era tiempo, porque si desaparecen los bomberos no encontraré el incendio.

—Pero vuelve pronto.

Seguramente quiere hablar con la tía y por eso me dió permiso en seguida.

—No rompas los zapatos— tercia la tía.

Tiene que meter siempre la nariz.

¿Quién adivinará lo que significa?

—Vuelve pronto.

Corro, porque temo no llegar a tiempo, que mamá se acuerde algo, o que se me pegue Irene. Uno nunca está seguro de lo que le espera. Así que pesco la gorra y ya no estoy.

Salto de a cuatro los escalones. Es fácil hacerlo, pero hay que tomarse del pasamanos y a veces uno se clava una astilla en la mano. Paciencia; me arriesgo.

Uno de los muchachos sabe dónde está el incendio. Es cerca. Un despacho de nafta. Dicen que en el sótano hay bencina. Si se prende, vuela toda la casa. Los policías nos dispersan y las máquinas y los cascos de los bomberos brillan al resplandor de las llamas.

No quiero que se prendan esos barriles de bencina; es una lástima, y la gente se quedaría sin techo. Pero esas

cosas si no se las ve de cerca, se sienten menos; y sería hermoso ver la explosión y derrumbarse la casa. ¿Por qué es agradable mirar las cosas terribles? Un accidente, un ahogado, cómo cae una bicicleta debajo de un auto, cómo se pelean o cómo atrapan a un ladrón.

A lo mejor es por eso que hay guerras; porque a la gente le gusta la sangre y el peligro.

Pero el incendio sin duda es lo más hermoso. Y es una lucha tan noble.

A los mayores también les gusta mirar; no sólo a los niños. Como si ellos pudieran ayudar, a nosotros nos dicen:

—Vete, no eres necesario aquí.

Así que paso de un lado a otro y miro, pensando constantemente si debo volver ya o puedo quedarme otro rato. Y me es imposible no estar hasta el final, aunque tema que me amonesten.

Dicen que debe llegar una ambulancia, porque se quemó una mujer. Ya no se ve el fuego, sino sólo el humo.

No esperaré la ambulancia. Igual no podré llegar cerca para ver. Pero he aquí otra columna de fuego que se eleva. Y un bombero que lleva otra manguera al primer piso.

Cuando salga el chorro me iré.

Pero, ¿y si ahora se derrumbara la casa?

Quiero que esto termine de una vez: ¿rezaré o qué?

La policía nos empuja lejos. Ahora veo poco otra vez, y decido volver a casa.

En eso oigo decir que algo se les echó a perder a los bomberos y que vienen otros de refuerzo.

Aparece una mujer corriendo y gritando; tratan de detenerla, pero ella se escapa. Y veo a Félix y Broner y Gienski. Y ya quiero de veras que terminen de apagar el fuego. Pero nadie se va, y si los demás se quedan, uno tampoco tiene ganas de irse.

Un incendio no es un juego, pero a menudo tenemos que interrumpir algo agradable en el momento más interesante, para no llegar tarde o porque nos lo mandan. Es que los mayores son todos iguales. Cuando van de visita, y se divierten, dicen un sinfín de veces:

—Bueno, hay que volver a casa.

Y luego agregan:

—Bueno, un momento más.

Y que otra copa, otro baile, otra vuelta de barajas y hay que irse ya. Parece como que se compadecieran del sueño que tienen los niños, y consideraran que hay que levantarse temprano al día siguiente. Tienen al menos relojes, y saben en cuánto se retrasan. Nosotros no sabemos nada; solamente que no tenemos ganas de irnos.

La mujer dice: ¿Vamos ya?, y él responde: —Dentro de un rato. Y saben que nadie los va a reñir en casa.

Y lo que indigna más es que, cuando el juego es agradable, hay que correr a casa con miedo; y entonces comienza el escándalo. Si esperaran al menos hasta el día siguiente para retarnos.

Porque uno llega a pensar:

—No quiero volver a jugar nunca más. Ya estoy harto de juego y de todo lo demás.

Uno renuncia a toda alegría.

Corro, pues, a casa; pero mamá dice severa:

—¿A eso llamas tú en seguida?

Espero, por si me pregunta dónde fué el incendio. Pero ella sale sin decir nada.

Vuelvo a sentarme frente a mis deberes y se acerca Irene.

—¿Adónde fuiste?

—Vete — le digo, porque acabo de leer un ejercicio y no estoy muy seguro de cómo hacerlo. Pero ella se queda.

Así que le digo:

—Estuve en el incendio. Y vete.

—¿Qué se estaba quemando? — pregunta ella.

De todas maneras no lo entenderá. Pero soy paciente. Contesto:

—Se incendió un negocio.

—¿Por qué? — continúa ella.

—Porque tienes la nariz sucia. Anda, límpiatela — contesto.

Se avergüenza y se va. Siento haberle contestado tan mal. Ya es la segunda vez hoy: de mañana a Mik y ahora a ella.

La llamo.

—Ven, te lo voy a contar.

Pero ella ya se ha ido. Se ha ofendido, sin duda. Vuelvo a leer el ejercicio, porque mañana nos toca aritmética.

Irene vuelve.

—Ya me limpié la nariz.

No contesto.

Ella se queda, y va diciendo en voz baja como para sí misma.

—Ahora ya tengo la nariz limpia; y tampoco se me ven las bombachas.

Lo dice humildemente, con miedo de que la regañe. ¿Qué hago? ¿Se lo contaré? Y comienzo. No entiende nada. A cada rato pregunta:

—¿Por qué?

¿Por qué el agua? ¿Por qué mangueras? ¿Por qué bomberos? ¿Qué es bencina? ¿Vive? ¿Es grande?

Es pequeña y no entiende. Yo tampoco entendía.

—Espera, te lo voy a dibujar.

Le dibujo un bombero con su casco, una manguera, y le di como una lección.

Si no fuera por nosotros esos chicos nunca sabrían nada. Todo lo aprenden de nosotros. Nosotros de los mayores y ellos de nosotros. Así se va trasmitiendo la ciencia.

Ya no sé de qué seguir hablando, y le digo:

—Repite lo que te dije.

—En una tienda se incendió el agua. Vino la policía e hizo salir a todos. Y hubo fuego y un incendio.

Ella cree que fuego e incendio son dos cosas distintas.

—El incendio se hizo a causa del fuego.

Otra vez tiene sucia la nariz, pero no se lo digo. Total, el ejercicio ya no lo voy a hacer. Repito en voz alta la poesía que debo aprender de memoria. Irene escucha.

Mamá vuelve y yo bajo a la pista de patinaje; la hicieron grande. Quiero aprender a correr en cuclillas. Sé dar vueltas y correr para atrás; me habré caído unas cuatro veces. Me lastimé un poco.

Y estoy triste cuando voy a acostarme. Una nostalgia más grande todavía que cuando era adulto. Nostalgia y soledad.

Nostalgia, soledad y un deseo de cualquier aventura. Es mejor nacer en Africa, donde hay leones, caníbales y dátiles.

¿Por qué se queda la gente amontonada, habiendo tanto espacio vacío? Las ciudades están atestadas.

Quisiera vivir un tiempo entre los esquimales, los negros o los indios.

Debe ser bonito un incendio en una estepa...

Si cada cual tuviera aunque sólo fuera un jardincito frente a la casa, para plantar y cuidar flores, y verlas crecer...

Vuelvo a pensar en Manchita. ¿Qué le diré a Bacewicz?

Ya ni tengo deseo de tenerlo; es un dolor de cabeza. Podría perder la paciencia y darle una paliza; luego me arrepentiría. El portero y los niños en el patio lo correrían. Es demasiada responsabilidad.

Si quiere, que se quede con él.

EL AMOR

Por fin llegó el baile. Mamá se puso el vestido que le habían recomido las polillas. No se notaba nada; la tía lo había arreglado muy bien. Era un cumpleaños y vinieron invitados. Se bailaba. Se empezó de noche y acabó no sé cuándo, porque dormí en casa de Karol.

Vino Mariquita, de Vilna. Yo bailé con ella. Porque el tío Pedro me mandó hacerlo. Yo no quise. Pero el tío dijo:

—¿Conque eres así de caballero? La señorita vino a verte desde Vilna y tú no quieres bailar con ella.

Me avergoncé y escapé a la escalera. ¿Cómo pudo haber dicho eso? Como si viniera a verme a mí. Ella pudo sentirse mal. El tío me tomó, me levantó hacia arriba; yo quise desasirme y pataleé en el aire. Se cansó, pero no me soltaba. Yo estaba furioso, pues me avergonzaba más aún. Luego me puso de pie y dijo: "baila". Y mi padre:

—Bueno, no seas tonto; baila, que ella es una invitada. De Vilna.

Estoy ahí y no sé qué hacer; quiero escapar, pero tengo miedo que me vuelva a agarrar y zarandearme. Y poco a poco, me arreglo el traje; observo si no se desabrochó o se rompió.

Marujita me mira y dice:

—No tengas vergüenza, yo tampoco sé mucho.

Y se adelanta la primera. Me toma de la mano. Tiene una cinta azul, un gran moño, que recoge su cabello.

—Bueno, ven, vamos a probar.
Miro con rabia al tío; él ríe. Todos se apartan y sólo quedamos nosotros. Y mi padre. Sé que si no obedezco mi padre se enfadará, y quizá me eche del baile. No encuentro ninguna salida.
Comienzo a dar vueltas con ella. La cabeza me zumba, porque es tarde y yo he bebido cerveza. Y digo: "bueno, basta". Y todos alrededor: "más". Tengo calor y ellos gozan del espectáculo. Marujita tampoco deja; así que prosigo y ahora ya bailo siguiendo la música, el ritmo.
No sé cuánto tiempo. Hasta que Marujita dice:
—Bueno; basta; veo que no quieres seguir.
—¿Por qué no voy a querer? Sólo que me he mareado.
—Yo puedo bailar toda la noche — dice ella.
Luego empiezan a bailar los mayores, y nosotros nos quedamos a la puerta: Marujita y yo.
—Varsovia es muy bonita.
—Vilna también.
—¿Estuviste en Vilna? — pregunta ella.
—No, pero la maestra nos lo contó en la escuela.
Ella me llama "tú", pero yo no sé cómo llamarla. Entre los grandes hay orden: los desconocidos se tratan de "usted" y ya está. Pero nosotros los niños nunca sabemos qué trato dar.
A uno se le dice "tú", a otro "usted" o "niño". Ya no sé nada. Todo eso nos causa vergüenza y dolores de cabeza. Hay que tratar de sortearlo y no decirlo ni en una forma ni en otra.
Ella —Marujita— vino a pasear a Varsovia y ahora volverá a Vilna. Tal vez se quede una semana.
—¿Vino por mucho tiempo?
—¿Quién?
—Y, esta señora, la tía; la mamá de Marujita.
—Es posible que por una semana.

Para ir allá hay que tomar el ferrocarril de noche. Nunca viajé de noche en ferrocarril.
—Quisiera —dice— vivir siempre en Varsovia.
—Pues yo preferiría estar en Vilna.
Lo digo porque sí, fingiendo creer que Vilna es una ciudad bonita. Ella empieza a enumerar las calles de allá y yo las de Varsovia. Luego los monumentos y recuerdos históricos.
—Ven alguna vez y te lo mostraré todo.
—Bueno — le contesto tontamente, como si dependiera de mí.
Se acerca Carlos y hablamos de la escuela. Cómo son las maestras de allá y las de aquí, y los libros.
Es muy agradable. Pero el tío Pedro ya nos ha visto, de manera que me voy para que no vuelva a burlarse de mí. Luego hacen cantar a Marujita. Ella no se avergüenza.
Cuando canta, levanta los ojos hacia arriba, como si mirara al cielo. Y sonríe.
Volvemos a charlar. Porque Stefan cuenta que tiene en casa tres trineos. Uno grande, en el que pueden ir dos personas. Y dice a Marujita:
—Ven y te llevaré.
Tienen una buena pista de patinaje. Todo en su patio. No me gusta cuando alardea demasiado.
Y así termina el baile.
Esa señora, la tía, se lleva a Marujita y se van.
—¿Y si te fueras a dormir? — me dice mamá.
Sin decirle no, le pregunto:
—¿Dónde?
—En casa de Carlos.
—Mañana hay que ir a la escuela.
Me doy cuenta que si quiero quedarme un rato más, mamá me lo permitirá, pero ¿qué voy a hacer? Tengo sueño y me aburro.

Irene se fué a dormir en seguida después de cenar.

Y yo duermo con Carlos, el que me pregunta:

—¿Por qué en Vilna hablan así, estirando las palabras?

—No sé.

—Quise preguntárselo a Marujita, pero a lo mejor le habría disgustado.

—Con seguridad.

—Tiene el pelo como el de una gitana.

—Nada de eso; las gitanas tienen el pelo duro y el de ella es suavecito.

—¿Cómo lo sabes?

—Y... se ve, pues.

—Pero el tío Pedro dijo que era como el de las gitanas.

—El tío Pedro no sabe nada de nada — digo con rabia.

Bosteza y se calla, pero al rato insiste:

—Entre nosotros no hay ninguna como ella.

Y yo nada. Luego:

—Una muchacha encantadora.

Y yo nada.

—Canta muy bien.

Espero que se vuelva, pues como soy el invitado no puedo demostrarle que no quiero hablar con él. Así que pregunto:

—¿Hiciste los deberes?

—¡Oh!, qué deberes ni deberes...

Bosteza y dice al fin:

—Bueno, hay que dormir. ¿Y por qué consentiste en que nos fuéramos en seguida? A lo mejor habrá algo interesante allí.

—¿Qué puede haber de interesante? Beberán un poco más y eso será todo.

—Y tú, ¿bebiste aguardiente? Yo tomé dos copas.

Mañana blasonará en la escuela de heroísmo: bebió dos copas y no se mareó.

Se da vuelta, se cubre y me pregunta:

—¿No tienes frío? ¿No te dejé sin frazada?

—No, estoy bien.

Cuando uno tiene sueño, cualquier cosa lo molesta.

Estoy molesto porque no lo quiero y él me pregunta si tengo frío, y se preocupa por mí ¿Y por qué le dije que se emborracharán? Está mal eso de juzgar a los mayores. Es inútil: son diferentes y se divierten de otra manera. Pues, si no fuera por el tío Pedro, quizá no hubiera cambiado una palabra con Marujita. ¡Cómo nos avergonzamos siempre de todo! Siempre el temor de hacer o decir alguna tontería. Siempre la duda de si así está bien. Para que no se burlen. Porque ya no sé qué es peor: si cuando se burlan o cuando gritan.

En casa y en la escuela, siempre lo mismo. Preguntas algo, te equivocas en algo, y en seguida la carcajada y la burla. Cada cual quiere ser el más inteligente y sólo espera burlarse o humillar al otro.

Ese temor a ser objeto de burlas nos intimida, nos ata, nos incomoda y nos vuelve tímidos, y cuanto más nos cuidamos, más fácil es que hagamos algo inconveniente. Lo mismo que sobre el hielo: más a menudo cae el que más miedo tiene.

—Bien, mañana tendremos que construirnos un trineo — pienso, y me duermo.

Apenas me duermo y ya me despiertan para que me levante. He dormido algunas horas, pero me pareció un instante.

Me froto los ojos; durante el desayuno no tengo ganas de comer y mi padre me pone a prueba:

—¿Si no fueras a la escuela?

Piensa que me voy a alegrar ante la tentación. Porque en seguida dice:

—El juego es una cosa, y la escuela otra.

Reviso prolijamente la cartera para no olvidar nada, una pluma u otra cosa. Cuando uno está dormido, tiene que cuidarse. Pero no; salgo. Voy caminando. Pienso que viajo a Vilna. Viajo durante toda la noche. Las chispas vuelan detrás de los cristales, formando zigs-zags de fuego.

En el camino a la escuela y durante las clases pienso en ese viaje. En la segunda hora, me olvido por cumpleto que estoy en la clase y empiezo a tararear quedamente.

Y la maestra:

—¿Quién canta?

Ni siquiera entonces me doy cuenta, sino que hasta trato de observar quién canta. Borovski me señala. La maestra pregunta:

—¿Cantaste tú?

—No.

Es que en realidad no me había dado cuenta. Me olvido y vuelvo a empezar. Tal vez más alto aún.

La maestra se enfada. Y Borovski volviéndose:

—¿Me dirás ahora que no eres tú?

—Sí, fuí yo.

Sólo ahora sé que fuí yo.

La maestra me mira asombrada.

—No creía que supieras mentir y hacer las cosas a propósito.

¿Es que no se da cuenta que yo mismo estoy asombrado y afligido? Yo la quiero y ella es buena conmigo. ¿Para qué habría de causarle disgustos? Bajo la cabeza, me sonrojo, y ya está. Si le doy explicaciones, tampoco me creerá. Ahora ya sé que uno puede lanzar un grito, de repente, o un silbido, como en sueños. Y en seguida dicen:

—Lo hace a propósito; es incorregible.

Me molesta la palabra "incorregible". Es peor que granuja, peor que todo. Resulta tan insultante como una jauría de perros. Tampoco me gusta la palabra "rigor".

Como en la clase de gimnasia, por ejemplo:

—Rigor, disciplina.

En seguida me siento como si me fueran a castigar a latigazos o a golpes.

—Un chico incorregible.

"Chico", otra palabra desagradable.

Hay palabras poco gratas que no debieran usarse en la escuela. A veces puede dejarse de querer a un hombre, por una palabra desagradable que repite a menudo. La maestra me manda primero al rincón y luego al pizarrón. Me da un ejercicio para hacer. Es fácil. En seguida sé la contestación. Saco las cuentas en voz baja y digo:

—Da quince.

La maestra simula no oírme.

—Repite el ejercicio.

Estoy furioso y digo:

—Son quince, ¿sí o nó?

—Cuando lo hagas lo sabrás; hazlo para todos — dice ella.

Vuelvo a repetir con desgano. Y me equivoco.

Los muchachos empiezan a reírse.

—Vuelve a tu lugar; tienes un cero.

Y Wisnievski pregunta:

—¿Tiene que ir a su lugar del banco o del rincón?

Voy y no puedo evitarlo porque saca a propósito el codo cuando paso y lo empujo. Y él lanza un chillido con toda su fuerza:

—¿Por qué me empujaste?

Cochino. Pensó que la maestra no se dió cuenta. Pero ella vacila entre seguir haciéndome sufrir a mí o castigarlo a él.

Y el bullicio comienza en toda la clase. Cuando están quietos, todo va bien, pero cuando comienza uno, en seguida siguen observaciones, burlas, bromas, risas y

charlas. Ya entonces es difícil tranquilizarlos y el responsable de todo es el primero, el que empezó.

Que hagan lo que quieran.

Apoyo la cabeza en las manos y simulo llorar. Eso se hace a menudo. Es lo mejor. Porque entonces lo dejan a uno en paz. Pero no lloro; sufro mucho, soy muy desgraciado.

De pronto pienso: Si Marujita fuese maestra, sería distinta.

Porque, si me porto mal, se me puede castigar en otra forma y no con un cero en la materia, mientras que al que después estuvo gimiendo en el pizarrón y dando vueltas al mismo ejercicio, le puso diez al final.

Marujita no hubiera hecho eso. Pero ella es chica, y ella —Marujita— se irá. Viajará durante toda la noche, muy lejos, a Vilna. Y no la veré más. Quizás no la veré nunca más. Ya nunca volverá a cantar. Y ella sonríe de un modo tan agradable; y tiene un moño azul y el cabello tan suave. No como las gitanas.

La maestra debe estar muy enfadada, porque en el recreo se acerca y me dice:

—Si sigues mostrándote soberbio otra vez, se lo diré al director. No voy a defenderte más.

Y se va. Ni me deja justificarme. Pero si me lo hubiera permitido, ¿qué podría decirle?

¿Que amo a Marujita?

Antes la muerte que tal declaración; "Soberbia". No es soberbia; la maestra me reprocha, porque no recuerdo lo que había hecho por mí. No se debía recordar los favores hechos. Que sepan los adultos que eso sulfura y molesta. Porque con eso quieren decir que olvidamos, que no sabemos tener gratitud.

Son ellos los que olvidan; nosotros recordamos muy bien. Un año más. Cualquier falta de tacto o cualquier injusticia; cada observación y cada buena acción. Todo lo

anotamos honestamente y tiene en nosotros un aliado o un enemigo. Pero podemos perdonar mucho si vemos bondad y sinceridad. Yo también perdonaré a la maestra cuando me tranquilice. Se me acerca Mik, comienza a bromear. Ve que estoy triste y quiere consolarme.

—¿Qué, vas a tener miedo a la aritmética? Conseguirás otros diez muy buenos y el cero se escapará de susto: ¿No eres acaso un gran matemático?

Le contesto bajito:

—¡Déeeejameeeee!

Salgo al patio, pero no juego. Me parece ridículo correr.

¡Qué hermoso si todas las muchachas se parecieran a ella! Quizás iremos de veras a Vilna. Quizás papá consiga trabajo allá. Todo puede suceder.

Me llevo un libro de la biblioteca; son cuentos históricos. Voy a leer.

Vuelvo solo. Mik no pudo esperarme. Camino, haciendo rodar un pedazo de hielo. Hay que tratar de tirarlo derecho delante de uno, porque de lo contrario se tuerce a derecha o izquierda. Yo voy detrás de él, en zig-zag. No hay que detenerse, sino seguir siempre adelante. Lo peor es si da contra un transeúnte, porque entonces salta hacia un costado y hay que recomenzar. Me digo que tengo derecho a recomenzar diez veces.

Pero encuentro a papá y se enfada porque estoy estropeando la punta de los zapatos.

Entro en el patio y he ahí a los muchachos corriendo en trineo. Me reúno con ellos. Pero no es muy agradable. Cuando uno siente un disgusto puede jugar, pero lo recuerda a cada instante. Como si alguien lo siguiera y dijera:

—¿Te olvidaste? ¿No lo recuerdas?

No son cargos de conciencia, sino pensamientos molestos. Los cargos de conciencia son distintos y terribles. Uno teme a Dios.

Dice uno de los muchachos que Dios no existe, sino que lo inventó la gente. Dice que lo sabe con seguridad. Quiere hacer una apuesta, el muy tonto.

Yo los llevo dos veces en trineo, y ellos a mí una. Y basta ya.

Me quedo un rato junto a la ventana, luego miro las ilustraciones de un libro. No me gustan. La primera es un cuadro heroico. Un guerrero a caballo. Una batalla. Alrededor caen los proyectiles. El levanta el sable y parece un muñeco. Tan duro y tieso.

¿No dará la casualidad que se haga para los niños lo que hay de peor? Un buen pintor para los mayores y uno mediocre para los niños. Lo mismo pasa con los cuentos; los destinados a nosotros son como de favor; cualquiera escribe. Aquel a quien no quieren leer los mayores se dedica a los niños.

Pero somos precisamente nosotros los que amamos más los cuentos, cuadros y canciones.

Me llaman para construir un trineo nuevo; para que les dé mis dos tablas, la cuerda y la lata.

Protestan porque la lata es escasa y la cuerda, corta.

—Pero si es muy fuerte.

Una tabla es para el asiento y la otra para reforzar la parte de abajo. Si tuviéramos más lata, podríamos forrarlo todo y se deslizaría mejor. Pero menos mal que hay por lo menos para adelante. También les doy clavos; uno, largo y recto, lo encontré en la calle.

Cada uno tiene que recordar lo que da, porque el derecho al trineo está de acuerdo a la contribución.

Es mejor hacerlo uno mismo y tenerlo para sí solo. No hay que depender de nadie. Pero es muy raro que un niño logre tener algo realmente propio.

La ropa es como si fuera mía, pero me la compraron mis padres. Por los libros y cuadernos, se es responsable en casa y en la escuela. Pero cada uno de ellos tiene derecho a tocarlos, y opinar.

La maestra tiene derecho a doblar un libro, pero que pruebe hacerlo uno de nosotros. Dirán en seguida que no los cuidamos. Porque en los niños todo tiene que ser ejemplar.

Las sociedades no sirven. Tenemos forzosamente que pelearnos. Uno tiene que llevar al otro. Si uno tira mal y vuelca el trineo y se le dice que lo va a romper, puede no hacer caso. Dió un par de tablas y tiene el mismo derecho.

Cada cual quiere guiar y sentirse como un príncipe. Peleamos a menudo, es cierto, pero no se olviden que todo entre nosotros es dejado a la buena de Dios.

¡Cuántos juzgados distintos tienen los mayores! Y nosotros tenemos que arreglarnos sólo con quejas. A los mayores no les gustan nuestras quejas. Juzgan de cualquier modo o dan la razón al que quieren más, al más pequeño, al mayor o a la muchacha, o resultan los dos los culpables porque es feo pelearse.

Puede ser que un día viva la gente en armonía y amistosamente, pero no es así aún.

Por cualquier cosa uno se ofende, y en seguida:

—Si no quieren, devuélvanme mis tablas y clavos.

Sabe que no los devolveremos. Porque ¿cómo hacer? Unicamente rompiendo el trineo y perdiendo todo el trabajo. Buscar otro socio y hacerlo de nuevo.

A los niños les gusta hacer las cosas.

Claro que les gusta, pero si hacen algo quieren que dure.

Dibujo algo y alguien, nada más que por broma, me lo rompe o borra, y me da lástima. Si encuentro un palito y una cuerda, hago un látigo, y no quiero que lo rompan. Un trineo es un trineo.

A veces es mejor desarmarlo porque el segundo sale mejor. Pero hay que saber de antemano lo que se quiere y por qué se va a empezar de nuevo. O si se tiene mejores instrumentos o más material.

¿Cómo se puede hacer un trineo sin martillo? Tenemos que golpear con una piedra. Si por lo menos fuera apropiada. Hay una, pero está en el empedrado. Quisimos sacarla y colocarla después de nuevo. Si llega a notarlo el portero nos espera algo bueno. Durante una semana no podríamos asomarnos al patio.

Clavo, pues, con una piedra redonda, incómoda y me golpeo el dedo; luego con un alambre me estropeo las manos; ahora, al doblarlo, me duele. En un lugar había que estirar mucho el alambre porque en vez de un clavo largo que no tenemos, clavamos tres chicos y la tabla se parte. Hay que sujetarla.

Siempre hay algo que se estropea y que luego hay que arreglar.

Viene José.

—¡Oh! Hicieron un trineo y no pueden usarlo.

—Haz tú uno mejor.

Claro, si quisiera lo haría.

—Y entonces ¿por qué no lo haces?

Cuando quiera.

—Vete; no molestes. Si no te gusta, no mires.

—¿No me dejarás mirar? — dice él.

—No, no te voy a dejar.

Uno trabaja y dos tratan de alejarlo.

Entonces protesta Franck:

—Déjenlo; mejor tengan esto, porque solo no puedo.

—¿Por qué se queda ahí y critica?

—Déjenlo. No tiene trineo y lo hace por envidia.

—Cómo voy a envidiar ese mamarracho.

A veces, de una discusión se produce una pelea y a veces se decide el otro a ayudarnos.

Como ahora, justamente.

—Sin martillo no harás nada.

—Pues danos un martillo, en vez de alardear — digo yo.

—¿Para que lo rompan?

—¿Tienes uno?

—Claro que tengo.

—¿Alardeas o es verdad?

Pero se va corriendo y lo trae.

—¿Es tuyo?

—¿Y de quién va a ser?

—Se lo sacaste a tu padre, de seguro.

—Entonces lo saqué yo y no tú.

Pero si lo sacó sin permiso habrá un escándalo y lo pagaremos todos.

También tiene clavos.

—Si me dejan usarlo, les daré los clavos.

No tendríamos que aceptar porque es un desvergonzado. Pero hay que aprovechar el tiempo y cada uno quiere deslizarse un rato. Aceptamos. Es una lástima, porque si la tabla está apolillada ni el martillo la arregla. El pesa mucho y va como si quisiera romperlo a propósito.

Todo el trabajo no sirve para nada.

Tristeza, tristeza, tristeza.

Irene me mira y se da cuenta que tengo un disgusto; no me pide que juguemos. Acerca un banquito. Se sienta a mi lado y apoya el brazo sobre mis rodillas.

Si Marujita fuera mi hermana, pienso.

Sé que es un pecado pensarlo, porque es como si quisiera que Irene muriera para tener otra hermana.

Cierro los ojos y pongo las manos sobre su cabeza. Ella la inclina sobre mis rodillas y se duerme en seguida. y yo rezo mis oraciones. "Que Irene viva y esté sana y que Marujita sea feliz".

Porque es verdad, yo quiero a Marujita.

Cuántas cosas pasan en uno; qué indiferente es todo aquí. Si uno se fija, ve cosas, gentes, caballos, automóviles y miles o millones de distintos sustantivos: vivos y muertos. En los pensamientos también existen los mismos sustantivos. Cierro los ojos y veo lo mismo, dentro del hombre, casas, gente, caballos. Es así. Y cada sustantivo

tiene muchos adjetivos. Una casa grande, un hermoso caballo, un hombre amable. Y del sustantivo con el adjetivo depende que eso nos guste o nos agrade. Y siempre la misma diferencia. De una manera quiero a Manchita, de otra a mis padres, de otra a Mik y de otra a Marujita de Vilna.

Porque puedo decir:

—Me gusta, me gusta mucho, quiero. Y ya está.

Pero siento que es distinto. Y sólo en la cima es como Dios.

Es todo muy extraño.

Si yo no hubiera sido grande una vez, quizás no lo sabría. Ahora ya sé que los niños aman, pero no saben qué nombre dar a eso. O quizás tienen vergüenza de confesarlo en sus pensamientos y dicen tan sólo que gustan.

Tienen hasta miedo de decir:

—Esta muchacha es agradable, me gusta. Es amable.

Porque de lo que con más placer se burlan los mayores es del amor. Y en ello se ve lo poco discretos que son.

—He ahí al caballero y su dama — dirán.

O:

—Bueno, dense un beso.

O:

—Los novios.

O peor aún:

—El marido y la mujer.

Como si no se pudiera querer a alguien, charlar, mirar, jugar juntos y darse la mano en despedida. Pero sin que nadie pregunte nada. Y sin que se den cuenta de nada.

Es doloroso que no se pueda.

Preguntaría como al descuido:

—¿Marujita es un nombre bonito?

¿O diré que tiene una linda cinta azul en el pelo? ¿O por qué cuando ríe se le forman hoyuelos?

Pero apenas pregunte o diga algo comenzará en seguida la chanza.

—¿Te gusta? ¿Y si te casaras con ella?

Bromas tontas y risas desagradables. Ya lo sé.

Hay chicos que hacen payasadas. Quieren congraciarse, adulan a los mayores y toman a las muchachas del brazo diciendo:

—Mi mujer, mi novia.

Los mayores quieren que demuestren su inteligencia; hacen como que no les gustan nuestras payasadas, pero son ellos quienes nos obligan a hacerlas.

No saben lo que sufre un ser sensible al tener que hacer el payaso. Algunos niños se echan realmente a perder y otros no sienten hacia vosotros más que disgusto y rencor. Por vuestra curiosidad y por lo que sabéis.

Estoy sentado, quieto, y pienso. Lo mismo que yo, miles de niños, en distintos cuartos, al anochecer, piensan en los milagros y tristezas de la vida. Lo que pasa dentro y alrededor de cada uno. Y esos pensamientos nuestros los desconocen los mayores. No dicen más:

—¿Qué estás haciendo ahí? ¿Por qué no juegas? ¿Por qué tanto silencio?

Es que el niño, después de alborotar, correr, descubrir cosas distintas, quiere dialogar en silencio consigo mismo. Y sólo uno, uno entre mil encontrará ayuda en el mayor. O en un amigo.

Por ejemplo, qué extraño es el sueño. Irene duerme y no sabe nada. O sueña con algo, porque suspira. Ella también en su escuela, tiene con seguridad niños a los cuales no quiere y tampoco lo quiere confesar.

La comparo conmigo; recuerdo el pasado, cuando era grande y veo que todos nos parecemos, que somos iguales. Es infantil el hombre maduro y es maduro un niño. Sólo que no nos hemos comprendido aún.

Y bien. He visto por segunda vez a Marujita.

Marujita vino otra vez a nuestra casa. Ni se quita el abrigo. Dicen que tienen que irse, que sólo han venido a despedirse. Como si fuera una princesa, saluda y se despide.

Estoy de pie junto a mi maceta; he plantado unas arvejillas y ya han brotado. Tienen cuatro hojas. Dos de un lado y dos del otro. ¡Es tan agradable plantar algo y ver cómo brota la planta! Hay que regarla y brota del agua, de la tierra y de la semilla. Es verde, es pequeñita. Antes no había nada y ahora existe.

Estoy ahí y tengo una tarjeta en la mano: un ángel parado, con alas, y dos niños al borde de un precipicio sin fondo. Se inclinan sobre el abismo y arrancan flores. Y el ángel cuida que no caigan en esa sima insondable.

Con Marujita ha venido esa tía desconocida. Es la primera vez en la vida que la veo. Es una parienta lejana Y pienso:

—Si Marujita empieza a hablar conmigo le daré la tarjeta como recuerdo. Si no, no.

La he comprado para ella, porque sabía que vendría y sólo temía estar entonces en la escuela.

Todos los días, venía corriendo. Mik me preguntaba:

—¿Por qué te apuras tanto?

Mamá se asombraba.

—¿Es que termina más temprano la escuela?

No respondía. ¿Qué les voy a decir?

Marujita tiene un gorrito blanco de felpa y un cuellito igual. Y el cabello ondulado.

Su madre habla con la mía; algo sobre unos conocidos de Vilna. Ella nada.

A esa tía de Vilna le besé la mano rápidamente y volví junto a la maceta.

Y ella se ha quedado apoyada en su madre.

Saco la tarjeta del libro. Esa tarjeta con el angelito

Y ella, Marujita, que está de pie, viene rápidamente a mi lado. Como si corriera, con apuro. Yo guardo rápidamente la tarjeta en el libro y creo que estoy colorado, porque me avergüenzo más aún.

Se acerca, se tapa la cara con el manguito de felpa y yo le sonrío. Ella también. Me doy vuelta, como si estuviera mirando a la maceta.

Viene corriendo Irene para enseñarle la muñeca. Y dice:

—Mira, tiene zapatitos.

Entonces yo me doy vuelta otra vez. Marujita toma la muñeca y pregunta:

—¿Cierra los ojos?

—No, las muñecas pequeñas no los cierran — digo yo.

Entonces Marujita se acerca del todo y dice que también las pequeñas pueden cerrar los ojos. Sólo las muy chiquitas no. Agrega luego:

—Ya me voy.

Me asusta pensar que se vaya en seguida, saco la tarjeta con el angelito, pues tengo miedo de no tener tiempo para entregársela. Se la muestro.

—¿Es bonita?

—Es bonita — responde ella bajito:

Entonces digo más bajo aún:

—¿La quieres?

No quiero que Irene la vea. Porque a los chiquitines les gusta entrometerse. Y puede decir algo en voz alta.

—Escribe que es en recuerdo — dice Marujita.

Lo dice como un ruego y mira si estoy conforme. Salió muy bien. Porque en seguida escribo rápidamente: "Un recuerdo de Varsovia". Y paso el secante.

—¡Cuidado, la vas a ensuciar! — exclama Marujita.

—Mira, no se ensució nada. — Le dije "mira". Quiere decir que la tuteé.

Pero la "V" se ensució un poco.

—No importa — dice ella.
Y luego:
—Escribes muy bien. Tienes muy linda letra.
Y otra vez:
—Escribe de quién y para quién.
—¿Para qué?
Marujita piensa, inclina la cabeza y dice:
—Es verdad.
Pero lo escribo:
—"Para Marujita de Vilna".
Y la envuelvo en un papel plateado de chocolate; todo eso lo tenía preparado ya. Pero veo que brilla demasiado, entonces arranco una hoja del cuaderno y la envuelvo otra vez.
—Arrancaste una hoja.
—No importa.
Y dice mamá:
—Quítense los abrigos.
Y la madre de ella:
—No, tenemos que irnos en seguida.
Marujita pone la tarjeta envuelta dentro del manguito y pregunta:
—¿Qué letra te gusta escribir más?
—La R mayúscula — contesto.
—Y yo la W mayúscula. Dame papel y te la escribo; pero con el lápiz. Veremos quién escribe mejor.
Y escribe. Yo también. Pero no me esmero. Para que no me salga más bonita. Y ella pregunta:
—¿Cuál es más linda?
Ríe, tiene los dientecitos parejos y blancos. Y dice:
—En la tarjeta escribiste mejor.
Yo me sonrojo y digo:
—Una vez sale bien y otra no.
Escribimos: Varsovia, Vilna; muchas palabras, luego cifras.

—Detesto escribir el ocho —dice—. Siempre sale todo torcido.
Y yo:
—Sí. El ocho raras veces sale bien. Y además te resulta difícil escribir con el abrigo puesto.
Entonces mira a su madre y dice:
—¿Me lo quito o no?
Pero tienen que irse ya.
Ella, Marujita, quiere romper la hoja de papel, pero yo no la dejo.
—Pero, ¿para qué la quieres?
—Es mejor dejarla.
—¿Para qué?
—Como recuerdo —respondo en voz baja.
—¡Oh, qué recuerdo es éste! Te mandaré una linda tarjeta de Vilna.
Pero deja la hoja.
Le enseño la maceta. Para que se la lleve. Pero, ¿cómo hará para llevarla en el viaje?
Marujita acaricia cada hoja con el dedo.
Y su madre dice:
—Bueno, vamos.
Y se levanta. Marujita se coloca rápidamente junto a ella.
Ya no hablamos más. Yo me quedo junto a la maceta. Y ellas charlan largo rato de pie. O quizás no tanto tiempo, pero yo no quiero que se vayan. Temo la despedida.
Y realmente:
—Bueno niños, despídanse.
Yo me vuelvo más aún.
—¿Y qué? ¿No se van a despedir? ¿O es que se pelearon ya? ¿No se van a besar para despedirse?
—Yo no beso a los muchachos — dice Marujita.
—¡Oh, tú, tú! —dice mi madre—. ¿Y no nos vas a cantar nada como despedida?

—Puedo cantar.

—La próxima vez. Ahora te resfriarías.

Marujita besa a mamá y a Irene; y a mi sólo me da la mano. Y tan orgullosamente. Ni sonríe. Con el guante puesto.

Se van.

—Eres un zafio —dice mamá—. Marujita es una muchacha que da gusto. Y tú no sabes ni cuánto son dos y dos.

Le estoy agradecido a Irene. La acerco a mí y le beso la cabeza.

—Te portaste muy bien, Irene — digo.

Y empiezo a hacer los deberes.

Me siento bien y tranquilo. Todo salió a pedir de boca con la tarjeta. Es bonita. Primero quise comprar una con flores, luego un paisaje: un bosque al lado de una casita y un caballo parado. Había otras dos, bonitas, pero con la inscripción: "feliz cumpleaños". Esa con el ángel seguramente era la más linda. Porque tiene montañas y un precipicio, y flores y el ángel guardián.

Qué feo nombre: ángel guardián. Debía llamarse "defensor", o qué sé yo.

Cuando tenga dinero me compraré una igual. Porque seguramente Marujita no va a mandar nada. Cuando esté de regreso en Vilna se olvidará. Transcribo un verso para mañana. Al lado está la muñeca de Irene. Todo empezó justamente por esa muñeca. Y por la maceta con las cuatro hojitas. Cuando más adelante crezcan hacia arriba, brotarán hojas nuevas y esas cuatro quedarán abajo. Y seguro que serán las primeras en caer. ¿Debo esperar hasta que se vuelvan amarillas y caigan solas, o arrancarlas ahora, mientras están verdes, y guardarlas como recuerdo? No lo sé todavía.

Transcribo el verso para mañana. Escribo prolijamente. Hay una W mayúscula en este trozo. Trato de

escribirla mejor que todo. Y ya no sé si es más hermosa la R o la W mayúscula ni cuál es más agradable de escribir.

Contemplo la hojita donde escribimos las letras.

Y bien, paciencia; la quiero y no la veré más. No me queda más que el papelito con letras y las cuatro hojas de arvejilla.

¿Me escribirá de verdad? ¿Soñaré con ella o veré a alguna que se le parezca en la calle? Lo mismo sucedió con Manchita.

No son agradables las muchachas. Orgullosas, peleadoras y les gusta presumir. Para ellas todos los muchachos son unos golfos. Se apartan de nosotros y cuando quieren algo es como si nos hicieran un favor. Y si alguna juega de buena gana con nosotros, es peor que nosotros: porque es traviesa y además tiene los defectos de una muchacha.

Y es claro. Son más delicadas. Porque el vestido, las cintas, el collar y los demás adornos que se cuelgan, les dan un lindo aspecto. Si se los pusiera un muchacho resultaría cómico. Porque también hay muchachos con pelo largo; como muñecas. ¿Es que no tienen vergüenza?

Pero ¿por qué tenemos que cederles en todo? A una muchacha no se le puede pegar ni empujar. En seguida dicen:

—Es una muchacha.

Eso crea en nosotros disgusto y desgano. Y hasta enemistad.

Si en la escuela estudian juntos varones y muchachas y un muchacho va con una queja a la maestra, dicen en seguida:

—Tú, un muchacho, y no puedes con una niña.

Entonces, la próxima vez me las arreglo solo. Y he ahí otro escándalo. Uno no sabe qué hacer en realidad. Si los mayores no nos recordaran siempre que éste es un

muchacho y ésta es una niña, lo hubiéramos seguramente olvidado. Pero, ¿acaso dejan olvidar?

Dicen que no hay diferencia, pero resulta al revés. Siento tener que pensar así, pero paciencia. No puedo mentir. Marujita no tiene la culpa. ¿O sólo es así en Varsovia?

Ella me escribió. Escribió de veras. Cumplió su palabra. Me ha enviado una tarjeta con la virgen. Y la dirección, la estampilla y todo. No tiene vergüenza de escribir a un muchacho. Es valiente.

No se avergüenza de cantar y ella fué la primera en decir que bailaría.

Me ha escrito dos veces. Guardo la tarjeta junto con la hoja y las hojitas. Una hojita se rompió.

Hicimos una excursión. No en ferrocarril, sino por el puente, al parque. Era muy bonito.

Queremos ir de a cuatro en medio de la calle. No en parejas, para que nos empujen todos. Pero la maestra no lo permite. Y con razón, porque no guardan las filas y resulta un escándalo. Uno patea, otro se arrastra; uno a derecha, otro a izquierda. Ni en parejas saben ir, guardando la distancia y con el mismo pie.

Es muy agradable. Dos carros y un automóvil se detienen cuando cruzamos la calle. Es agradable sentir que significamos algo y que por nosotros tienen que detenerse.

Voy en pareja con Mik. Es muy importante elegir una buena pareja y saber quién va adelante y quien va detrás.

Lo más lindo es el puente, porque el río está helado.

—Hay quien se baña en las aguas heladas.

—¿Tú no tendrías miedo?

—¿De qué?

—Y..., el frío...

—¿Y qué, si hace frío?

Es agradable comprobar o demostrar que no tengo miedo.

—Del agua se puede hacer hielo o vapor.

—Es extraño.

—¿Y no es extraño que la mosca pueda caminar en la pared y el pez respire en el agua?

—¿O la rana que —¡pum!— sale del renacuajo?

Nos quedamos pensativos. ¿Quién pudo hacer todo eso? Si no hay un Dios, ¿quién entonces?

Y charlo con Mik, como si tuviéramos un bote —llevamos pan, queso, manzanas— y estuviésemos en viaje para Danzig. Vamos por los afluentes del Vístula, a través de valles, cerros y ciudades históricas.

Hablamos en broma, pero es como una especie de examen.

Es buena la escuela, le permite a uno pensar mucho y en muchas cosas. Aprendo una cosa en geografía, otras en botánica e historia, y ni siquiera sospechas cuánto te ayuda todo eso en el pensar.

—¿A Danzig o a Cracovia?

—¡Eh! con el bote es difícil.

—Bueno, en uno a motor.

Cada escuela podría tener una chalana. La tendríamos en el puerto y nosotros haríamos la guardia. Todos los días cuatro por turno: de día y de noche. En cuanto se deshiela el río, se despliegan las velas y camino adelante.

Una semana una clase y otra semana, otra. Y por turno en el camarote, en las velas, en el timón.

Porque ya ni sabemos si debe ser un bote a vela, a motor, un vapor o una chata.

El sol hace brillar bellamente la nieve. En el parque todo está blanquísimo.

Jugamos una carrera. Algunos quieren quitarse los

abrigos. La maestra no lo permite. Es que corriendo hace calor. Y en los patios jugamos sin abrigo.

No insistimos mucho porque no queremos que la maestra se enfade. Lo peor es el enojo cuando uno quiere pasarlo bien.

La maestra reta a uno, pero todos se disgustan. Entre los mayores rara vez hay un escándalo durante una diversión. Y entre nosotros casi siempre. Siempre se encuentra uno así.

Hoy es Malicki. La maestra le mandó formar en pareja con Rudski. No quiso, porque no se quieren. Y el otro lo empujaba durante todo el camino. La maestra se enfadó, porque vamos como una banda y dice que no saldrá más con nosotros; que la gente se fija y es una vergüenza. Malicki se mete a propósito entre los carros y la maestra tiene miedo de que lo atropellen.

Es que todos los días va y viene solo de la escuela y nadie lo cuida. Que vaya solo ahora también. Sí, ya sé que no se puede, porque permitiéndoselo a uno, todos se van a dispersar.

Tampoco hicieron caso en el parque. Hubo que llamarlos para volver a casa. Ya que hicimos un camino tan largo, queremos quedarnos un rato más. Es tan agradable, que uno no tiene ganas de volver. Y así, algunos deciden esperar y esperan, pero viendo que faltan parejas se aburren y van a buscarlas. Y viendo que otros se divierten y a ellos se les hielan los pies, se impacientan:

—Vamos ya.

Sienten haber hecho caso y haber formado filas. Los otros corren y ellos tienen que contentarse con ver cómo se enfada la maestra.

Se quedan un rato y vuelven a escapar. Entonces los demás, viendo que son pocos los que esperan, no se apuran. Cada cual quiere ser el último para no esperar.

Yo no me enfadaría. Si la maestra hubiese dado or-

den de partir, aunque fuera con tres parejas, los demás tendrían que alcanzarlos y se reunirían poco a poco. Tal vez alguno diría:

—Que se vayan. Yo conozco el camino a casa.

Pero tendría miedo de quedarse solo, por el castigo, y los alcanzaría también. Y si no, sería ése sólo. No hay que enfadarse en seguida con todos.

Si los mayores nos preguntaran les daríamos más de un buen consejo. Porque nosotros sabemos mejor lo que nos pasa, tenemos más tiempo para pensar y mirar por nosotros, nos conocemos mejor y estamos juntos. Un niño puede no saber mucho, pero entre un grupo siempre se encontrará uno que entienda mejor.

Nosotros somos los conocedores de nuestra vida y de nuestros problemas. Sólo que callamos, porque no sabemos lo que se puede decir y lo que no se puede. Tememos no sólo a los mayores, sino más aún a los compañeros que no desean entendimiento y no quieren orden; prefieren pescar, en las aguas turbias de la discordia y el descontento, los peces de su propio provecho. Si yo fuera grande, diría:

—Es la anarquía y la demagogia.

Porque ¿dónde hay solidaridad? Cada uno tiene alguien a quien quiere mucho, algunos que le agradan, otros que no le agradan o le son indiferentes y algunos enemigos.

Puede haber alguno excepcional, a quien todos quieren o que quiere a todos. Pero, en general, lo que sienten más es el miedo. El fuerte puede mandar y hacer lo que quiere. Si no él, el que se siente herido o respaldado por la maestra o el maestro.

En el camino, de vuelta del paseo, le cuento a Mik lo de Marujita de Vilna.

—Sabes, Mik, recibí una tarjeta de Vilna. Con flores. Nomeolvides. Una hermosa tarjeta.

Y luego:

—Es de una muchacha.
Le digo cómo se llama, y en qué año está.
—Pero recuerda, es un secreto.
Le digo que bailé con ella en el cumpleaños y que canta muy bien; que tiene el cabello oscuro.
—Ves, Mik, y tú te enojaste aquella vez, cuando le conté a Bacewicz lo de Manchita antes que a ti. Tuve que hacerlo porque no quiso prestarme el dinero. Y entonces no te conocía bien aún.
Nos tomamos de las manos y vamos caminando así. Me cuenta que a él también le gusta una muchacha.
—Porque siempre está triste.
—Mi Marujita debe ser muy alegre.
En el puente callamos. Después pregunté:
—¿No estás enfadado por lo que dije de tu padre?
Creo que él no ha oído, porque en ese momento pasa un camión. Un camión del ejército, pesado. Las cadenas rechinan. Van allí tres soldados y el chófer de civil. No sé por qué. Un soldado tiene un perro. El perro apoya las patas en la baranda. Y la cabeza le salta. ¡Tiene un aspecto tan asustado!
Pero Mik me ha oído.
—No me enojé —dice—, pero no vuelvas a hablar así. Es molesto. Me parece que mi padre puede ser como sea. Y todos saben cómo es. Pero es desagradable que alguien lo diga.
—Yo no quise molestarte. Se me escapó.
—Ya sé — dice Mik.
Y ahora somos amigos. Le voy a traer la tarjeta, para enseñársela.
Me he disculpado por aquello y le he dicho un secreto para que no piense que sólo quiero saber las cosas de él. Y seguramente lo invitaré a mi casa.
Qué cómico resulta cuando los mayores nos mandan a pedir perdón. Apenas has hecho algo, cuando te dicen:

—Anda, pide perdón.
No tengan miedo. Si sé que no tengo razón, pediré perdón, pero luego. Ya elegiré yo el instante cuando se pueda hacerlo. De otro modo sólo resulta mentira y falsedad.
Pero Marujita escribió en broma.
"Querido primo: Estoy en Vilna y no voy a la escuela. Viajé toda la noche, me resfrié y tuve fiebre. Te beso 1.000.000.000 de veces. La que te quiere, María".
Tengo vergüenza de enseñarle esta tarjeta a Mik.
La maestra nos mandó describir el paseo por el parque (la descripción tiene que dividirse en cuatro partes: el camino al parque, la estada allí, y la vuelta y la terminación).
La maestra me elogió porque la hice bien. Escribí:
"El tiempo era muy hermoso y la maestra llevó a nuestra clase de paseo. Fuimos por distintas calles. A ambos lados se elevaban altos edificios y en el centro estaba el movimiento callejero. En las vías iban los tranvías y fuera de las vías los taxis, los coches, los carros y otros parecidos a éstos. Los transeúntes pasan y en las esquinas están los policías.
En el parque jugamos a diferentes juegos. El parque estaba cubierto de nieve. Los árboles están desnudos porque no tienen hojas.
Sus copas se elevan muy alto. El parque no posee recuerdos históricos; sólo en verano crece hierba. Los arbolitos están cubiertos de jugosas hojas.
En el camino de vuelta pasamos por el puente de hierro. Miramos el hielo. Y durante todo el camino fuimos en parejas.
La excursión al parque fué muy agradable porque el sol brillaba durante todo el tiempo y en el parque jugamos a diversos juegos".
Las composiciones resultan desagradables, pues nun-

—Es de una muchacha.

Le digo cómo se llama, y en qué año está.

—Pero recuerda, es un secreto.

Le digo que bailé con ella en el cumpleaños y que canta muy bien; que tiene el cabello oscuro.

—Ves, Mik, y tú te enojaste aquella vez, cuando le conté a Bacewicz lo de Manchita antes que a ti. Tuve que hacerlo porque no quiso prestarme el dinero. Y entonces no te conocía bien aún.

Nos tomamos de las manos y vamos caminando así. Me cuenta que a él también le gusta una muchacha.

—Porque siempre está triste.

—Mi Marujita debe ser muy alegre.

En el puente callamos. Después pregunté:

—¿No estás enfadado por lo que dije de tu padre?

Creo que él no ha oído, porque en ese momento pasa un camión. Un camión del ejército, pesado. Las cadenas rechinan. Van allí tres soldados y el chófer de civil. No sé por qué. Un soldado tiene un perro. El perro apoya las patas en la baranda. Y la cabeza le salta. ¡Tiene un aspecto tan asustado!

Pero Mik me ha oído.

—No me enojé —dice—, pero no vuelvas a hablar así. Es molesto. Me parece que mi padre puede ser como sea. Y todos saben cómo es. Pero es desagradable que alguien lo diga.

—Yo no quise molestarte. Se me escapó.

—Ya sé — dice Mik.

Y ahora somos amigos. Le voy a traer la tarjeta, para enseñársela.

Me he disculpado por aquello y le he dicho un secreto para que no piense que sólo quiero saber las cosas de él. Y seguramente lo invitaré a mi casa.

Qué cómico resulta cuando los mayores nos mandan a pedir perdón. Apenas has hecho algo, cuando te dicen:

—Anda, pide perdón.

No tengan miedo. Si sé que no tengo razón, pediré perdón, pero luego. Ya elegiré yo el instante cuando se pueda hacerlo. De otro modo sólo resulta mentira y falsedad.

Pero Marujita escribió en broma.

"Querido primo: Estoy en Vilna y no voy a la escuela. Viajé toda la noche, me resfrié y tuve fiebre. Te beso 1.000.000.000 de veces. La que te quiere, María".

Tengo vergüenza de enseñarle esta tarjeta a Mik.

La maestra nos mandó describir el paseo por el parque (la descripción tiene que dividirse en cuatro partes: el camino al parque, la estada allí, y la vuelta y la terminación).

La maestra me elogió porque la hice bien. Escribí:

"El tiempo era muy hermoso y la maestra llevó a nuestra clase de paseo. Fuimos por distintas calles. A ambos lados se elevaban altos edificios y en el centro estaba el movimiento callejero. En las vías iban los tranvías y fuera de las vías los taxis, los coches, los carros y otros parecidos a éstos. Los transeúntes pasan y en las esquinas están los policías.

En el parque jugamos a diferentes juegos. El parque estaba cubierto de nieve. Los árboles están desnudos porque no tienen hojas.

Sus copas se elevan muy alto. El parque no posee recuerdos históricos; sólo en verano crece hierba. Los arbolitos están cubiertos de jugosas hojas.

En el camino de vuelta pasamos por el puente de hierro. Miramos el hielo. Y durante todo el camino fuimos en parejas.

La excursión al parque fué muy agradable porque el sol brillaba durante todo el tiempo y en el parque jugamos a diversos juegos".

Las composiciones resultan desagradables, pues nun-

ca se escribe la verdad; pero nos lo mandaron en la escuela.

Marujita se resfrió y estuvo enferma. Pudo haber estado muy enferma y yo no sabía nada. Y pudo haberse muerto, porque los niños también mueren. Es como si me pusiera alegre al recibir la tarjeta, pero en realidad estoy inquieto.

¿Para qué vino ella aquí?

Antes sólo sabía que tengo una tía en Vilna; es posible que oyera decir que tiene niños y puede ser que hubieran dicho también que era una muchacha, Marujita. Y de pronto la vi.

¿Para qué? ¿Qué me importa ella, en realidad? Sólo es una parienta lejana, una prima.

Si no hubiera sido por el tío, no habría hablado con ella.

¿Y si hubiera venido a despedirse mientras estaba en la escuela? ¿No la habría visto más?

¿Debería romper la tarjeta y terminar?

¿Para qué sufrir? ¿Para qué pensar? ¿Para qué preocuparme si está bien o si algo malo le pasó?

De todas maneras no le voy a contestar, porque no tengo dinero. Y precisamente me lo dan.

—Toma, granuja —dice papá— y me da un billete. Cómprate lo que te haga falta o vete al cine.

—¡Oh! no le des dinero al muchacho, que se echará a perder — dice mamá.

Yo lo tomo tontamente, torpemente. ¡Sucedió en forma tan inesperada!

Papá estaba contando dinero; contó algo así como treinta y uno o cuarenta y uno; le sobraba un billete para una cifra redonda. Yo estaba justamente a su lado y me lo dió. ¡Algo inesperado!

Cuando ya lo tengo, siento pena por papá. Porque no le sobra nada y los niños cuestan mucho. En vez de

comprar para él, tiene que comprar para nosotros, que abrigo, que zapatos, que alimentos, y la escuela y todo. Y no cosecha más que disgustos y dolores de cabeza cuando me porto mal.

Cuando quise ser niño me olvidé por completo que no podía ganar para mí mismo, que sería una carga.

No, los niños no son parásitos. La escuela es trabajo. Es verdad que tenemos más vacaciones, pero el maestro también descansa. Nosotros trabajamos más que el maestro. Porque para nosotros todo es difícil y nuevo. Y se dice que los niños no hacen nada y comen el pan sin esfuerzo.

Cuando quise ser niño me olvidé por completo lo difícil que resulta el no tener dinero propio, lo que significa la esclavitud.

Por ejemplo, tengo una regla que no sirve, alguien me la estropeó. La dejé intacta; vuelvo del recreo y no está. La busco, hasta que la encuentro en otro banco. Pero, para qué, si las aristas están deshechas. Ya no se puede dibujar con esa regla. El lápiz tropieza. Las hay con aristas de hierro, pero son muy caras. Y las nuestras como a propósito, son de madera blanda. Uno se olvida, pega contra el banco y en seguida se echa a perder.

¡De tantas pérdidas que tenemos no decimos nada! Pues vas a quejarte y la maestra dice:

—¡Cuídalo!

Es que durante el recreo no se puede permanecer en clase. ¿Y acaso se puede estar siempre en acecho?

Ahora tengo un peso.

Dios lo quiso así, seguramente.

Compraré una tarjeta para Marujita. Le devolveré las monedas a Bacewicz. Y terminaré lo de Manchita. Compraré una regla, para tener una de reserva. ¿O quizás unos cordones para zapatos? Por si se me rompen no tener que oír los reproches de mamá. Tal vez Mik nece-

site algo y pueda hacerle un préstamo. También sería bueno ir al cine, pero ¿cómo? ¿Iré solo y se lo ocultaré a Mik? Si le digo que fuí se apenará. Un peso parece mucho, pero empiezas a sacar cuentas y ves que no alcanza para nada.

Los mayores piensan que el niño es perdulario. Sí, los hay entre nosotros y entre los mayores. ¿Por qué gasta el padre de Mik en bebida? Algunos son así y otros asado. Le robará a su padre para invitar. Dirá que necesita para un cuaderno y comprará chocolate. Pedirá prestado y no devolverá, porque tiene el bolsillo roto o porque se le cae al sacar el pañuelo. Otro gastará sólo lo necesario. Juntará durante mucho tiempo centavo a centavo para hacerle un regalo a su padre o para algo que cueste más.

Voy con Mik a buscar una linda postal. Ya tiene un angelito; ella me mandó nomeolvides. Hay una con un muchacho y una niña, pero me da vergüenza porque significa ella y yo.

Si entrara en la tienda sería más fácil. Pero es desagradable. Mirar, no llevarse nada, cuidar que no se arruguen ni se manchen. Están apurados y no dejan elegir. Dirán:

—Bueno, rápido.

Y se ve que desean que nos vayamos.

Los niños no tienen más que centavos y la ganancia es pequeña. Los mayores tampoco compran mucho en seguida. A ellos les permiten mirar todos los álbumes, porque si hoy compran sólo una tarjeta, puede que mañana compren más. En cambio nosotros, ¿qué? Centavos y nada más que centavos.

En seguida le devuelvo a Bacewicz los diez centavos. Mientras no tuve dinero ni me atreví a preguntarle.

—Toma los diez centavos que me prestaste para la leche.

—Pero si te dije que te los regalaba.

—No quiero. ¿Cómo está Manchita?

—¿Y cómo va a estar?

No me contesta. Quizás no le dieron permiso sus padres o tal vez lo echó.

—¿Está contigo?

—¿Y dónde va a estar, si tú lo tiraste?

—Yo no lo tiré, sino que te lo di a ti.

—¿Y si yo no lo hubiera llevado?

—Otro lo habría hecho.

—¿Y tú crees que a todos les permiten llevar perros a casa?

Me enoja la importancia que se da.

—¿Por qué no lo van a permitir? — digo.

—Los tuyos no te lo permitieron.

—Porque no lo pedí.

Estoy furioso: a él le resultó tan fácil y yo sigo envuelto en esta vida solitaria. El perro es el amigo del hombre.

Sé que la envidia es un mal sentimiento. Pero ¿es que se puede dejar de envidiar cuando a alguien le resulta todo bien y ni siquiera sabe apreciarlo?

Estoy curioso por saber si Manchita me reconocería. Así que me guardo el rencor y digo:

—¿Podré verlo alguna vez?

—Y... cuando vengas te lo voy a mostrar.

—¿Y llevármelo a casa aunque no sea más que por un día?

—Oh, lo quieres todo... Si es mío, es mío. Además, ¿tú crees que va a querer ir contigo?

—¿Cómo lo sabes? ¿Tal vez sí?

—Ya se acostumbró conmigo.

—Entonces quédate con él.

—Claro que me quedaré.

Me voy. ¿Para qué voy a hablar con él? Igual no comprende.

La gente habla entre sí, pero cada uno siente de un modo diferente. Por eso no pueden entenderse.

Ya sólo me queda Mik. Siempre estaré junto con él. Nos encontramos por la mañana y vamos juntos a la escuela. Durante el recreo estamos juntos.

Y volvemos juntos. Sólo me queda él.

¿O es un pecado pensar así?

Porque tengo a mi padre, a mamá, a Irene.

Olvidé una cosa; que en la visita de despedida estuvimos soplando una ruedita sobre la mesa. Había la ruedita de un reloj, o no sé qué. Y dijo Marujita:

—¿A ver quién sopla más fuerte?

Ella soplaba para un lado y yo para el otro. A Irene también la dejamos soplar un par de veces.

DIAS GRISES

Ya era la segunda vez que a un muchacho se le desaparecía la gorra. Fué un escándalo.

Donde más a menudo sucede es en el grupo del segundo año. Desaparecen libros y cuadernos. Van a investigar. Los maestros dicen que es una vergüenza para toda la escuela.

Cada uno denuncia lo que perdió y los maestros lo anotan. A mí no me robaron nada. Tenía un pedazo de goma de borrar, un pedacito. Me alcanzaría para una semana, tal vez. Pero no sé si se me perdió en la escuela, en la calle o en casa. De creerles, tal era la enumeración de lo perdido, había que pensar que en la escuela fueran todos ladrones. Todo lo que se perdió alguna vez, se regaló u olvidó, pasó a la lista. Todo lo dictaban; tanto que la maestra no pudo terminar. Seguramente mintió más de uno. Pues, como decía Bacewicz:

—¿Por qué no dijiste que desapareció? Tal vez nos lo restituya la escuela.

Es un robo mayor aún decir que nos devuelvan algo que no se perdió. El muy sinvergüenza. Es cierto que hay algunos que pierden muchas cosas, pero es que tampoco tienen cabeza. Tiran las cosas en cualquier parte y luego se olvidan. Prestan y no lo recuerdan. Y por culpa de ellos dicen que los niños son inconscientes. Lo peor es que quieren que todos sean iguales. El que no quiere prestarle algo a cualquiera se ve en seguida tachado de avaro, egoísta y tacaño.

A veces da rabia, porque apenas ven algo dicen en seguida: ¡Dame! Y aun amenazan:

—Acuérdate, te arrepentirás. Espera, ya te lo voy a recordar. Ya me pedirás a mí algo, alguna vez.

Nosotros tenemos que pedir prestado más a menudo que los mayores. Porque nos exigen tener las cosas y si en casa no nos dan ¿qué hacer?

Muchas veces la culpa es de los padres, y el que sufre es el niño. Y lo peor es cuando no nos creen. Entre los mayores, cuando alguien es honrado, todos le tienen confianza; en cambio, del más honrado de nosotros sospechan siempre.

—Necesito para un cartón.

—¿Otra vez cartón? ¿No hace poco que compraste uno?

Tales preguntas duelen. ¿Acaso me como el cartón? El adulto tiene su dinero propio y compra lo que le hace falta. A un niño se le da como una caridad. Tiene que esperar a que los padres estén de buen humor: si no, le dirán algo desagradable.

Un niño debe tener su mensualidad, para saber lo que posee. Y para que aprenda a gastar de modo que le alcance. En cambio, así, el niño, o no tiene nada, o mucho de golpe. Eso lleva al despilfarro y a la mendicidad. Uno busca congraciarse para conseguir algo.

Perdemos y olvidamos muchas cosas, es verdad. Pero ellos tienen grandes bolsillos y cajones a los que nadie se acerca. Ellos caminan despacio, se mueven lentamente. Y a pesar de eso, ellos también pierden y olvidan.

Cuando te esmeras, sabes, recuerdas, nadie lo menciona; no ven nuestra aplicación, no comprenden el esfuerzo. Pero si una sola cosa sale mal, en seguida hay un escándalo.

En los teatros hay porteros que entregan la ropa por números. ¿Cómo puede, pues, perderse nada? En la escuela, cada uno la pone y saca solo. Y todavía con apuro.

Y bien; trescientos alumnos la colocarán en orden y algunos la tirarán como sea. Pero no se habla de los trescientos ordenados, sino que se acusa a los niños. Y parece que donde haya un niño, ahí siempre todo está mal, como si de ser adultos fuera distinto.

Por un elogio hay mil reprimendas; por un error, cien insultos y amenazas. Por más que uno se esmere y cuide.

Y cuando ves que te insultan, rebajan, sospechan de ti y te castigan, entonces, o se te va el deseo de esmerarte, ya que de todos modos no puedes conformarlos, y hasta lo haces a propósito.

—Que griten no más, ¿qué pueden hacerme?

Y sólo tratas de evitarlos, de estar lo más lejos, lo menos posible con ellos. Solamente cuando es inevitable. Porque son necesarios cuando algo duele mucho.

Porque si es sólo por un poco —algo que se metió en el ojo, por ejemplo— es mejor pedirle ayuda a un amigo. Porque ellos en seguida reprochan:

—¿Por qué hiciste eso, por qué lo otro?

Como si lo supiera yo mismo.

O cuando tenemos que quejarnos de alguien: son pocos entre nosotros los que van con el cuento; sólo lo hacemos en último extremo. Y siempre con miedo de que nos rechacen con alguna mala palabra.

Porque pienso solamente esto: vuestros delincuentes están en las cárceles, y los nuestros andan sueltos entre nosotros.

Así vivimos cerca unos de otros, pero no juntos.

Y si se os acerca un niño, porque os quiere, se sospecha en seguida que es por adulación o interés.

Y no sabemos qué es lo que podemos hacer y qué es lo que nos corresponde; no conocemos nuestros derechos ni obligaciones. Aquí y allá, amargura.

Quise volver a ser niño, librarme de las tristes obli-

gaciones y preocupaciones de los adultos, y ahora tengo las infantiles, que duelen mucho más.

No os engañe nuestra risa.

Asomaos a nuestros pensamientos, cuando tranquilamente vamos y volvemos de la escuela, cuando tranquilamente asistimos a las clases, cuando conversamos a media voz o murmurando, cuando estamos acostados por la noche.

Tenemos otras preocupaciones, pero no menores; más sentidas; y una más grande y mayor añoranza.

Ustedes ya están hechos al sufrimiento y la resignación: nosotros nos rebelamos todavía.

Cuando yo era adulto, solamente me cuidaba de los ladrones; ahora me duele que roben.

—¿Por qué se quitan uno al otro las cosas; cómo pueden hacerse eso? ¡Qué tristeza que todo no pueda ir bien!

—Bueno, paciencia — decía yo cuando era grande. Pero ahora no quiero, no quiero que sea así.

Y no confío en que la escuela encuentre solución.

Porque los adultos parecería que nos corrigen: corrigen y no resulta nada: lo agravan todo más aún.

La gorra no apareció. Todos tienen que pagar.

Así que hay que contarlo todo en casa. Y en casa en seguida se la tomarán con la escuela:

—Escuela de ladrones.

O, si no:

—¿Qué hacen los maestros, por qué no cuidan?

Otra injusticia, pues ¿qué culpa tiene la escuela?

Los maestros no pueden cuidarlo todo. Y lo más triste es que uno solo puede causarles a todos tantos disgustos y sinsabores.

Mik me está esperando, pues no puedo encontrar mi abrigo. Buscamos.

Y el portero en seguida:

—¿Qué están revolviendo ahí?

—No revolvemos, sino que no puedo dar con mi abrigo — contesto.

—Lo que no dejaste ahí, no lo tienes — dice el portero.

—Pues es que yo no vine sin abrigo.

—Cualquiera lo sabe.

Y luego:

—¿Y lo encontraste? ¿Ves? Está donde lo habías puesto.

—Usted no vió nada y no sabe — le respondo.

—No te avives, que vas a cobrar.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que dejen no sólo de pegar a los niños, sino de amenazarles con una paliza? Porque ahora parecería que algunos dejan de pegarnos sólo como por generosidad.

Por el camino Miguel volvió a hablarme del padre.

—Tú piensas, a lo mejor, que mi padre es un borracho que arma escándalos. En nuestra casa hay un vecino que vive así. ¡Arma cada una! Una vez hasta vino la policía. Apenas vuelve a casa, pega a la mujer y a los hijos. Se oye un golpe y luego un chillido. Luego agarra y arroja al suelo lo que tiene a mano. Y recién comienza: "Todo esto es mío, yo lo gané con el sudor de mi frente; si quiero, lo voy a romper, deshacer, quemar". Y los chicos: "Papito, papito". Si mi padre fuera así, no sé qué haría.

Pues su padre sólo tiene una cabeza floja: bebe unas copas de más, y ya está listo.

—¿Y por qué bebe?

—No sé; se acostumbró seguramente. Lo que es yo, no voy a beber, ni fumar. ¿A qué tragar veneno? Hasta en la boca te arde: te quemará la sangre y el estómago. Yo había comenzado a fumar. Pero un muchacho me hizo llenar la boca de humo, y soplarlo en un pañuelo. Y se hizo una mancha amarilla, pestilente. Si yo fuera rey o

tuviera algún poder, cerraría todas las tabernas; todos esos fonduchos por ahí. Si no los hubiera, tendrían que dejar el vino.

Caminamos un trecho en silencio.

—En la sangre hay como unas bolitas, en las que entra el aire. ¡De qué modo raro está hecho el hombre! No hay ni una máquina parecida. Pues, ahí tienes. Un reloj, si no le das cuerda, se parará. Y un hombre, diez cien años sin darle cuerda. En el diario, hasta hablaban de uno de ciento cuarenta años.

Y comenzamos a hablar de los viejecitos conocidos. Y luego de los veteranos que recuerdan la guerra de la independencia.

—Y tú, ¿quisieras ser un veterano?

—No —me contestó rápidamente—. Quisiera tener quince o veinte años.

—Entonces quizás tus padres ya estarían muertos —le digo.

Pensó un rato, y luego dijo tristemente:

—Y bueno, que sea como es.

Nos despedimos con un apretón de manos y nos miramos. Las muchachas se besan siempre, aunque no se quieran. Nosotros, los muchachos, somos más sinceros. Puede ser que entre ellas sólo se trate de costumbre.

—¿Y qué más?

Y nada más. Distintas clases.

En la gimnasia, el profesor nos enseñó un juego nuevo. Hay dos partidos. Se hace una raya, el límite. Unos de un lado y los otros del otro. Hay que tratar de arrastrar a uno para el lado contrario, y tomarlo prisionero. Ganará el partido que tenga más prisioneros. Al principio estorbaban, porque se entregaban a propósito, cuando alguno prefería estar con los contrarios. O lo vencen, y se escapa y grita que tiene derecho de hacerlo. Pero luego salió bien. Y nos divertimos.

Pedimos que nos dejará así, hasta el final de la clase, pero el maestro no quiso. ¡Qué sé yo por qué!

A mi entender, habría que elegir unos cuantos juegos que gusten y seguir con ellos. Si hace tantos años que se juega a la rayuela, a la mancha. Y ahora también el fútbol. ¿Por qué nos vamos a aburrir? Y no así, en cada clase algo nuevo.

Da rabia, porque uno no puede aprender bien ninguno. Uno sabe las reglas, pero se necesitan muchas semanas para conocerlo a fondo; todas las dificultades, todos los métodos: los honrados y los engañosos.

A los adultos les parece que los niños gustan siempre de algo nuevo. Lo mismo con los cuentos.

Claro, hay algunos que empezarán a quejarse:

—Ese ya lo conocemos, ya sabemos.

Y si se comienza a preguntar, siempre habrá alguno disconforme, que lo conoce, que prefiere otro.

Pero un lindo cuento, una bonita historia, podemos escucharla muchas veces. Pasa como en los adultos, que van dos veces a ver lo mismo en el teatro; y más todavía, porque los niños lo hacen, no para vanagloriarse, sino para conocer mejor.

La escuela quizá vaya demasiado a prisa, como si alguien corriera una carrera.

Estaba lindo el juego.

A la clase de aritmética vino el señor inspector.

Nos dicen que debemos esmerarnos siempre, aunque no nos miren. Que debemos portarnos bien, aun sin vigilancia. Pero ellos mismos no hacen siempre así. Cuando viene el inspector, todos se esmeran más. Hasta el director; toda la escuela parece distinta.

Y uno no sabe a qué temen tanto, porque el inspector es bueno, muy agradable; completamente igual a un hombre común.

Nos mandó calcular el volumen de una casa.

Y Drosovski, del susto, no oyó bien lo que dijo.

¿Masa?

Pensamos que se enojaría, y que luego la maestra nos retaría también. Pero él sólo rió:

—Sólo piensas en la comida; has de ser seguramente muy goloso.

Todos empezaban a reírse, pero contestaban bien.

La maestra también nos dijo que estuvimos bien.

Y fué una hora agradable.

Era el cumpleaños de la maestra. Hacía un frío terrible, y nosotros habíamos convenido en adornar la clase con ramas de pino.

Pero no las teníamos. Quisimos también regalarle a la señorita una tarjeta de felicitación firmada; pero empezaron a discutir y no resultó nada. Porque debía ser colectiva; uno de nosotros la escribiría, y los demás firmarían abajo. Decidieron que cada uno debía dar cinco centavos. Pero, ¿quién la compraría?

¿Y qué le escribiremos? Y nada.

Unos cuantos dibujaron unos cuadritos, y los pusimos en la mesa. Y en el pizarrón: "La felicitamos".

Quisieron poner además:

"Le deseamos suerte. Salud".

Hasta: "un lindo marido".

Se les ocurría cada tontería; así que no lo permitimos. Y había que apurarse para terminar durante el recreo.

La señorita miró, y sólo se sonrió. Pero seguro que lo había presentido, porque no tuvimos clase; sólo lectura. La maestra trajo un librito: "Nuestro pequeño", y leyó durante toda la hora.

Muy bonito; triste.

Lo único desagradable era cuando interrumpía la lectura y agregaba por su cuenta explicaciones.

Porque es de suponer que cada uno entiende si escucha, y si no entiende, ya se dará cuenta más tarde, por sí mismo. Habrá alguno que gusta de hacer preguntas, pero los demás se enojan, porque estorba. Raras veces preguntan para averiguar algo realmente: más a menudo lo hacen para hacer ver que no comprenden y son así de honrados. Si algo no es interesante, entonces que expliquen e interrumpan; el tiempo pasa rápido; pero si es lindo, tenemos miedo de que la señorita no tenga tiempo de terminar.

Y cuando dejas de comprender algo, resulta hasta más misterioso.

La maestra tuvo tiempo para leernos todo el cuento; y justo antes de que tocaran la campana, nos agradeció la felicitación.

Sé por qué lo hizo. Tenía miedo de que si lo hacía al principio, comenzáramos a los gritos y ya no se podría leer. Los maestros temen a toda fiesta en clase, toda alegría, todo estallido de contento. Es triste, pero debe ser así, seguramente. Y bueno; jugamos a esto y a aquello, y ésta fué la alegría de la semana. Pero tristezas, pequeñas y más grandes, hubo muchas. Algunas de uno, otras por solidaridad.

Porque nosotros los niños sufrimos mucho y nos apenamos cuando a alguien le va mal.

El maestro le rompió un cuaderno casi nuevo a Hess. Los deberes estaban desprolijos; ni siquiera desprolijos, pero tuvo que apurarse porque tiene a la madre enferma y mucho trabajo en casa. No quiso dejar de hacer los deberes del todo; tenía miedo de que el maestro se enojara. Y todo salió peor. Estaba enojado, justamente. y dijo:

—Un alumno que no tiene vergüenza de enseñarle al maestro semejantes garabatos...

Y le rompió un cuaderno casi nuevo.

Yo no lo quiero mucho a Hess. Está sentado muy lejos y lo veo muy poco y casi no hablo con él. Es salvaje en los juegos y en las bromas, y debe ser muy pobre.

Pero me asombró, porque era la primera vez que lloraba. Las lágrimas se le caían de veras. Luego se quedó sentado apesadumbrado.

Lo miré una y otra vez y me acerqué durante el recreo.

Cuando yo era maestro, me asombraba que al castigar a alguien, justa o injustamente, en seguida se juntaba un corrillo y le hablaban y le consolaban. Hasta el peor, encontraba entre los mejores un aliado contra mí. Les decía:

—No jueguen con él, no le den la mano.

Y ellos, al contrario.

Recién ahora lo comprendo.

El maestro siempre acusa; tiene, pues, que haber alguien que defienda. Pues uno sabe que, aunque no dijo nada, podría haber dicho algo en su defensa. Entre los adultos, hasta el mayor criminal tiene su defensor.

Hizo los deberes descuidadamente en el cuaderno nuevo. Es extraño. Hasta el perezoso y descuidado más grande siempre se esmera al principio.

¿Y qué hay?

Tiene a la madre enferma. Si siempre escribía mal, con más razón ahora. Hay también algunos que por más que quieran, no saben hacerlo bien.

Para peor, el papel de un cuaderno barato es malo, o la pluma vieja, la tinta aguada, el secante gastado.

Yo tenía justamente un cuaderno nuevo, y se lo di. Se alegró muchísimo y dijo que no hubiera podido pedirle dinero al padre ahora, porque pasan mucha miseria, por la enfermedad esa.

Es verdad que él se había metido varias veces conmigo, pero sé que no lo hará más.

Podemos vivir alejados, pero hay que ayudarle a uno cuando está preocupado.

El segundo disgusto por solidaridad fué el siguiente: La nueva higienista encontró un piojo en la camisa de Kruk. ¡Cómo empezó a burlarse de él y de todos! Que los muchachos no se lavan, que tienen unas zarpas largas, que no se limpian los zapatos. (Así que los niños tienen zarpas y los adultos uñas.)

¿Por qué no dice que uno de nosotros tiene un piojo? ¿A qué se mete con toda la clase?

¿Y por qué avergonzarlo para que llore luego? Puede sucederle a cualquiera. Y tampoco se sabe de quién vino. No siempre andamos con limpios solamente. Estamos sentados juntos y los abrigos están colgados uno encima de otro. En la casa hay inquilinos y puede que sean sucios. Y los chicos siempre andan por el patio.

Pero en seguida comienzan las burlas.

Hasta con nuestras madres se metió, y a eso ya no tenía ningún derecho. Y los adulones, para lisonjear, todavía agregan burlas y risas. Esa asquerosa risa porque alguien tiene un disgusto.

¿Limpiarse los zapatos? Y bueno: hay que tener un cepillo para la pomada, pomada, y un cepillo para sacar brillo. ¿Y qué hace uno cuando se cayeron las cerdas y sólo queda madera? Y por una cajita chica hay que pagar veinte centavos.

Algunas veces se puede limpiar con saliva, pero después es aún peor; ya ni la pomada lo remedia.

Como si dependiéramos de nosotros mismos.

Lo peor es que a Miguel los zapatos le quedan chicos. Se lastimó el pie, y renguea más aún.

Yo tengo un disgusto también con el dedo gordo, pero él está peor.

Tiene miedo de contarlo en casa, para que no le rezonguen, pues quisieron comprarle un número mayor, pero éstos le quedaban grandes.

No sé lo que pasa. Seguramente el hombre no crece, siempre igual. Gasté el par anterior, y todavía me quedaban grandes éstos. En aquel entonces, el pie no me creció nada, y ahora, en seis meses, me crecieron unas patas, que ni yo sé cómo ni de dónde. Todo me queda chico. No puedo hacer gimnasia, porque tengo miedo de que todo se vaya a romper. El maestro se enoja porque no me agacho, que no estiro bien los brazos, que camino mal; pero no se le ocurre mirar cómo estoy vestido.

¿Y qué piensas hacer? — le pregunto.

—¡Qué sé yo! Cuando ya no pueda caminar del todo, se darán cuenta solos en casa. Y entonces que sea lo que quiera. Me gritarán; puede que hasta me peguen. Pero es que yo no tengo la culpa de crecer.

—En alguna forma se acabará al fin ese lío del crecimiento.

Después hablamos de los cachorros, que parece que, dándoles aguardiente, no crecen más. Tal vez los petisos son así porque les dieron aguardiente. Un petiso muy bonito hacía la propaganda del circo el año pasado.

—¿Lo viste?

—¿Y por qué no?

—¿En una calle del centro?

—No, por mi barrio.

Los adultos se asombran porque nos ven pelear y, sin embargo, nos solidarizamos. Y claro; hay dos bandos: los adultos y los niños. Y después un bando contra otro, y cada uno contra otra. Solamente Miguel es un amigo verdadero, y tampoco sé cuánto durará.

Mi mayor preocupación particular es que tengo dificultades en la escuela. Estoy olvidando lo que sabía cuando era grande. Ya no puedo dejar de atender en clase; tengo que cuidarme y hacer los deberes.

Se me hace difícil contestar. No estoy seguro de saber. Tengo miedo de que salga mal.

Cuando el maestro o la maestra nos miran para llamar a alguno, el corazón comienza a latirme como de otra manera. Tal vez no sea de miedo, pero es desagradable. Como en un proceso que, aunque uno no sea culpable, quién sabe cómo saldrá. No depende de mí solamente, sino de toda la clase. Uno contesta en forma diferente cuando toda la clase sabe, comprende; otra cosa es cuando los demás no saben y la maestra se impacienta. Uno solo que diga una tontería y ya después es más difícil contestar bien.

Es por eso que hay días en que todos, hasta los peores, saben; y hay días fatales en que toda la clase está como atontada. Y es cuando uno no se preocupa de nada y sólo piensa en sí mismo. Pero entonces siente que tiene a todos los muchachos en contra, que le desean mal, que sólo esperan que él también se equivoque.

Parece que hasta en el aire se siente como si dijeran:

—Embrómate, embrómate, embrómate...

Paciencia: No sé, no comprendo, no puedo. ¿Por qué debo comprender? ¿Por qué necesariamente ha de ser por no atender?

¿Acaso a los niños menos inteligentes no les corresponde ni un poco de lugar en el mundo?

La maestra me llamó al pizarrón. Eso significa un pequeño examen. La cabeza comenzó a darme vueltas. Nada, solo.

—Otra vez tendrás un cero.

Algunos saben carraspear, o poner una cara de seguridad, o se achican hasta hacerse dignos de lástima; o saben aprovechar cuando les soplan. Como si lo hicieran solos, pero esperan lo que diga la señorita. A lo mejor sucederá algo en el último momento que traerá la salvación.

Cada uno busca otro medio para salir del apuro. Yo también ensayo. Pero la señorita ya me recuerda. No digo que se las toma conmigo a propósito, pero me cuida.

Me hacen señas de que falta poco para la campana; pero eso no me consuela para nada. Pues la señorita o me retendrá después —y entonces es aún peor— o no me pondrá nota ninguna, pero recordará: —Estaba mal.

Yo mismo sé que estuve mal, y ya sólo espero que la señorita se enoje o comience a burlarse de mí.

Pero pasó lo peor.

—¿Qué es lo que pasa contigo? — dice la señorita con reproche—. Escribes descuidadamente, te abandonaste por completo. He ahí el resultado. Ayer hicimos un problema parecido. Si hubieras prestado atención...

Todo se acabó. Y, sí: me eché a perder. Sí, nos echamos a perder y nos corregimos.

Nunca sin motivo. Al que no sabe lo que pasa en mi cabeza y lo que mi corazón siente, le es fácil juzgar.

¡Todo se acabó!

La maestra ya no me quiere. Y se enoja por haberse equivocado al juzgarme.

Es mejor ser desde el principio un alumno así nomás, insignificante, inadvertido. Es más seguro, más fácil; hay más libertad. Pues exigen menos y no hay que esforzarse.

Agacho la cabeza y sólo miro de reojo, pues no sé si la señorita estará apenada, si dejará de quererme.

Un maestro no dice nunca que lo quiere a uno, pero eso se siente. Tiene la voz y la mirada completamente distintas. A veces hasta rechaza y uno se siente traspasado por un frío terrible. Y sufre mucho y no puede remediarlo.

O a veces siente una rebeldía repentina.

¿Por qué? ¿Qué culpa tengo yo?

Que a Barewski se le ocurrió un juego totnto y con una cáscara de naranja me salpicó los ojos. Me ardían

como no sé qué. No le dije nada; sólo me restrego los ojos.

Y la señorita:

¿Qué estás haciendo? En vez de atender...

No se lo voy a contar. ¿Acaso sólo una vez suceden esas cosas?

Alguien te da un pellizcón, lanzas un grito y saltas. Ya eres culpable.

Los maestros no saben cómo tememos a esos de quienes dicen: agua mansa.

Esos hacen lo que quieren, y no les pasará nada. Es una desgracia tenerlos al lado. Nunca está uno seguro, ni una hora, ni un momento.

Otra vez era un poco culpa mía también.

Estoy en la clase, y de repente veo que Savinski tiene en la espalda marcados cuatro dedos con tiza. Alguien durante el recreo se empolvó los dedos y lo tocó. El otro no sabe que tiene una mano marcada en la espalda.

Entonces quise ver si era la mano derecha o izquierda. Lo quise comprobar de lejos, pero lo toqué sin querer. Y el maestro dice en el acto.

¿Por qué se mueve?

Entonces dijo Wisnievski:

—¡Oh, qué dedazos tiene...!

Y el maestro en seguida me acusa a mí.

Le enseño la mano que está limpia. Y a él.

—Quédense de pie los dos.

No estuvimos mucho rato. Pero no se trata de eso. Lo triste es que todos nuestros asuntos se despachan a la ligera.

Que para los adultos, nuestra vida, fracasos y preocupaciones constituyen apenas un agregado a los verdaderos de ellos.

Existen como dos vidas diferentes: la de ellos —

seria, digna de respeto—, y la nuestra, que es como en broma. Como somos más pequeños y débiles, se nos toma como un juego. Y de ahí nace el menosprecio.

Los niños son los hombres de mañana. Entonces recién lo serán; es como si no existieran todavía —piensa la gente—, y sin embargo, nosotros existimos, vivimos, sentimos y sufrimos...

Nuestros años de infancia constituyen los años de verdadera vida.

¿Por qué y para qué nos mandan esperar?

¿Acaso los adultos viven preparándose para la vejez? ¿Acaso no dilapidan tontamente sus fuerzas? ¿Acaso reciben gustosamente las advertencias de los viejos quejosos?

En la monotonía de mi vida de adulto solía pensar en los hermosos años de la infancia. Vuelvo a ellos; me dejo tentar por el recuerdo. Y he aquí que entro en la monotonía de los días y las semanas infantiles. No he ganado nada y he perdido la fuerza que da la resignación.

Termino un extraño cuento.

Las cosas se suceden rápidamente unas tras otras.

Traigo a la escuela la tarjeta de Marujita, para enseñársela a Mik.

Wisnievski me-la arranca de la mano:

—¡Devuélvemela!

Se escapa.

—Devuélvemela, ¿oyes?

Ríe, salta por encima de los bancos y se escapa.

—Devuélvemela ahora mismo.

Pero él agita la mano y grita a voz en cuello:

—¡Tríptico recibió una carta de la novia!

Se la arranco. La aprieto y la rompo en pedazos.

No me di cuenta que un pedacito cayó al suelo.

Estoy ciego de dolor y de rabia.

Y Wisnievski:

—Miren, muchachos, lo besa cien millones de veces.

Le doy una cachetada.

El director me agarra de la mano.

—Sí... Se echó a perder. Dibujaba bien. Escribía bien. Ahora no atiende. Intranquilo. Hace mal los deberes.

Mandan a buscar a mi madre.

Y ella:

—Espera que tu padre vuelva del trabajo. Ya no te daré más dinero para el biógrafo.

Estoy acosado por todos lados.

En todas partes palabras de enojo, miradas de enojo, anuncio de algo más terrible aún.

Mik quiere consolarme. Lo sé. Pero no puedo recibirlo. Lo rechazo brutalmente y lo acuso tontamente.

—Todo eso por culpa tuya.

Mik me mira con espanto.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

Todo por esa tarjeta.

Odio a Marujita.

Es una tonta. Coqueta. Bailaría noches enteras. ¡Y cómo presume con los ojos!

Arranco la arvejilla de la maceta y la tiro por la ventana.

Irene tiene lágrimas en los ojos. Siento que algo terrible ha pasado.

No tener a nadie ni nada.

Manchita, ¿dónde estás?

No.

¿Para qué quiero yo a ese perrazo? Que lo tenga Bacewicz como intereses de los diez centavos. Que siga lamiéndole a él las manos.

Deshago todos los recuerdos, rompo con todo el mundo.

Me quedo solo.

¿Mi madre?

¿Acaso no dijo que no quería saber más de mí? Sólo me queda Irene. Yo, no...

Indigno. Peleado con la vida.

Todos me abandonaron. En todas partes traición.

—Intranquilo; hace mal los deberes.

La maestra, y Manchita, y mi madre.

Corrí hasta el granero y me senté en un escalón ante la puerta.

Vacío dentro y alrededor de mí.

Ya no pienso en nada ahora.

Y suspiré desde el fondo del pecho.

En una ranura de la puerta del granero aparece balanceándose un hombrecillo con una linterna.

—¡Ohhh!

Se acaricia la barba blanca. No dice nada. Espera.

En un murmullo sin esperanzas, a través de las lágrimas digo:

—Quiero ser grande. Deseo ya ser adulto.

La linterna del gnomo osciló ante mis ojos.

Estoy sentado ante mi escritorio.

Una pila de cuadernos para corregir.

Ante la cama, una alfombra descolorida.

Los cristales de la ventana, llenos de polvo.

Tomo en la mano el primer cuaderno.

Un error.

La palabra mesa, escrita con *z*. La *z* aparece tachada y por encima una *s*; luego la *s* tachada y vuelta a poner la *z*.

Tomo el lápiz azul y en un papelito escribo:

—"Meza"... "Meza"...

Es una pena... pero no quiero volver a empezar...



INDICE